

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

11. EL PRINCIPIO DEL SISTEMA PERONISTA (1943-1949)



HYSPAMERICA

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

Director General de la obra
Félix Luna

Secretaria de redacción
María Sáenz Quesada

Investigación gráfica
María Flores, Graciela G. Romero

Investigación historiográfica
Graciela G. Romero, Susana José, Jorge Ossona, Gabriel Ribas

Colaboradores del Tomo XI

María Angélica Bosco
Natalio Botana
Fermín Chávez
Carlos Escudé
Máximo Etchecopar
Marta Lynch
José Miguens
Manuel V. Ordóñez
Juan Carlos Portantiero
Marcelo Sánchez Sorondo
Juan José Sebreli
Basilio Serrano
Miguel Unamuno

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

El principio
del sistema
peronista
(1943-1949)



HYSPAMERICA



Fotografía
Oscar Cisneros

Diseño
Carlos Gallardo

Producción de arte y producción gráfica
Hyspamérica Ediciones

Editado por:
HYSPAMERICA EDICIONES de ARGENTINA S.A.
Corrientes 1437, 4º piso, Buenos Aires.
Tels.: 46-4385/4419/4484

© HYPAMERICA EDICIONES DE ARGENTINA, S.A., 1984
ISBN: 950-752-037-6 (obra completa)
ISBN: 950-752-038-4 (tomo XI)

Queda hecho el depósito de Ley.

1. La revolución de 1943

Los años que corren entre 1946 y 1949 marcaron un cambio decisivo en la sociedad argentina. Quedó clausurado el ciclo del poder conservador; se abrió una experiencia autoritaria, nacionalista y populista sobre un nuevo valor que se incorpora a la conciencia colectiva: la justicia social, y el proletariado industrial adquirió personería política. En la euforia provocada por las nuevas condiciones económicas que vivió el país, se concretaron una serie de realizaciones definidas por una activa presencia del Estado. La manera como se fue llegando a ese cambio sustancial es el tema de este capítulo.

Madrugada del 4 de junio de 1943. En el acantonamiento de Campo de Mayo hay una inusual actividad. En la neblina del alba se advierten las siluetas de camiones y baterías que se encolumnan. Escúchanse órdenes y ruidos metálicos. Oficiales y soldados, en uniforme de fajina, pueblan las calles arboladas y toman posiciones con sus unidades. Algo desacostumbrado estaba pasando.

Todavía no es totalmente de día cuando la larga serpiente de vehículos y jinetes empieza a salir del acantonamiento. Muy pocos civiles advierten el movimiento: es un día cualquiera y esas tropas pueden estar haciendo algún ejercicio. Sin embargo, la significación de esa movilización ya es perfectamente clara en la Casa Rosada y en la residencia presidencial de Olivos. Allí no existen dudas: es la revolución.



Ramón S. Castillo integró, con el doctor Roberto M. Ortiz, la fórmula presidencial de 1938. Luego de la renuncia de Ortiz quedó a cargo del gobierno, en 1941. En la foto, Castillo y su gabinete se dirigen a la Catedral, en un aniversario de la gesta de Mayo. Todo parecía ordenado e inmutable.



El general Tonazzi, ministro de Guerra del presidente Ortiz. Su reemplazo por el general Ramírez marcó el fin de la influencia "justista" en el Ejército (derecha).

La crisis gubernamental y algunos de sus protagonistas: de izquierda a derecha, el almirante Mario Fincatti, el ministro Amadeo y Videla, Ramírez, Castillo, Patrón Costas y el cardenal Copello.

Ramírez, quien con el grado de teniente primero estuvo agregado al Ejército alemán desde 1911 a 1913, ocupaba el cargo de comandante de caballería antes de ser nombrado ministro de Guerra del gobierno del doctor Castillo (pie de página).

Viñeta: aviso aparecido en la revista "Damas y Damitas", 1943.



Archivo General de la Nación

cado, muy precariamente, todo el gobierno argentino: el presidente y sus ministros, menos los que están a cargo de las carteras militares.

Cuando los porteños están desayunando, la increíble noticia ya es *vox populi*: Campo de Mayo se ha sublevado y las tropas, sin encontrar resistencia, están avanzando. Y aunque nadie pueda definirlo con certeza, todos tienen la sensación de que una época se clausura y se está ante un proceso enigmático aún, pero ciertamente nuevo.

Las causas del malestar militar

En repetidas oportunidades se ha hablado de los diversos síntomas de malestar existentes en el Ejército durante las presidencias de Ortiz y Castillo. Aunque insuficientes para generar un golpe militar, había motivos de descontento fundados en lo que se consideraba un bajo y corrupto nivel en la política nacional. Muchos jóvenes oficiales descreían de la democracia y en el ejemplo de la Italia fascista, la Alemania nacional-socialista y la España falangista veían el espejo de la futura grandeza argentina. Admiradores de los triunfos militares alemanes, no participaban exactamente de la doctrina nazi, pero los deslumbraba el espectáculo de ese pueblo que, dividido, empobrecido y minado por los comunistas, en poco más de un lustro, al conjuro de la apasionada oratoria del Führer, había enfrentado a toda Europa, desafiado al poderoso imperio Británico y atacado al poder soviético hasta hacerlo trastabillar.

Había también un cierto número de jefes de alta graduación que no simpatizaban con el gobierno de Castillo, por motivos menos ideológicos. Eran los amigos de Justo, desplazados por el reemplazo del general Juan N. Tonazzi en el Ministerio de Guerra, que en noviembre de 1942 presentó su renuncia y fue sustituido por el general Pedro Pablo Ramírez. Los militares "justistas" deseaban el retorno del ex presidente a la primera magistratura y manifestaban su adhesión a la causa aliada. Pero sus especulaciones se habían derrumbado a mediados de enero de 1943, cuando Justo murió repentinamente. No



Archivo General de la Nación

A medida que las fuerzas militares van avanzando hacia la Capital Federal, la noticia cunde. La mayoría de la población duerme todavía, pero las agencias noticiosas, los diarios y las radios ya saben lo que ocurre. En la Embajada de Alemania se empieza a quemar documentos; en la Embajada de Estados Unidos intentan comunicarse con los informantes habituales para enterarse de quién está al fren-

te del movimiento, qué tendencias tiene, cuáles son las medidas que adoptará.

Entretanto, en las aguas amarronadas del Río de la Plata, un buquecito de la Armada, el aviso "Drummond", navega hacia la ciudad uruguaya de Colonia del Sacramento con un pasaje poco común. En sus incómodas instalaciones, no preparadas para albergar tales personajes, se ha ubi-

Orden y prosperidad. Esa era la propuesta de los demócratas nacionales para las elecciones de diputados de 1942. Sin embargo, los sectores populares daban otra interpretación a sus intenciones. La sigla de este partido, PDN, era la base de un chiste que circulaba por todo el país: PDN, Pobres De Nosotros (abajo).



En Avellaneda escasea el agua. Las masas del interior que se iban radicando en el gran Buenos Aires, planteaban nuevos problemas y constituían una inquietante realidad social, también para los gobernantes de 1943 (abajo). La infantería sublevada rodea al Cuartel de Policía, en la calle Moreno (pie de página).

obstante esta pérdida, los jefes "justistas" gozaban de cierto predicamento profesional y disponían de algún mando de tropa.

Pero aquellos malestares y estos descontentos podrían haber quedado en un estado indefinidamente potencial, de no haberse creado una logia que tuvo un papel activante del movimiento del 4 de junio.

EL GOU

El 10 de marzo de 1943, en un salón del Hotel Conte, en el centro de Buenos Aires, una veintena de oficiales del Ejército se constituyó como "Grupo de Oficiales Unidos", adoptando una especie de reglamento o carta orgánica y jurando guardar el secreto de lo tratado. Formaban el grupo tres coroneles en actividad: Miguel A. Montes, Juan D. Perón y Emilio Ramírez, unos trece tenientes coroneles, dos o tres mayores y un capitán. Una pregunta surge, inevitable, ante aquel sigiloso conciliábulo: ¿Cuál era su razón de ser, cuáles sus objetivos?



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Ramírez, a bordo del buque *Ciudad de Corrientes*, visita Concepción del Uruguay como parte de un itinerario por el interior del país que desarrolló en 1943 (izquierda).

Comicios del 42: los carteles de los demócratas muestran influencias de la propaganda fascista de la década anterior (pie de página).

Los historiadores siguen discutiendo sobre los verdaderos móviles del GOU. Robert A. Potash dice que los temas principales eran el temor a un alzamiento comunista, la necesidad de mantener la neutralidad y la conveniencia de una organización solidaria de oficiales frente a la intromisión de la política en el Ejército. "Gontrán de Güemes" sostiene que el primer objetivo que se fijó la logia fue la unificación del Ejército. Para Enrique Díaz Araujo, el bagaje ideológico del GOU se orquestó "entre las teorías geopolíticas, el prusianismo o germanofilia castrense, el nacionalismo retaceado y ciertos atisbos industrialistas". Todo ello -agrega el historiador mendocino- "quedó subsumido en la defensa del neutralismo cuando la problemática internacional inundó el país". Por su parte, Alain Rouquié, que minimiza el papel del GOU en la preparación de la revolución, sostiene que "fue, en primer lugar, un grupo de enlace bastante informal entre jóvenes oficiales superiores partidarios de restablecer la moral y la disciplina dentro del Ejército, y de recuperar al país de una corrupción que, según sus miembros, lo lle-

vaba derecho al comunismo. Por su parte, Félix Luna destaca que "los militares que formaban parte del GOU eran pronazis, pero no nazis".

En realidad, la polémica es gratuita, porque ninguno de los propósitos enunciados por estos y otros autores se contradicen, y porque el GOU pasó por diversas etapas. Lo cierto es que el grupo delataba, por su existencia misma, un cuestionamiento al orden establecido y una intención de derrocarlo por la fuerza, si el caso llegaba de hacerlo.

Y el momento preciso llegó en mayo de 1943 y se concretó en los primeros días del mes siguiente.

Los motivos inmediatos

A mediados de febrero había trascendido que el presidente Castillo impondría a la Concordancia -la alianza integrada por los conservadores y los antipersonalistas- el futuro candidato presidencial. Desestimando las aspiraciones de dos o tres diri-

El 43 y su bibliografía

La revolución de 1943, sus antecedentes y significación, han dado origen a una bibliografía cada vez más nutrida. *La conspiración del 43* por Enrique Díaz Araujo (La Bastilla, Buenos Aires, 1971) es una importante aproximación a los orígenes del GOU, tema que también tocan, desde ópticas diferentes, el investigador francés Alain Rouquié (*Poder militar y sociedad política en la Argentina*, tomo II, 1953-1973, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1982) y el historiador norteamericano Robert A. Potash (*El Ejército y la política en la Argentina, 1945-1962*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1981). También un norteamericano, Joseph A. Page, ha escrito la más completa e

imparcial biografía del líder justicialista: *Perón* (Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1984, dos tomos), cuya confrontación con la difundida obra de Enrique Pavón Pereira (*Perón/Preparación de una vida para el mando*, Editorial Espiño, Buenos Aires, 1952) es muy interesante. Dos libros de recuerdos abundantes en información sobre la época son *Testigo de la primera hora del peronismo* por el ferroviario Luis Monzalvo (Editorial Pleamer, Buenos Aires, 1974) y el libro de Guillermo D. Plater que se cita más adelante ■

UNA FUERZA
VIGOROSA AL
SERVICIO DE LA
NACION



PARTIDO
**DEMOCRATA
NACIONAL**
DE LA CAPITAL



*Publicación
de la revista
"Continente"*

Héctor y su jazz

Frente a la Casa de Gobierno, el pueblo se interrogaba sobre la filiación política del golpe (abajo).

El episodio más sangriento del 4 de junio: ante la Escuela de Mecánica de la Armada, un colectivo quedó atrapado en el tiroteo (pie de página).

Viñeta: aviso de la revista "Continente", 1947.



Archivo General de la Nación



gentes, Castillo manifestó de modo inequívoco que el elegido sería el doctor Robustiano Patrón Costas, senador por Salta. La noticia provocó una pésima impresión en muchos círculos (incluso algunos vinculados al oficialismo) y también en la oficialidad joven del Ejército. Se consideraba a Patrón Costas una especie de barón feudal en su lejana provincia, pero además, se lo tenía por un aliadófilo encubierto y suponíase que al poco tiempo de ejercer el gobierno habría de ceder a las presiones de Estados Unidos. Y como nota final, se descontaba que la elección de Patrón Costas habría de hacerse sobre un gigantesco fraude electoral, al que el Ejército debía asistir impasiblemente.

El otro hecho que aceleró la decisión de derrocar al gobierno de Castillo no tuvo mayor repercusión pero, según Potash, fue determinante en la creación del GOU y su acción subsiguiente. En el mismo mes de febrero, el jefe del Estado Mayor, considerado "justista", sugirió al presidente la rápida concertación de un acuerdo con Estados Unidos para conseguir equipos militares que compensaran el retraso que sufría el Ejército en sus existencias de armamentos y materiales. Ramón S. Castillo rechazó esta recomendación, pero los oficiales jóvenes dedujeron que en el futuro podía revisarse la decisión y entonces la influencia norteamericana en la política exterior del país sería incontestable.

Sin embargo, el hecho desencadenante fue el pedido de renuncia que formuló el presidente a su ministro de Guerra, en condiciones que la guarnición de Campo de Mayo consideró inaceptables.

¿Un candidato militar?

Sucedía que la Unión Cívica Radical, el partido Socialista y el partido Demócrata Progresista, y -en la clandestinidad pero activamente- el partido Comunista, negociaban de meses atrás una alianza para enfrentar las maniobras fraudulentas que implementaría el gobierno concordancista para imponer el sucesor de Castillo. Los partidos opositores habían llegado a un acuerdo programático cuyo primer punto era la lucha contra las irregularida-

Cada sector político imaginó que el golpe lo favorecería. Todos los grupos se alegraron y confraternizaron con los soldados (abajo). La Corporación de Transportes había recibido privilegios durante la "década infame". Por esos sus colectivos fueron incendiados (pie de página). Viñeta: "No señor, la compañía no tiene más segundo piso". "Cascabel", 1942.



des electorales y la solidaridad con la causa de las naciones aliadas, pero no lograban coincidir en los nombres que integrarían la fórmula presidencial para los comicios de septiembre.

En esos agotadores forcejeos, algunos dirigentes radicales vislumbraron la posibilidad de ofrecer la candidatura de la alianza democrática al ministro de Guerra. Si el general Ramírez aceptaba encabezar el binomio opositor, el gobierno de Castillo no podría usar los habituales recursos fraudulentos: el Ejército no permitiría hacerlo. Y en ese caso, el triunfo de la alianza de partidos era segura...

Los dirigentes políticos lograron entrevistarse con Ramírez, quien se sorprendió del ofrecimiento y pidió unos días para pensarlo. El presidente se enteró de la conversación, y conminó a su ministro para que publicara una aclaración sobre el tema.

Ramírez, que probablemente no abarcó la trascendencia de la charla mantenida con los políticos, difundió un comunicado que apareció en los diarios el día 1 de junio. Decía: "Como funcionario del Estado y general de la Nación, salvaguardando mi prestigio y dignidad personal, cumplo con el deber de desvirtuar terminantemente los rumores de que se hacen eco ciertos sectores de la opinión pública, los que me colocan en la incómoda situación de pretender imponer mi candidatura para encabezar la fórmula presidencial, haciendo uso, para lograr tal fin, de las prerrogativas de mi cargo".

Naturalmente, esta declaración no dejó satisfecho a Castillo y así lo dijo a quien quisiera escucharlo. Castillo, que había logrado sacarse de encima al anterior ministro de Guerra, Tonazzi, haciéndolo objeto de múltiples desaires, pensó que Ramírez, en quien ya no confiaba, también renunciaría. Pero pasaron dos días y Ramírez no presentaba su dimisión. En la mañana del 3 de junio, el presidente llamó al ministro de Marina y le pidió que redactara y refrendara un decreto dando por terminada la actuación de su colega de Guerra. El decreto llegó a prepararse y el almirante Fincati alcanzó a firmarlo, pero Castillo no pudo suscribirlo. Porque



Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación

apenas trascendió la directiva presidencial, esa misma mañana, comenzaron febriles reuniones de militares para resolver el derrocamiento de Castillo: consideraban una afrenta que se separara al general Ramírez de su cargo como quien echa a un empleadito sospechoso de hurto...

De Campo de Mayo a Plaza de Mayo

La puesta en marcha de la revolución tuvo un trámite rápido. Pero hubo improvisación y confusión en la puntualización de los objetivos del movimiento, como no podía ser de otro modo, pues en su realización había miembros de los distintos grupos descontentos. El coronel Enrique P. González, del GOU, hizo los primeros contactos durante la jornada del 3; el coronel Elbio C. Anaya, de origen "justista", jefe de la guarnición de Campo de Mayo, adhirió inmediatamente. Perón y Montes, también del GOU, recabaron la adhesión de varios jefes de unidades y el animador decisivo del movimiento fue el general Arturo Rawson, aliadófilo, que no conocía la existencia de la logia y que, invitado a incorporarse al movimiento por ser el jefe de grado más alto que estaba disponible, se consideró desde el primer momento el jefe de la revolución y, en consecuencia, el futuro presidente provisional de la Nación.

A medianoche, catorce jefes de unidades, reunidos en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo, resolvieron salir al alba. Previamente, Rawson había comunicado a los almirantes Sabá y Benito Sueyro la inminencia del estallido, y obtenido la seguridad de la simpatía de la Marina.

Decidido, pues, el movimiento, cada jefe regresó a su unidad; fueron pocos los que atendieron al todavía ministro de Guerra, general Ramírez, quien había estado con el presidente a la noche y, a su pedido, se dirigía a Campo de Mayo para disuadir a los revolucionarios de su propósito. Ramírez regresó a la residencia presidencial sólo para informar al presidente Castillo que sus horas en la Casa Rosada estaban contadas, que la revolución constituía ya un hecho indetenible.

Efectivamente, era así. La formalidad del manifiesto fue encargada a Montes y Perón, quienes redactaron una proclama expresiva de las quejas y reclamos de la opinión pública -fraude, corrupción- sin comprometerse a nada concreto.

Durante varias horas, unos seis mil soldados hicieron el camino de Campo de Mayo a Plaza de Mayo. A medida que la columna avanzaba, el pueblo la llenaba de aclamaciones y aplausos. Frente a la Casa de Gobierno, un público exaltado incendiaba vehículos de la odiada Corporación de Transportes. La única resistencia armada se originó en un malentendido y ocurrió frente a la Escuela de Mecánica de la Armada, sobre la entonces avenida José Félix Uriburu -hoy Libertador- con un nutrido tiroteo que ocasionó varias decenas de víctimas.

A media tarde, los dirigentes de la revolución ocupaban la Casa de Gobierno y el general Rawson recibía los plácemes de los amigos. El derrocado presidente optó por regresar a tierra argentina y al día siguiente presentaba su renuncia. Ahora tocaba a los militares argentinos la difícil tarea de gobernar.

Los tres años de facto

El régimen de facto iniciado el 4 de junio de 1943 terminó el mismo día de 1946. Fueron, pues, tres exactos años, dentro de los cuales se desarrollaron procesos que tendrían importancia decisiva en las siguientes décadas. De ellos, dos se tratarán en otros tantos capítulos de esta obra: se refieren a los problemas que debió afrontar el gobierno militar en el contexto de la guerra mundial, y a la labor desplegada por el coronel Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión, y sus consecuencias políticas.

Aquí se tratará la significación de la gestión de facto ejercida por el general Ramírez desde junio de 1943 a febrero de 1944; y por el general Edelmiro J. Farrell desde esta fecha hasta junio de 1946. Pues hay que aclarar que el general Rawson no llegó a hacerse cargo de la presidencia: los autores del movimiento le informaron, al día siguiente del mismo, que

no gozaba de la confianza de la oficialidad. Ramírez, que vaciló antes de aceptar por razones éticas, finalmente asumió la presidencia.

Desde el primer momento, el gobierno adoptó características muy definidas. Dice Rouquié: "Ramírez y su Estado Mayor debían pensar que se gobierna un país como se dirige un cuartel, a base de órdenes y severas revistas. El Estado-Guarnición pretendía regentarlo todo, desde el largo del cabello hasta la menor actividad. El contenido de los diarios, la actuación de los sindicatos, el vocabulario de los locutores de radio... Su vigilancia paternal no pasaba nada por alto. ¿Se trataba entonces de totalitarismo? No, simplemente de militarismo, con ese algo de conformismo moralizante que constituye el encanto de los casinos de oficiales".

Destaca el autor francés que la militarización comenzaba por la composición del nuevo elenco gobernante: sólo cuatro de los diecinueve miembros del Poder Ejecutivo eran civiles. Sólo uno de los trece interventores federales en las provincias era civil.

Pero además, la militarización se traducía en el tono y el estilo del gobierno. Alfredo Galletti señala que todos los jefes militares coincidían al menos en un punto: hacer imperar el orden. "Era la idea del orden por el orden mismo, concepción castrense que hace prevalecer las formalidades y formalismos por sobre los problemas fundamentales". Rouquié insiste en el estilo militar impuesto en los primeros meses del gobierno de facto: "...los nuevos amos hablaban de los asuntos públicos con el tono de oficiales dirigiéndose a conscriptos, con esa habilidad consumada para manejar una retórica vacía a lo largo de períodos cadenciosos. El patriotismo se presenta siempre como un fin en sí mismo. El orgullo del sacrificio y del riesgo desemboca en un mesianismo anhelante y a veces inquietante". Recuerda que en octubre de 1943, el interventor de la provincia de Buenos Aires declaró en Azul que "las excelsas dotes de carácter... la moral cívica... se alejaron de los partidos políticos para buscar seguro amparo entre las bayonetas, los cañones, las naves y las alas de la Patria". Tan impruden-



El general Pedro Pablo Ramírez fue designado presidente de la Nación el 6 de junio de 1943 (abajo).
El general Arturo Rawson con el contralmirante Benito Sueyro y el general Edelmiro J. Farrell (pie de página).
Viñeta: aviso aparecido en la revista "Mundo Argentino", 1944.

Gabinete de Ramírez: Mason, Farrell, Santamarina (el único civil), Gilbert, Ramírez, González, Storni, Anaya, Sueyro y Galíndez (abajo).
Ramírez mantuvo un contacto directo con el pueblo durante su viaje a Rosario, en agosto de 1943 (pie de página).



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Elevado a la vicepresidencia de la Nación, el contralmirante Sabá Sueyro falleció en julio de 1943, a las pocas semanas de asumir (derecha). Se le tributaron solemnes exequias: el régimen iba tomando el estilo grandilocuente que lo caracterizaría (abajo) Viñeta: aviso aparecido en la revista "Damas y Damitas", 1943.



Archivo General de la Nación

1943: La revancha del Estado

El golpe militar de 1943 reveló con más vigor, a trece años del 6 de setiembre de 1930, la tendencia intervencionista y burocrática de las Fuerzas Armadas. Recogió un país sin líderes (recién habían muerto Alvear y Justo) y perfeccionó un modelo de régimen autoritario que en el futuro tendrá una insospechada proyección. Esos tres años sirvieron de arranque a una tradición que pretende embretar las libertades públicas y el pluralismo espontáneo en una rígida concepción del orden: supresión de los partidos, censura y, como trasfondo, una confusa utopía organicista, el sueño de una comunidad integrada sin conflictos ni divisiones.

Junto con esta visión del orden se levantó en la Argentina una concepción de la autosuficiencia nacional que reivindicó el rol del Estado productor. El 43 aparece así como una línea divisoria: es la revancha del Estado contra la sociedad. No sólo por lo que significó la derrota del laicismo del ochenta por un ultramontano que impuso la instrucción del catolicismo en las escuelas públicas (lo cual mostró que aquel catolicismo quería apropiarse del Estado y aún no exploraba el camino de la libertad de enseñanza), sino también por el ritmo acelerado que tuvo el desarrollo del estado industrial. La guerra y el aislamiento reforzaron aquella esperanza autárquica, pero la tendencia habrá de trascender ese momento. Algunos creyeron que la edificación de esas pirámides, entre las cuales sobresalía Fabricaciones Militares, modernizaba una economía agroexportadora. Pocos previeron el elevado costo de ineficiencia por un sistema productivo que reemplazaba el riesgo empresario por la burocracia militar.

En este marco tuvo lugar el proceso que clausuró treinta años de predominio radical. Para vencer a la U.C.R., durante la década del treinta, había que hacer fraude: en 1946 cayó derrotada en elecciones sinceras. La aventura de un líder carismático y de un movimiento popular creado desde el Estado comenzó tres años antes. Una avanzada legislación social y un estilo corporativo darían el tono de los nuevos tiempos. Desde una perspectiva más profunda aquella "Argentina invisible" de Mallea pugnaba por participar. Los carriles, sin embargo, habían cambiado. Mientras la sociedad civil perdía autonomía, el Estado se presentaba como creador y garante de la igualdad, aún a riesgo de un eclipse de la libertad

Natalio R. Botana

Politicólogo, investigador del Instituto Di Tella, autor de varios trabajos de ciencias políticas. Entre ellos: *El orden conservador*.



Publicación oficial, 1950

tes fueron estas declaraciones, que el propio presidente de la Nación, presente en la oportunidad, debió improvisar unas palabras para disipar su mal efecto...

"¿Dónde estaba la falla del gobierno de facto?", se pregunta Félix Luna. Y responde: "En la inexperiencia de sus dirigentes, que los hizo caer a cada momento en la incoherencia y hasta en el ridículo". Luna detalla una serie de gruesos errores y puerilidades, que iban desde la "purificación" de las letras de los tangos hasta los aparatosos funerales que se tributaron al vicepresidente de facto, un marino totalmente desconocido que falleció a las pocas semanas de asumir su cargo. Pero además, estaban las decisiones fundadas en una cerrada ideología nacionalista, que tuvieron sus mayores repercusiones en el ámbito de la educación -el escritor nacionalista Gustavo Martínez Zuviría se hallaba al frente del Ministerio- y se expresaron, sobre todo, en dos medidas adoptadas al finalizar 1943: la disolución de los partidos políticos y la imposición de la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas.



Medidas como éstas, además de la detención de numerosos dirigentes sindicales inmediatamente después de la revolución, las restricciones aplicadas al periodismo escrito y oral, las campañas de "moralidad" torpemente realizadas, desgastaron rápidamente el prestigio inicial y provocaron la progresiva articulación de una fuerza opositora que, a principios de 1945, era ya de temibles proporciones.

El reverso de la medalla

El gobierno de facto vivió dos etapas de signo diferente. Mientras Ramírez fue presidente, la influencia nacionalista se reveló como muy importante y el pensamiento de este sector vertebró las iniciativas más trascendentes. Desplazado el primer presidente de dicho gobierno y reemplazado por Farrell, la conducción gubernativa mostró las vacilaciones y contramarchas propias de un proceso donde se libraba una sorda lucha por el poder entre Perón y sus adversarios, en el gobierno y fuera de él. Al mismo tiempo, el gobierno de facto, fuera quien fuera su

Recordar y olvidar

La Argentina de 1943 vivía con desasosiego. La situación internacional, el fraude político, la postergada justicia social, las necesidades no resueltas de la industrialización, la ausencia de proyecto nacional compartido, las presiones ideológicas sobre la juventud y la falta de respuesta universitaria, entre otros factores, creaban un estado espiritual de depresión y opresión.

Por aquellos días de junio todos esperaban algo. Los partidos opositores ensayaban formas nuevas de expresión política, algunos sectores del oficialismo buscaban caminos de cambio político, Ortiz había fallecido sin ver el camino hacia la corrección electoral, Justo dejó sin caudillo con su muerte al proyecto elitista que encarnaba, hombres de la derecha conservadora querían rejuvenecerse mediante su acuerdo con el pujante nacionalismo, los radicales miraban a las Fuerzas Armadas, el comunismo, en ese momento, alcanzaba un alto nivel de presencia, etc.

Con todo, aquella mañana del día 4 hubo sorpresa e interrogaciones. En los veredones del Círculo Militar

aparecieron boinas blancas del radicalismo, los nacionalistas se acantonaban en sus centros y en las sedes de sus periódicos, activistas de izquierda incendiaban ómnibus en la Plaza de Mayo, los responsables de la administración pública se consultaban acerca del futuro inmediato. El general Rawson alentaba a los aliadófilos, los oficiales jóvenes transmitían mensajes neutralistas a sus amigos civiles de la misma edad, y así se vivió hasta el mediodía del 5, o quizás la madrugada, cuando los acontecimientos tomaron su signo propio, con Ramírez en la presidencia.

Aquel día y el subsiguiente signaron tres años de la vida nacional, clausuraron el segundo "Orden Conservador" y fueron el origen y la causa de cuanto ocurrió en el país en los 37 años que siguieron a aquellos tres primeros.

Muchos juicios se han formulado sobre el significado y la trascendencia de aquellos días. Falta todavía el juicio histórico, y no sé si lo tendremos, que permita su correcta inclusión en el estudio del pasado reciente de los argentinos.

Mientras tanto la lectura que sigue nos ayudará a entender. Por otra parte los argentinos necesitamos, simultáneamente, recordar y olvidar. Aquí nos acordamos de hechos cuya urdimbre a veces nos asombra y por ello es que quizás mirar al futuro es el mejor modo de sentir la historia argentina ■

Basilio Serrano

Empresario, dirigente nacionalista en la década de 1940. Actualmente milita en el social-cristianismo.



Archivo General de la Nación

El coronel Perón recorriendo las calles de Buenos Aires a comienzos de 1944, en ocasión de la colecta organizada en beneficio de los damnificados por el terremoto de San Juan del 15 de enero. El sismo había destruido casi totalmente la ciudad; las víctimas, sepultadas bajo los escombros de los edificios, pasaron de 10.000 (abajo).



Gustavo Martínez Zuviría, quien bajo el seudónimo de Hugo Wast se había hecho famoso como novelista (Flor de durazno, La casa de los cuervos, Valle negro) fue nombrado ministro de Justicia e Instrucción Pública en 1943, durante el apogeo de la influencia de los grupos católicos y nacionalistas (abajo, izquierda).

El ministerio del doctor Martínez Zuviría logró la implantación de la enseñanza religiosa en todas las escuelas del país. La presencia del doctor José Ignacio Olmedo al frente del Consejo Nacional de Educación, significó la cesantía de los maestros "culpables" de ser judíos o divorciados (abajo, derecha).



Archivo General de la Nación



titular, sufría los embates de una creciente oposición, protagonizada por los partidos tradicionales, las "fuerzas vivas", los intelectuales y universitarios, la mayoría de los diarios y las organizaciones gremiales que se resistían a ser absorbidas por la acción que desarrollaba Perón.

En estas condiciones, podría creerse que el saldo final del gobierno de facto fue pobre, en tanto carecía de espacio para una gestión gubernativa eficaz. En realidad, no fue así. Durante esos tres años tuvo lugar un trascendente proceso en todos los órdenes, que en buena medida fue tutelado -no promovido pero tampoco enfrentado- por el propio gobierno.

Por de pronto, la actividad industrial, dedicada a reemplazar las importaciones que no podían concretarse debido a la guerra mundial, alcanzaba a producir casi el 50% del volumen físico de la renta nacional, y el 20% de las exportaciones de 1943 eran productos industriales. El gobierno creó el Banco de Crédito Industrial el 3 de abril de 1944 -ésta es la primera iniciativa concreta adoptada para proteger la incipiente industria- y apoyó decididamente la actividad manufacturera y transformadora, creando, además, la

Dirección Nacional de Fabricaciones Militares que, en octubre de 1945, lograba la primera colada de hierro en su alto horno de Zapla, en Jujuy.

Atendiendo a reclamos impostergables frente a problemas creados por la guerra, el gobierno de facto decretó la rebaja de los alquileres urbanos y la congelación de los arrendamientos agrícolas. La Corporación de Transportes fue intervenida y el negociado de la CHADE fue investigado por una comisión especial. Se creó la Policía Federal para unificar la represión del delito, que encontraba amparo en las divisiones jurisdiccionales de las provincias, y la Secretaría de Aeronáutica, para atender necesidades que los tiempos creaban diariamente.

Algunas medidas del gobierno de facto no se habían tomado antes por desidia o por la acción de intereses creados: tal, el cambio de mano en el tránsito, que hacía de la Argentina uno de los pocos países del mundo que conservaban el tránsito por la izquierda. O la creación de un "Consejo Nacional de Posguerra" que tendría a su cargo el estudio de los problemas derivados del conflicto bélico y sus repercusiones en el país.

Luego de entregar un petitorio al presidente Farrell, obreros y empleados estatales aguardan en Plaza de Mayo.
La relación entre gremios y autoridades era buena (abajo).
La policía controlaba a políticos, gremialistas y estudiantes (pie de página).
Farrell y Perón (derecha).
Viñetas: de "Damas y Damitas", 1943.



Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Con la ventaja de no tener que responder por sus actos a ningún parlamento y con la desventaja de estar integrado por elementos heterogéneos, sobre todo en su última etapa, el gobierno de facto logró algunas realizaciones que en su momento quedaron aplastadas por el jaqueo que sufrió de parte del frente antiperonista. Es de justicia, sin embargo, recordar que su gestión se desarrolló entre intensas presiones externas e internas y que, pese a sus incoherencias y equivocaciones, mantuvo a la Argentina alejada de la guerra, protegió un proceso de justicia social que el país necesitaba actualizar, y entregó el poder, a tres años de su inauguración, al ciudadano elegido por el pueblo.

Ideas e irrealidades

La revolución de 1943 fue un hecho fatal e inevitable. El régimen de la Concordancia, con su gobierno de las "minorías

selectas", el fraude como sistema, el anacronismo de una estructura de poder que ignoraba la realidad que el país venía elaborando desde mediados de la década del 30, no podía subsistir mucho tiempo. Fue, sobre todo, la inexistencia de una moral política lo que hizo vulnerable al régimen presidido por Castillo, que en otros aspectos de su gestión generó iniciativas oportunas y patrióticas. Pero el país no podía soportar ya la "unanimidad de uno" de la que se jactaba el anciano presidente, ni estaba en ánimo de tolerar una nueva burla electoral como lo que rodearía la imposición de Patrón Costas en el sillón presidencial.

El movimiento militar terminó drásticamente con estas irrealidades y recogió ideas, innovaciones, valores que flotaban vagamente en la atmósfera del pensamiento argentino desde 1940, aproximadamente, a la espera de una voluntad política que las recogiera. Por ejemplo, la

prédica de grupos social-cristianos que denunciaban estados de injusticia social y reclamaban una actitud más solidaria hacia los sectores desposeídos. O la esclarecedora labor de Alejandro Bunge y los economistas de su escuela, que postulaban una modernización del Estado y un impulso industrialista que equilibrara la todavía primitiva estructura productiva del país, objetivos que coincidían con los que planteaba un grupo de militares que señalaba la vulnerabilidad argentina, puesta de manifiesto crudamente desde el estallido de la guerra. Por su parte, los nacionalistas, fragmentados en diversos grupos pero con un ideario común, enjuiciaban lo que veían como "politiquería" y la corrupción de una democracia que cuestionaban; exigían la instauración de un régimen jerarquizado y autoritario, fundado en valores que no estuvieran condicionados a avatares electorales y que potenciaran a la Argentina hacia un liderazgo americano.

Un protagonista olvidado

Guillermo Douglas Plater fue un marino que prestó servicios en numerosas unidades y tuvo el mando de muchas de ellas, como por ejemplo, la dirección de la Escuela Naval Militar y del Liceo Naval. En 1948/49 fue edecán del presidente Perón, y jefe de la Casa Militar. Se retiró en 1953, después de haber ocupado el cargo de agregado naval en Gran Bretaña y los Países Bajos. Ha publicado sus recuerdos en un libro titulado *Una gran lección* (Editorial Almafuerie, La Plata, 1956), del que extraemos estos párrafos, que relatan la entrevista del autor -por entonces jefe de la Escuela de Guerra Naval- y Perón, en septiembre u octubre de 1943:

"Muy pronto, el entonces teniente coronel de Infantería de Marina Al-

fredo Job (proveniente del Ejército) comenzó a recibir folletos y panfletos del Grupo de Oficiales Unidos (GOU) cuya cabeza aparente -después lo confirmamos- era el coronel Juan D. Perón (...) Estábamos a la expectativa del curso de los acontecimientos cuando por el mes de septiembre u octubre, el teniente coronel Job nos invitó a una entrevista con el coronel Perón, ya jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra.

Y fuimos. Conversamos desde las 6 y 30 horas hasta las 10 de la mañana; significó nuestro primer conocimiento y trato con él. Muy simpático y de una exquisita llaneza, habló la mayor parte del tiempo exponiendo sus pensamientos, coincidentes en su casi totalidad con los nuestros. Se resumía en concreto a: 1°. Liberar al

país de las tutelas que mantenían la economía al servicio de unos pocos, y llevarla al servicio de la Nación. 2°. Instaurar un régimen de previsión social que abarcara equitativamente a toda la población. 3°. Hacer que el pueblo adquiriese un mejor standard de vida. 4°. Posibilitar de una vez al pueblo el ejercicio puro de su vida ciudadana, impidiendo el fraude. 5°. Racionalizar la administración, disminuir la burocracia, evitar los impuestos superpuestos. 6°. Facilitar el acceso del pueblo a la función pública. 7°. Organizar al pueblo para posibilitar la defensa de sus intereses. 8°. Dar ocupación plena, con retribución justa y digna "



Perón, Pistarini y Teissaire asisten a una exposición organizada con motivo del segundo aniversario de la revolución (abajo).

El cambio de mano en la circulación de vehículos fue dispuesto en 1945 por el gobierno de la revolución (pie de página). Viñeta: aviso aparecido en "Cascabel" en 1942.



Archivo General de la Nación

Así, reclamos y postulaciones, confusos muchas veces pero expresivos de un estado de insatisfacción, fueron recogidos (no siempre con aptitud) por el movimiento militar de 1943. No tuvieron, en general, una realización concreta, pero de cualquier modo la clausura del ciclo conservador significaba una apertura llena de posibilidades. Las posteriores oscilaciones del gobierno de facto obedecieron a las alternativas de la guerra mundial y a la necesidad de acomodarse a sus resultados, pero también hubo en su gestión cierta fidelidad a las motivaciones originarias, como la vocación de modernizar al Estado, dar cauce a una idea de justicia social que evitara el desplazamiento de los trabajadores hacia el comunismo, y aprovechar la favorable coyuntura internacional para robustecer la posición argentina.

La escasa experiencia política de los protagonistas del gobierno de facto, sus luchas internas, el formalismo patriotero que los obnubiló, fueron factores que impidieron ver, en ese momento, hasta qué punto la etapa abierta en 1943 daba trascendencia al mundo de ideas que la había precedido. Pero ese golpe de estado improvisado, sin una conducción definida, daba respuesta a deseos que la comunidad sentía oscuramente y que el sistema derrocado no hubiera podido satisfacer.

La revolución de 1943 ha sido llamada "antesala de Perón". Lo fue, sin duda, aunque en el trámite mismo del 4 de junio la figura del futuro líder justicialista no jugó un papel destacado. Pero además de eso, el contenido de los tres años que siguieron fue, para la evolución de la Argentina contemporánea, un resuelto intento de poner al día ese país cuya realidad humana, social, cultural y económica se encontraba mucho más adelantada y era mucho más audaz y rica que el régimen político que la encuadraba y cuya personalidad más representativa era ese viejo jurista de blanca cabellera que el 5 de junio de 1945 dejaba su renuncia al cargo presidencial en manos de un jefe militar de La Plata, exactamente igual a lo que, trece años antes, había hecho Hipólito Yrigoyen ■



Publicación del M. O. P., 1950

2. La guerra mundial en la Argentina

Los argentinos advertían que su país no era una isla; que los acontecimientos mundiales repercutían directamente en sus formas de vida, sus hábitos tradicionales y hasta sus modos de convivencia. Y además, cobraban conciencia de que nazismo y democracia, beligerancia o neutralidad, guerra y paz, no eran conceptos abstractos sino categorías políticas cotidianas que los involucraban de modo concreto e insoslayable. No es extraño, entonces, que las alternativas de la guerra mundial hayan tenido una incidencia profunda en aquellos años, como si se hubiera perdido aquella feliz inocencia, hasta entonces propia de esta tierra.

Cuando se produjo la revolución del 4 de junio de 1943, la guerra mundial ya no podía tener otro final que el triunfo aliado. Pero nadie lo sabía, ni siquiera los dirigentes de los bandos en pugna. En sus *Memorias de la Segunda Guerra Mundial*, Winston Churchill justifica el título de su cuarto volumen, *El vuelco del destino*, diciendo que "en el curso de la historia que relata, pasamos del desastre casi ininterrumpido al buen éxito casi invariable. Durante los primeros seis meses de esta historia (desde enero del año 1942) todo anduvo mal; en los seis meses finales, todo salió bien. Y esta tendencia favorable se mantuvo hasta el fin de la contienda".

Sin embargo, la mayoría de los militares que derrocaron al presidente Castillo estaba convencida de que, a pesar de todo, Alemania finalmente triunfaría. Sergio Bagú afirma que el golpe se hizo "para acabar con un equilibrio tan inestable (se

refiere a la diplomacia de Castillo) y para preparar al país para recibir la victoria del Eje". Probablemente esta aserción es demasiado terminante. Los jefes del GOU simpatizaban con el Eje y pensaban que el triunfo de Alemania significaría para la Argentina una posición líder en América del Sur. Pero la revolución se basó en otras motivaciones, como ya se ha explicado previamente.

Neutralistas y aliadófilos

La alternativa de una derrota de los aliados era, sin embargo, una opción posible, que no podía dejar de tenerse en cuenta. Buena parte del país daba por seguro, desde el estallido de la guerra, que el formidable potencial bélico germano prevalecería sobre cualquier obstáculo, tal como había ocurrido en las primeras etapas de la contienda, como consecuencia de los éxitos obtenidos por la *blitzkrieg*.



Franklin Delano Roosevelt, presidente de Estados Unidos, y Winston Churchill, primer ministro británico. A principios del año 1943, ambos estadistas comenzaron a discutir cuál sería la suerte del mundo de posguerra: la Argentina se presentaba, en aquel momento, como un caso atípico en el futuro esquema del poder planetario.

Archivo "Todo es Historia"

Benito Mussolini (abajo, izquierda), conductor del pueblo italiano, y Adolfo Hitler (abajo, derecha), en un fotomontaje que imprime su figura sobre un grupo de miembros de la Juventud Hitlerista. En ambos dictadores convergían las expectativas de los nazifascistas argentinos. Ilustración: caricatura publicada en "Cascabel", 1942.

"The Illustrated London News", 1941



Archivo General de la Nación



El canciller Enrique Ruiz Guinazú, que había defendido el punto de vista argentino frente a Estados Unidos en la Conferencia de Río de Janeiro (1942) aparece en la fotografía junto al francés Pierre Laval en una reunión de la Sociedad de las Naciones en 1933 (arriba). Residentes germánicos saludan a los tripulantes del acorazado Graf Spee refugiados en la Argentina (pie de página, izquierda). El Graf Spee combatió en la célebre batalla del Río de la Plata, en 1939. Sumner Welles, jefe de la delegación norteamericana en la Conferencia de Río (pie de página, derecha).

"Linterna", 1940



Archivo "Todo es Historia"

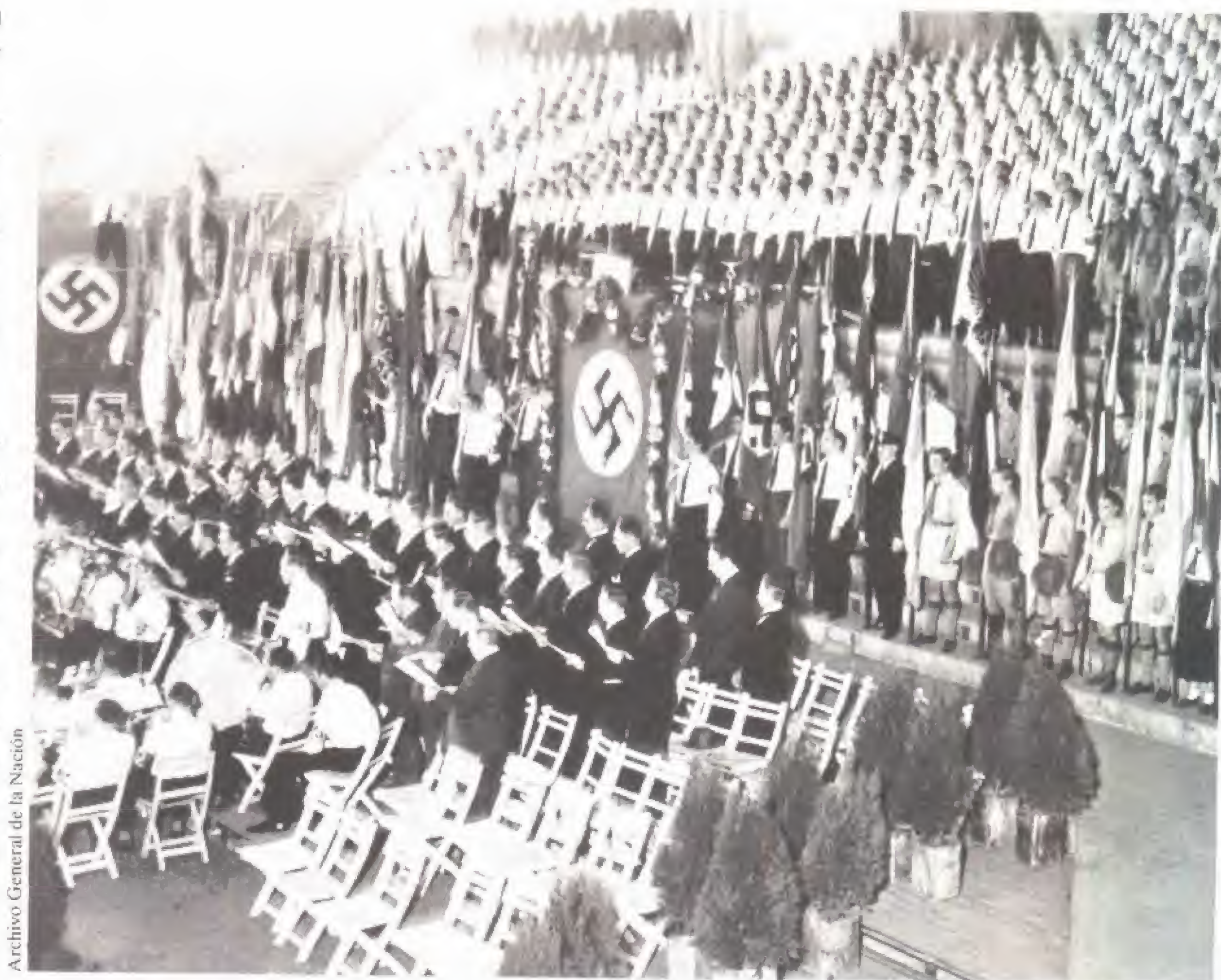


Y este juego, el del triunfo de unos u otros, apasionaba a los argentinos desde 1939, como los había apasionado, a partir de 1936, el cruel drama de la guerra civil española. En realidad, fue en la década del 30 cuando el pueblo argentino, que anteriormente había atendido de una manera muy distraída a los acontecimientos mundiales, advirtió que los sucesos europeos le atañían directamente y tomó partido en consecuencia.

"Aliadófilos" y "neutralistas" fueron, de inmediato, las categorías que dividieron al país. Para éstos, aquéllos eran "cipayos" (palabra tomada de la terminología nacionalista, que aludía a los mercenarios hindúes que luchaban contra sus propios compatriotas) y para aquéllos, éstos eran, sin vueltas, "nazis". Porque la discusión, además de conjeturar el triunfo de uno u otro bando, se centró enseguida sobre la posición que debía adoptar nuestro país en relación con el conflicto: ¿romper relaciones o declarar la guerra al Eje? O por el contrario, ¿mantenerse neutrales en la contienda? La disyuntiva no apareció inmediatamente: fue dibujándose a medida que el conflicto se iba extendiendo por todo el mundo y al ritmo de las presiones que sufría la Argentina -a través de los gobiernos de Castillo, Ramírez y Farrell- para que se alineara junto al resto de las naciones americanas.

Cuando estalló la guerra, el 1 de septiembre de 1939, era Roberto M. Ortiz el titular del Poder Ejecutivo. Demócrata sincero, con profundas simpatías por Gran Bretaña, pocos meses después el presidente propuso a Estados Unidos una declaración conjunta de "no beligerancia". Por la invasión contra Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda, quedaba demostrado que un país no estaba protegido con una mera declaración de neutralidad. Proclamarse "no beligerante" daba al país que lo hiciera, a juicio de Ortiz, una completa libertad de actuar en función de sus intereses y sin ninguna restricción. El Departamento de Estado desestimó la iniciativa del mandatario argentino; pero un año y medio más tarde, cuando el ataque a Pearl Harbour lanzó al país del norte a la guerra, empezó una política de intensos requerimientos al nuestro para conseguir la declaración de guerra

Concentración de nacionalistas alemanes en el Luna Park, conforme a los rituales del Tercer Reich. Muchas sillas y tribunas permanecieron vacías (abajo). El 17 de agosto de 1940, el homenaje a San Martín fue el prólogo de otra de las grandes concentraciones democráticas (pie de página).



1942. En los locales de la Alianza Libertadora Nacionalista se trabaja para difundir la idea de neutralidad. Todos los medios son aceptados, hasta los concursos de oradores (abajo). Miembros del partido socialista obrero. A la derecha del cartel antinazi, la fotografía de la Pasionaria, combativa dirigente del P.C. español (pie de página)



Archivo General de la Nación



contra el Eje. Ortiz, aquejado por una grave enfermedad, debió delegar el mando en julio de 1940.

El presidente Ramón A. Castillo, a diferencia de su antiguo compañero de fórmula, era un acérrimo neutralista. Estaba convencido de que el interés nacional exigía un apartamiento de las hostilidades, rechazaba las presiones norteamericanas en este sentido y tenía un celoso sentido de la soberanía. Cuando en enero de 1942 -a un mes de Pearl Harbour- se reunió la Tercera Conferencia de Cancilleres en Río de Janeiro, la delegación argentina, presidida por Enrique Ruiz Guiñazú, traía terminantes instrucciones de no aceptar compromisos que pudieran llevar a una ruptura de relaciones con el Eje. Había suscripto Castillo un decreto, al día siguiente de Pearl Harbour, que consideraba a Estados Unidos como "país no beligerante". A este límite llegaban sus concesiones.

En Río de Janeiro se libró una sorda guerra diplomática entre los representantes norteamericanos y argentinos: éstos estaban dispuestos a aceptar solamente un acuerdo que "recomendara" la ruptura, condicionada a las circunstancias que cada país juzgara conveniente. Fue tan duro el choque que Sumner Welles, el jefe de la delegación yanqui, debió pedir la mediación del presidente Roosevelt para aceptar la propuesta de Ruiz Guiñazú, pues el titular del Departamento de Estado, Cordell Hull -que tenía viejas prevenciones contra los argentinos- prefería el fracaso total de la Conferencia antes que ceder a la tenaz obstinación de Buenos Aires.

Roosevelt aceptó, finalmente, que el texto de la resolución quedara tal como insistía la Argentina. Pero -opinan Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari- "su obstinación en Río le costó caro a la Argentina. Si no en un primer momento, las consecuencias no tardaron en manifestarse. La primera reacción fue el fracaso de la misión militar-naval argentina que gestionaba en los Estados Unidos la adquisición de armamentos. El aislamiento argentino provocó además un clima de frialdad que malogró las tentativas ya adelantadas de configurar acuerdos regionales de carác-



"Bárbaros, las ideas no se degüellan", fue el lema, muy sarmientino, de esta reunión de Acción Argentina en 1943. La entidad se había formado en nuestro país para apoyar a los aliados, levantando la bandera de la defensa de la democracia (abajo).

Viñeta: ilustración de una de las secciones de la revista "Cascabel", 1942.

ter económico y aduanero con las naciones limítrofes, y (...) la Argentina iniciaba un agrio enfrentamiento con (...) la potencia que ya aparecía como el principal vencedor de la guerra..."

Castillo, sin duda, no lo veía así. Para el anciano jurista, el país había salvado su soberanía y su prestigio. Y la mala voluntad de Estados Unidos podía compensarse, suponía, con la vieja e inalterada amistad con Gran Bretaña: corroborando el pensamiento del presidente, sir David

Kelly, embajador británico en Buenos Aires por aquellos años, recuerda que Churchill le recomendó solamente una cosa cuando partió para hacerse cargo de su puesto: asegurar que los envíos de carne argentina siguieran llegando, copiosa y puntualmente... Los ingleses no hacían una cuestión de prestigio con la posición internacional argentina: más prácticos que sus aliados, menos atados a dogmatismos y sin intereses contrapuestos con nuestro país, recordarían que Irlanda, canal por medio de la isla, jera neutral!

El sentimiento nacionalista

Los dirigentes del GOU que activaron el derrocamiento de Castillo no objetaban la política presidencial en la materia. Por el contrario, la apoyaban. El desplazamiento del general Arturo Rawson entre el 4 y el 6 de junio de 1943 se debió, precisamente, a los sentimientos aliadófilos del jefe militar del movimiento.

Aunque también la división entre aliadófilos y neutralistas existía en las filas cas-





En 1942, una delegación de tranviarios se sumó a la ola de protestas contra los avances del Eje que tenían lugar en Buenos Aires (abajo).

Mientras la policía a caballo vigila, una multitud de manifestantes antinazis hace la V de la victoria, el signo de los aliados, copiado del que Churchill hiciera famoso (derecha).

trenses, los jefes con mayor poder político y militar estaban resueltos a no variar la política iniciada por el presidente depuesto. Y como primera medida, pusieron sordina a las organizaciones que los sectores partidarios de la causa aliada venían animando desde el principio de la guerra. En consecuencia, los voceros del neutralismo, integrantes de las diversas fracciones del movimiento nacionalista, tuvieron carta blanca durante algunos meses para difundir su prédica antiyanqui, antibritánica y, por momentos, dessembozadamente pro-nazi.

Los amigos de los aliados

Era la primera oportunidad para emparejar propagandas con los sectores pro-aliados. Desde 1939, el poder de las colectividades británica y francesa había dado vida a varios comités de ayuda al esfuerzo de guerra de sus países, con el apoyo de personas y entidades argentinas de significación: a principios de 1940 se creó Acción Argentina, cuyo presidente honorario era Marcelo T. de Alvear, y que nucleaba personalidades políticas del radicalismo, el socialismo, la democracia progresista y un buen número de intelectuales, artistas y gente independiente. Acción Argentina instaló filiales en todo el país, realizó en mayo de 1941 un congreso nacional, y estimuló una serie de organizaciones laterales en el campo estudiantil, sindical y profesional. Castillo prohibió algunos de sus actos pero la actividad de Acción Argentina prosiguió sin pausa hasta la revolución de 1943.

Otra entidad pro-aliada que tuvo una descollante actividad fue la Junta de la Victoria, integrada por mujeres de distinguida actuación y de la cual formaba parte Victoria Ocampo, "la única victoria que les queda a los aliados...", decían irónicamente los neutralistas...

También debe computarse, entre los organismos que de uno u otro modo ayudaron a los aliados, a la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, creada por la Cámara de Diputados de la Nación, que presidió Raúl Damonte Taborda. Con más espectacularidad que resultados concretos, la Comisión investi-

La guerra particular de Flax

Ningún testimonio refleja con tanta fidelidad la repercusión de la segunda guerra mundial en la Argentina, como las caricaturas que, diariamente, y a lo largo de toda la contienda, aparecieron en el diario "La Razón" con la autoría de Flax.

Lino Palacio era descendiente de una vieja familia santiagueña; su hermano, Ernesto, tuvo una destacada trayectoria intelectual y política. Con su extraordinaria facilidad para el dibujo, Palacio fue uno de los primeros autores de historietas de la Argentina, y su seudónimo, *Flax*, se encuentra al pie de muchas de las "tiras" que hicieron las delicias del público du-

rante más de medio siglo. Sus dibujos en "La Razón", con apostillas en prosa y verso, fueron siguiendo el curso de la guerra con humor, equilibrio y elegancia, sacando partido de las situaciones jocosas y de los personajes más característicos. Posteriormente, *Flax* los publicó en su casi totalidad; su lectura permite una evocación fresca y galana del drama que vivió el mundo entre 1939 y 1945 ■





gó, allanó, secuestró papeles, tomó declaraciones y presentó cuatro informes de los que surgía, según su dictamen, la injerencia indebida del embajador alemán en los asuntos internos del país y la conveniencia de disolver varias entidades alemanas y aplicar la ley de residencia a sus principales dirigentes. Probó, por otra parte, que fondos provenientes de la Embajada alemana subvencionaban a varias publicaciones nacionalistas -el diario "El Pampero", entre ellas- y denunció la mala voluntad del gobierno de Castillo, que había puesto obstáculos a su labor.

Los resultados de la Comisión Damonte Taborda fueron ampliamente publicitados por la prensa aliadófila, que estaba integrada por los diarios tradicionales y sobre todo por "Crítica", cuyo director, Natalio Botana, era precisamente suegro del activo diputado.

¿Cuál era el contenido fundamental de la prédica aliadófila? En primer lugar, hacían de la guerra una cuestión universal: no se trataba de una confrontación entre dos bloques de naciones, sino de una prueba decisiva entre la democracia y el totalitarismo. De la definición de la contienda surgiría la tendencia del mundo por varias décadas. En consecuencia, la Argentina no podía permanecer indiferente a una apuesta donde se jugaba su propia esencia de país democrático. Además, insistían en que nuestro país no podía quedar aislado; preveían que el triunfo aliado implicaría el castigo o, al menos, la indiferencia hacia las naciones que se hubieran mantenido ajenas a su esfuerzo de guerra. Y además, hacían mérito de nuestra vieja relación comercial con Gran Bretaña, nuestras afinidades culturales con Francia, nuestras incipientes y conflictivas pero indispensables vinculaciones con Estados Unidos. No se trataba de mandar a nuestros muchachos a la guerra -aclaraban- sino de concretar, con un gesto definitivo, nuestra solidaridad con las naciones unidas en defensa de la democracia, contra la bestia nazi.

Silenciosos hasta mediados de 1941, los comunistas participaron activamente en las organizaciones pro-aliadas a partir de la invasión de la URSS. Aunque pertenecientes a un partido formalmente ile-

gal, sus afiliados militaron fervorosamente contra lo que denunciaban como el peligro nazi en la Argentina. Y se consideraban tan democráticos como el que más, aunque su admirado Stalin no fuera, precisamente, un ejemplo en la materia...

Los amigos del Eje

La acción de los neutralistas disponía de medios más escasos que sus adversarios. Pero eran más vocingleros y desenfadados. Como ocurría con los pro-aliados, existían entidades dentro de la colectividad alemana -y, en menor medida, la italiana- que hacían proselitismo entre sus integrantes o, simplemente, trataban de mantener su fibra patriótica ante las alternativas de la guerra. Hubo en la Argentina representantes del partido Nacional-Socialista, actos de la colectividad donde se saludaba al modo hitleriano, cruces svásticas y demás elementos de propaganda. Dentro de cierto límite, era natural: los alemanes de la Argentina vivían, como los de la *Vaterland*, la gloria y el drama de la guerra.

Pero también estaban los amigos argentinos. Estos se encontraban, casi exclusivamente, en los grupos nacionalistas. No existieron organizaciones como Acción Argentina en el campo neutralista, pero sí algunas publicaciones de gran tirada. Un lenguaje crudo, una apelación al más primitivo nacionalismo, una buena dosis de antisemitismo y una permanente denuncia al sistema democrático como una farsa llena de mediocridad y corrupción, caracterizaban en general a esta prensa. Decía "El Federal" a mediados de 1944: "Uno alza una bandera francesa y abajo está el Banco de Londres; amanece una escarapela francesa en una solapa y detrás está un judío o un mozalbete de Acción Argentina. Siempre un cretino". "El Pampero" publicaba un acróstico donde, describiendo un inglés, se deducía por las primeras letras que era un "h... de p..." ¡pero con todas!

El grupo de choque estaba constituido por la Alianza Nacionalista, que se especializaba en perturbar los actos de Acción Argentina y manifestar ante los diarios aliadófilos.

¿Qué sostenían los neutralistas? Alegaban que la guerra mundial era un simple ajuste de cuentas entre las decadentes democracias occidentales y la desdichada Rusia oprimida por el comunismo, por un lado, y las nuevas potencias caracterizadas por un sentido del orden y la jerarquía, como Alemania e Italia. La Argentina nada tenía que hacer en ese conflicto. ¿Por qué ayudar a los ingleses, que habían sido nuestros expoliadores por más de un siglo? El triunfo del Eje nos liberaría de los yugos británicos, así como el triunfo de Gran Bretaña sobre Napoleón, un siglo atrás, había permitido sacudir el yugo español. Y si no triunfaba Alemania, de todos modos una actitud neutral nos granjearía el respeto de todo el mundo. De todas maneras, no había ningún motivo, ninguna causa, para declarar la guerra o romper relaciones con el Eje; hacerlo sería desvirtuar una tradición de nuestra historia y una traición a nuestra soberanía, pues no respondería a otra cosa que a las presiones norteamericanas.

Quien no haya vivido en esos años, no podrá tener una idea acabada de la tremenda división que motivó la guerra mundial en nuestro país. Las reuniones familiares, las tertulias de amigos, los lugares de trabajo, los cafés, cualquier momento era oportuno para formidables discusiones sobre el curso del proceso bélico, las justificaciones de cada bando, las ideologías en juego. En las solapas brillaba el distintivo de Acción Argentina o de la Orden del Fuelle -un organismo informal promovido por residentes británicos para juntar fondos con destino a la RAF- y también el cóndor de la Alianza Nacionalista. Se rompían noviazgos normales y antiguas amistades por causa de la guerra. En las universidades eran cotidianos los pugilatos.

Una marca, extraña al país en su origen, dividía a los argentinos. Pero a la vez, coincidía con los enfrentamientos que se daban en el ámbito nacional durante los seis años de la guerra.

La difícil neutralidad

El general Pedro Pablo Ramírez asumió la presidencia de facto el 6 de junio de

El partido comunista argentino se movilizó a partir de la invasión alemana a la Unión Soviética en 1941 (abajo, izquierda). Tedeum celebrado en la Catedral, al que asistió el cuerpo diplomático. En primer plano el nuncio apostólico monseñor Fietta; el sexto es sir David Kelly, embajador inglés (abajo, al centro). Viñeta: aviso de "Mundo Argentino", 1939.

Vidriera pacifista de 1940, en repudio a las guerras imperialistas mientras rige el pacto Molotov-Ribbentrop (abajo, derecha). El embajador alemán von Thermann (pie de página, izquierda). Von Thermann en una celebración patriótica alemana realizada en 1936 en Buenos Aires (pie de página, derecha).



La segunda guerra mundial

La segunda guerra mundial estalló en el 39 pero comenzó a prepararse años antes, desde que Hitler desconoció el Tratado de Versailles; y duró hasta la constitución de las Naciones Unidas. De modo que puede decirse que influyó en nuestro país durante muchos años.

Si la historia de nuestro país se divide en tres partes, de más o menos cincuenta años cada una, es en 1930 cuando comienza la tercera época, que es la de la declinación argentina. Esta última etapa se inauguró con la imperdonable ruptura constitucional, de la que todavía nos va a costar recuperarnos.

Pero en la preguerra comienzan a llegar al país los totalitarismos de otra estructura y llegan a través de personas, de los medios de comunicación y de los libros. La guerra de España, de la que participan muchos argentinos; las insolencias del diplomático Ciano, la visita de muestras y exposiciones flotantes, la presencia de instructores alemanes en nuestras Fuerzas Armadas, el "campo minado" que demostró la investigación del Congreso Nacional, fueron sembrando desconfianza en nuestra frágil democracia, que, por otra parte, fue remisa en defenderse y promoverse. Y como los argentinos nos creemos llamados al liderazgo y a la grandeza, vimos a muchos dirigentes atraídos por los conductores carismáticos de Europa y estimulados a la acción. La Embajada de Alemania subvencionaba cuanto publicación se inspiraba en ellos, no importándole el color político y el credo que profesaban. Era la hora de la espada.

Un incipiente y casi olvidado antisemitismo volvió a aflorar; y bien se sabe que ello señala siempre el comienzo de la violencia. Se promovían uniformes y desfiles, como los de la Legión Cívica. El hundimiento del Graf Spee sirvió para demostraciones de solidaridad con los marinos y su comandante, que sigue reposando en tierra argentina.

La democracia cristiana en Europa tomó las riendas del gobierno de casi todos los países, como al final de la primera guerra lo habían hecho los socialismos europeos, aunque esta vez con más éxito pues pudieron reconstruirse los países destruidos por la guerra, incluida Alemania.

Pero los males de la preguerra y de la guerra no han sido todavía vencidos en nuestro país. El hombre no tiene al Estado, sobredimensionado además, ni a la Economía, a su servicio - que para eso existen -, ni ha cesado la violencia contra el Derecho. La persona humana es el centro de la creación, pero las ideas y gobiernos que la esclavizan todavía tienen poderes que los sustentan; la libertad sigue oprimida, en muchos casos; y sin libertad no hay persona humana, libertad para la Justicia y la Paz ■

Manuel V. Ordóñez

Abogado del diario "La Prensa", fundador del partido demócrata cristiano, integró la Junta Consultiva en 1955 y fue miembro activo de la oposición al gobierno militar entre 1943 y 1945.

Dentro de la interminable serie de mítines que presenció Buenos Aires durante la guerra, se celebró éste en el Luna Park, en 1940 (abajo).

Viñetas: la escasez de combustible hacía aguzar el ingenio. Los colectivos sobre rieles (derecha) y los camiones con motores a leña (izquierda) fueron dos de las novedades propuestas.

1943, pero durante varias semanas nadie pudo saber con certeza cuál sería la actitud del nuevo gobierno en materia internacional. La presencia en la Cancillería del almirante Segundo R. Storni, aliadófilo, parecía prometer un próximo rompimiento de relaciones con el Eje, y de hecho el nuevo ministro así lo aseguró a fuentes próximas a las Embajadas de las naciones unidas. Sólo pedía que se le diera un poco de tiempo. Pero también se sabía que los militares del GOU eran sólidamente neutralistas.

En septiembre se precipitó el proceso. Storni envió un mensaje a Hull explicando la posición argentina y pidiendo armas para "restablecer" el equilibrio de fuerzas en el continente. La respuesta del titular del Departamento de Estado fue dura y despectiva; a tal punto, que Storni debió



Archivo General de la Nación



renunciar y fue reemplazado por un militar nacionalista. Esta vez, la victoria pírrica fue de Estados Unidos: el desaire volcó al gobierno en brazos del nacionalismo, algunos de cuyos exponentes más notorios ocuparon cargos en el área de la educación y en las intervenciones en las provincias.

A partir de ese momento, las relaciones entre Washington y Buenos Aires fueron cada vez más tensas. Se acusó a Ramírez -con cierto grado de veracidad- de mantener contactos con el Reich, en busca de armas; se atribuyó al gobierno argentino la instigación del golpe militar que derrocó al presidente de Bolivia e instaló, en su lugar, un régimen nacionalista; se denunció, en fin, la existencia en nuestro país de una red de espionaje que permitía el hundimiento de los buques que llevaban

MILLON DE
NAZI-F...
Ejecutiva



El equilibrio del poder militar sudamericano

Cuando estalló la guerra, el conflicto diplomático entre la Argentina y los Estados Unidos era ya antiguo. La conflagración agudizó enormemente las tensiones entre ambas naciones, que se debían no a la malevolencia de los Estados Unidos (como argüirían los nacionalistas) ni a la perversión y estupidez argentinas (como argüirían los llamados liberales), sino a lo que al menos en el momento se percibía como una auténtica divergencia de intereses. Los intereses, como se sabe, básicamente rigen la historia de la interacción entre las naciones, y con frecuencia las percepciones de la realidad están condicionadas por esos intereses. Para muchos norteamericanos, la Argentina era un país pretencioso y peligroso, que era preciso poner "en su lugar". Por eso, desde 1942 los Estados Unidos sometieron a nuestro país a un continuo proceso de desestabilización política (que duró hasta 1947) y boicot económico (que se prolongó hasta 1949). Pero ésta no fue la única consecuencia de esta divergencia de intereses. El gobierno norteamericano llegó a la conclusión de que la Argentina era, por razones que nada tenían que ver con la guerra, un estorbo lo suficientemente molesto para su política hemisférica como para justificar "una alteración en el equilibrio del poder militar sudamericano (que desde hacía décadas fovorecía a la Argentina) en beneficio del Brasil", y hacia ese objetivo dirigió su política, especialmente desde 1944, con la guerra ya casi ganada. Esto fue cabalmente demostrado, usando documentación antes secreta, por el profesor norteamericano Gary Frank, en un breve li-

bro que debiera publicarse en castellano. Sus conclusiones son convalidadas por las de otro profesor norteamericano, S.E. Hilton, un especialista en relaciones brasileño-norteamericanas, y son necesarias para una comprensión adecuada del cambiante destino de nuestras naciones. Son, además, imprescindibles para tomar conciencia de la "absoluta necesidad" de aprender a llevarnos bien con los Estados Unidos. Aunque la historia demuestra que ésta es tarea difícil, también demuestra que un país como la Argentina pierde más de lo que gana enfrentándose a la superpotencia occidental. El resultado práctico de este enfrentamiento es una subordinación argentina cada vez mayor ■

Carlos Escudé

Ph. D. Yale University. Investigador del CONICET, profesor de la Facultad de Posgrado de la Universidad de Belgrano, autor de *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina* (1983).

Dibujo de Sócrates. Archivo "Todo es Historia"



*Junta de la Victoria: Dalila Saslavsky (a la izquierda, de espaldas), la presidente Ana Rosa Schlieper de Martínez Guerrero, la vicepresidente Margarita Portela de Parker y la secretaria general Cora Rato de Sadosky (quinta, sexta y séptima desde la izquierda, respectivamente).
Viñeta: aviso aparecido en "El Hogar".*





Familia Saslavsky

productos alimenticios a Gran Bretaña. La detención del cónsul argentino en Barcelona por el contraespionaje británico en una isla del Caribe, dio al Departamento de Estado un arma de presión imbatible: el funcionario era, en realidad, el jefe de un grupo de espías al servicio de Alemania. El mensaje que recibió Ramírez a mediados de enero fue muy concreto: o rompía relaciones con el Eje y tomaba las medidas subsiguientes contra los agentes nazis, o Washington publicaba toda la documentación y bloqueaba el comercio argentino en cualquier parte del mundo.

El 26 de enero (1944) el Poder Ejecutivo expidió un decreto rompiendo relaciones con los países del Eje. Los fundamentos denunciaban el abuso de confianza cometido por quienes, ¡ahora se advertía!, eran espías nazis...

Fue un trago muy amargo. Algunos funcionarios nacionalistas renunciaron; otros, como el interventor federal en Tucumán, pusieron la bandera a media asta, en señal de duelo. Y los oficiales que habían hecho la revolución se sintieron traicionados. Después de unas borrascosas reuniones, el antiguo ministro de Cas-

La fórmula de Ortiz

La *blitzkrieg* inquieta a Ortiz. Es entonces cuando lanza una iniciativa original, que pudo tener enorme trascendencia. Se trataba de una revisión del tradicional concepto de neutralidad que, a juicio del presidente, ya había sido arrasado por los hechos. Pensaba Ortiz que aunque los países americanos se habían declarado neutrales y dejado establecida una zona de seguridad, la misma no era reconocida ni sería aceptada por los beligerantes. El ejemplo de Europa era claro: varias naciones neutrales habían sido invadidas o se encontraban en pie de guerra. Las normas y convenciones que los países americanos invocaban eran, en los hechos, letra muerta. Entonces -pensaba el gobierno argentino- los países debían declarar que cesaban de ser neutrales para convertirse en "no-beligerantes" (...). La declaración de "no-beligerancia" en sustitución de la neutralidad, daba a los países que así se definían una completa libertad de acción interna y externa, desatándose de las restricciones que les imponía una neutralidad ilusoria y ficticia. Sería una advertencia frente a eventuales agresiones, y en cuanto a los bandos

enfrentados en la guerra, Alemania no podría reprochar tal declaración porque la había aceptado en el caso de Italia; y en cuanto a los aliados, la verían con agrado porque permitía brindarles cualquier ayuda.

La propuesta era... inteligente y realista. Su adopción pudo evitar muchos episodios negativos que se produjeron más tarde en relación con la posición de algunos países del continente y particularmente la Argentina. Pero había caído en mal momento. En primer lugar, porque Roosevelt estaba luchando por su segunda reelección, lo que exigía no aparecer en una postura belicista. En segundo lugar, porque el Departamento de Estado estaba desbordado de preocupaciones frente al cariz que tomaba la guerra en Europa, la invasión a Francia y los desesperados pedidos formulados por Churchill. Frente al cúmulo de problemas que aparecían todos los días, ¿a qué perder tiempo con una propuesta que imponía agotadores estudios de la repercusión que podía traer?" (Félix Luna: *Ortiz/Reportaje a la Argentina Opulenta*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1978) ■

Segundo V. Storni, jurando como canciller en 1943 (abajo, izquierda).

Aviso de la Dunlop Company, exportadora de productos de caucho, aparecido en Inglaterra en 1941 (abajo, derecha).

El canciller Storni; el canciller chileno, Fernández y Fernández, y el general Pertiné a bordo del buque Ciudad de Corrientes (pie de página).



Archivo General de la Nación



"The Illustrated London News", 1941



Archivo General de la Nación

tillo debió renunciar. En su reemplazo, el general Edelmiro J. Farrell ocupó la presidencia de facto. Lo elegimos porque era un hombre "cabestriador" -recordó Perón muchos años más tarde.

Efectivamente, Farrell, amigo de Perón, hombre bonachón y sin ambiciones, no traería problemas y se allanaría a las decisiones de sus camaradas. Por otra parte, ni el presidente ni su ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión podían ignorar el curso de la guerra: dos días después de la celebración del primer aniversario de la revolución del 4 de junio, las tropas aliadas desembarcaban en Normandía y un par de meses más tarde liberaban París, desencadenando una ola de manifestaciones en Buenos Aires. Comentaba "La Nación": "Al revés de otras manifestaciones, en las que la psicología colectiva ha estudiado la susceptibilidad para el desborde, pudo notarse en ésta la personalidad acusada de cada manifestante: un hombre libre festejando la liberación de la ciudad madre de las libertades". En cambio, "Cabildo", uno de los órganos nacionalistas, decía que la jornada había sido "el día de los reaparecidos", es decir, los que habían sido enviados al olvido por la triunfante revolución de 1943 y ahora reflataban, al conjuro de los triunfos aliados.

El último trago

La ruptura de relaciones con el Eje no satisfizo a Washington. La desconfianza en el gobierno de Buenos Aires continuaba, y ahora la estrella ascendente de Perón provocaba todo un frente opositor en el cual la diplomacia de Estados Unidos veía la posible alternativa política de la Argentina. Había que apoyar a la oposición para provocar la caída del gobierno de facto. Además de diversas medidas de boicot económico, Washington acentuó el aislamiento diplomático de nuestro país. Retiró su embajador y logró que todos los países americanos y Gran Bretaña, adoptaran una actitud similar. A lo largo de 1944 la Argentina fue como una isla. Mientras los ejércitos soviéticos hundían el frente oriental, mientras la Wehrmacht lanzaba su última ofensiva en las Ardenas, nuestro país profundizaba



Los generales Pertiné y Von der Becke, el vicepresidente coronel Perón y el general Mason, participan, ubicados frente al orador, de un homenaje rendido a San Martín en 1944 (pie de página). Viñeta: Raúl Damonte Taborda, diputado nacional (1938-1943), integrante de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas.

su aislamiento. En Londres, Churchill y Eden trataban de buscar una solución al problema y se desesperaban ante lo que consideraban una torpeza del Departamento de Estado: sin duda recordarían la apreciación de sir David Kelly, formulada un par de años atrás: "... El gobierno de Estados Unidos es hostil, no tanto hacia el coronel Perón, como a la Argentina misma (...) porque gracias a sus rentables vínculos con Gran Bretaña, puede darse el lujo de perseguir una política comparativamente independiente". Y agregaba el veterano diplomático: "Por supuesto, los Estados Unidos están celosos de nuestra influencia en la Argentina, que ha permitido a ésta hacerle frente".

De todos modos, la situación no podía prolongarse. Varios países americanos insistían para que se brindara a la Argentina una solución honorable. La oportunidad llegó en febrero de 1945, cuando se reunió en México, en el Palacio de Chapultepec, la Conferencia Interamericana sobre los Problemas de la Paz y la Guerra. La Argentina no participó, pero se la invitó a suscribir las actas finales de la reunión, acto que implicaba su incorporación a las Naciones Unidas y al sistema interamericano.

Pero, obviamente, la condición era declarar la guerra a Alemania y Japón. Una guerra que, en relación con el primero de estos países, ya estaba terminando. ¡Durísima condición! Declarar la guerra a un vencido era un paso trágico y grotesco a la vez. Pero el gobierno de facto no tenía otra salida. Insistir en la actitud que había iniciado Castillo, era condenarse al aislamiento indefinido, tal vez a una agresión armada por parte de las naciones vencedoras. El sentimiento de "nación independiente" debía ser doblegado.

Algunas declaraciones sueltas sugiriendo el paso que iba a darse. Reuniones diarias del gabinete, renunciadas de los últimos nacionalistas que quedaban en el gobierno, fueron signos que, hacia fines de marzo (1945) preanunciaban la inminencia de la declaración de guerra. Los muchachos nacionalistas hacían manifestaciones por el centro de Buenos Aires y Córdoba, gritando "Patría sí, Guerra no". El diario "La Víspera" publicaba un editorial re-

dactado por Arturo Jauretche con este título: "General Farrell, queremos morir Aquí". Eran los últimos esfuerzos para detener la vergüenza de un acto ya inevitable. La compadrada criolla mantenida durante cinco años contra los poderosos del mundo había terminado.

Pero es claro que no habría muertos en la guerra que ya estaba concluyendo. El 27 de marzo, después de tensas reuniones, se anunció que el presidente y su gabinete

habían firmado el decreto correspondiente. Recuerda Félix Luna en *El 45*: "Lo que más molestó a la opinión pública fue la ancha sonrisa de Perón en la fotografía del acuerdo de gabinete, destacada entre los rostros serios, preocupados, del presidente y los ministros. Más adelante, el mismo Luna hace el siguiente comentario: "El diario socialista 'La Vanguardia', ducho en el arte del sarcasmo político, preguntaba ingenuamente: ¿Soberanía o Muerte? ¿Cuántos muertos?"



Archivo General de la Nación



En un acto celebrado en 1944, varios gremios expresaron su adhesión a la posición del canciller Peluffo (abajo). En enero de 1944, la primera plana de "Crítica" preanuncia la ruptura de con el Eje (pie de página, izquierda). Farrell, firmante de la declaración de guerra (pie de página, derecha). Viñeta: ilustración de la revista "Cascabel".



A partir de ese momento, la guerra dejó de ser un factor de división en el país, pues ni los más fervorosos admiradores del Eje podían dudar de su final. Quienes habían apostado a la carta del bando totalitario se retrajeron en un hosco silencio: sólo un órgano nacionalista se atrevió a saludar, póstumamente, la figura histórica del Duce, cuando su cadáver fue expuesto en Milán. La guerra continuaba en el Pacífico, pero, ¿quién iba a apasionarse por los japoneses?

Ahora los argentinos estaban en otra lucha, no bélica pero tan implacable como la guerra, que se desarrolló a lo largo de 1945, por la conquista del poder. Pero todos, los que habían sido aliadófilos y los que se habían proclamado neutralistas, dieron un enorme suspiro de alivio cuando, en agosto, el Imperio del Sol Naciente se rindió, tras el holocausto atómico de Hiroshima y Nagasaki.

Las secuelas de la segunda guerra mundial continuaron por mucho tiempo en nuestro país. En el plano político, definieron líneas y frentes que borrosamente se armaron contra o a favor de Perón. En el terreno económico, pesaron en la recomposición de las relaciones con Estados Unidos y Gran Bretaña. La vida cotidiana sufrió todavía varios años los efectos del conflicto, y las industrias que nacieron, protegidas por la necesidad de sustituir importaciones, tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones del mundo de posguerra. Y los odios y enfrentamientos nacidos al calor de la tragedia mundial, subsistieron por años. Todavía hoy, hojeando los diarios y revistas de la época, es dable advertir la conmoción, el sacudimiento profundo que produjo, en la Argentina de la década del 40, el conflicto bélico más grande de la historia de la humanidad, aunque sus terribles consecuencias no hayan llegado directamente a este suelo ■

Archivo General de la Nación

La Hospitalidad Argentina, Traicionada

HA SIDO COMPROBADO EL ESPIONAJE DEL EJE

Adoptará Enérgicas Medidas el P.E.

VASTOS ALCANCES TENIA LA ORGANIZACION NAZI

URGENTEMENTE REGRESO DEL SUR EL GRAL. FARRELL

En Avión llega a El Palomar a las 15.20

Horas Dramáticas Vice el País

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE

RAMIREZ HABLARA AL PUEBLO ESTA NOCHE



Archivo General de la Nación

Hemeroteca Biblioteca Nacional

3. Un joven coronel

Al producirse la revolución del 4 de junio de 1943, un nombre empezó a circular casi secretamente en los ambientes políticos, todavía no repuestos del inesperado derrocamiento de Castillo. Se mencionaba a un coronel que sobresaldría entre las figuras del elenco oficial por su capacidad, su dinamismo y sus claras ideas en relación a los objetivos de la revolución. Unos lo llamaban Juan "Deperón"; otros se referían a él como el coronel "Berón"; muy pocos lo conocían personalmente. Pero se lo ubicaba entre los hombres que aspiraban a gobernar, dominado por una concreta y acuciante ambición de conquistar el poder.

En los primeros días de septiembre de 1943, una periodista chilena entrevistó al coronel Juan Perón. En ese momento, el joven militar -tenía 47 años- era jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra: un cargo importante pero muy por debajo de las figuras descolantes del elenco oficial desde junio de ese año. La periodista, sin embargo, no equivocaba su elección. En los círculos allegados al

gobierno y en los medios de prensa se rumoreaba insistentemente que Perón era, en realidad, el hombre importante, el que tenía las ideas más claras sobre los objetivos del movimiento que había derrocado a Castillo.

En las líneas finales de su nota, la periodista afirmaba que el nombre de Perón habría de tener trascendencia por varios



Como casi todos los niños de la época, Juan Domingo Perón también se fotografió en su infancia sobre el clásico caballito de juguete.

Quien luego teñiría con su actuación una etapa fundamental de la vida política argentina, era nieto de un médico de destacada actuación en tiempos de Mitre e hijo del juez de paz de Lobos.

El abuelo, Tomás Perón (abajo, izquierda). Juana Sosa de Perón acompañada por sus dos hijos, Juan Domingo (izquierda) y Mario (pie de página, izquierda). Juan Domingo y sus compañeros del Colegio Internacional de Olivos; es el primero de la izquierda, tercera fila (pie de página, derecha).



Archivo General de la Nación

años en la Argentina. En cuanto al propio entrevistado, después de responder a varias preguntas sobre la política general que habría de seguir el gobierno de Ramírez, hacía una referencia a su persona:

-Cada uno tiene su destino, y hay que seguirlo...

Un militar cualquiera

¿Quién era, de dónde venía este militar a quien muy pocos, fuera del ambiente castrense, conocían por entonces?

Juan Domingo Perón había nacido en 1895 en el pueblo de Lobos, en la provincia de Buenos Aires. Su padre era juez de paz; su madre era una criolla de la zona, de viejas familias radicadas en el pago de tiempo atrás. Mario Perón y Juana Sosa Toledo ya tenían un hijo de cuatro años, Mario, cuando nació Juan Domingo, y el matrimonio no tuvo otros vástagos. El padre de su padre había sido un médico de prestigio, el doctor Tomás Perón, de vasta actuación en tiempos de Mitre, algo teósofo, higienista y profesor en la Facul-

tad de Medicina; se había casado con Dominga Dutey, hija de vascos franceses. El origen de los Perón parece haber sido sardo, con algún remoto aporte de sangre escocesa.

Mario Perón tenía algún pequeño establecimiento de campo en Lobos, pero cuatro años después del nacimiento de su hijo menor resolvió trasladarse a la Patagonia. Era un momento de expansión de la industria lanar y la cría de ovejas atraía a muchos hacendados del norte, estimulados por el ofrecimiento de predios fiscales y la inexistencia de aduanas. Hacia Santa Cruz, pues, encaminóse el matrimonio Perón con sus dos hijos, después de liquidar su hacienda. El futuro presidente recordaría, muchos años después, que su padre llevó consigo a algunos de sus peones.

Se radicaron en una estancia propiedad de una empresa de Buenos Aires a la que Mario se había asociado, en las cercanías de Río Gallegos. Sea porque sus dueños vendieron la estancia o porque un invierno excepcionalmente duro arrasó con buena parte de la hacienda, el hecho es





Juan Domingo Perón y su hermano Mario posan en un estudio fotográfico. Perón había pasado parte de su infancia en un establecimiento de campo cerca de Río Gallegos.

Viñeta: dibujo de César Bruto aparecido en la revista "Cascabel" el 25 de diciembre de 1945, momento culminante de la campaña previa a las elecciones de 1946.

que la familia abandonó Santa Cruz y se instaló en Chubut, cerca de Comodoro Rivadavia, en Sierra Cuadrada. Cuando Perón asumió la presidencia, en 1946, incluyó entre los bienes denunciados en su declaración jurada, "un establecimiento de campo" que comprendía tierras, instalaciones y hacienda, en la localidad chubutense.

Pero Juan Domingo estuvo poco tiempo allí; fue enviado a Buenos Aires para revalidar sus estudios primarios -que hizo irregularmente, con su padre como maestro- e iniciar su educación secundaria. Lo hizo en el Colegio Internacional de Olivos en 1906, y mientras cursaba los primeros años estaba a cargo de su abuela materna, la viuda del doctor Perón. No fue un alumno sobresaliente pero alcanzó a aprobar todas sus materias, mientras se dedicaba a practicar deportes: fútbol, yachting, remo. La vida en la Patagonia lo había curtido y le encantaba la actividad al aire libre. Tal vez esta inclinación decidió finalmente su vocación. Había pensado seguir medicina, continuando con la profesión de su abuelo, pero en 1910, a los 15 años de edad, resuelve abrazar la carrera militar. El 1° de marzo de 1911 ya es un cadete del Colegio Militar, entonces instalado en San Martín, en los alrededores de Buenos Aires.

Egresó a fines de 1913. No ha sido, tampoco aquí, un alumno destacado: figura como vigésimo séptimo entre los nuevos oficiales del arma de Infantería. Su primer destino es Paraná, en el Regimiento 12, donde permanece varios años, con ocasionales misiones en Santa Fe y en Santiago del Estero, donde integra la comisión encargada de responsabilizarse de la recluta. Ascendido a capitán, es trasladado a Buenos Aires, al Arsenal de Guerra, y luego a la Escuela de Suboficiales. Posteriormente ingresa a la Escuela Superior de Guerra. Para entonces se había casado con Aurelia Tizón: un matrimonio que duraría sólo ocho años, pues ella falleció sin haberle dado hijos.

En 1930 el capitán Perón participa de la conspiración que derroca a Hipólito Yrigoyen. Algunos oficiales superiores lo vinculan al complot y le piden que redacte un plan. Así lo hace, pero días antes de



Coronel Juan Perón, 11 de octubre de 1946

A S.E. Sr. Ministro de Guerra:-

Comunicación a V.E. que a fin de
apenas me enteré he solicitado licencia
por la fecha me encuentro en la Ex. del
Dr. Subiza en San Nicolás (casa del Dr. Subiza
San Nicolás - U.T. 79 - S. Nicolás) -
Manabriga

Juan Domingo Perón, fotografiado cuando
era un joven cadete (abajo).

Fachada del Colegio Militar en San Martín,
tal como aparecía en el año 1917 (pie de
página).

Viñeta: facsímil de una comunicación
escrita de Perón donde da cuenta de su
intención de hospedarse en la estancia del
Dr. Subiza.

la revolución resuelve desvincularse de la conspiración por sentirse desairado, aunque afirma seguir compartiendo los ideales del movimiento. No obstante, el 6 de septiembre de 1930 acompaña a la columna revolucionaria y cumple, espontáneamente, una misión de custodia de la Casa de Gobierno, ya abandonada por Yrigoyen. Años después, en 1950, aludirá a su actuación de dos décadas atrás y manifestará su disgusto por la ingenuidad con que se dejó arrastrar a la revolución encabezada por Uriburu.

De todos modos, el desplazamiento del gobierno radical significa para el capitán Perón un cargo importante: secretario privado del ministro de Guerra y, meses más tarde, profesor de Historia Militar en la Escuela Superior de Guerra.

Ya tiene cierto prestigio en los medios castrenses. Ha publicado varios trabajos de estrategia e historia en publicaciones técnicas y obtenido, en 1927, una copa de honor en el Concurso Anual del Círculo Militar. Es un deportista consecuente y su buen estado físico le permite cumplir una difícil misión de reconocimiento de la frontera boliviano-argentina en 1931, poco antes de ser ascendido a mayor. Con este grado prestará servicios como ayudante de campo del general Manuel A. Rodríguez, ministro de Guerra del presidente Justo, de quien conservará siempre un gran recuerdo.

En 1936 se hace cargo de la Agregaduría Militar en Santiago de Chile. En el país trasandino se hace de buenos amigos, entre ellos el líder popular Arturo Alessandri, pero sufre un traspie que pudo ser grave; o más bien, lo hace sufrir a quién sería su reemplazante. Sucedió que Perón debía recibir una importante documentación que contenía secretos militares chilenos. Deliberada o involuntariamente, no advirtió a su sucesor en la Agregaduría la gravedad que involucraba el asunto, y cuando el teniente coronel Eduardo Lonardi acudió a la cita donde se le entregarían los comprometedores papeles, fue detenido. Debió intervenir el embajador argentino y Lonardi estuvo a punto de perder su carrera. Este oficial sería uno de los motores de la revolución de 1955, que derrocaría al gobierno peronista.

Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación



Pedro Nazar Anchorena (campeón de esgrima) y el teniente primero Perón en 1928, en el Jockey Club, incendiado por sus partidarios treinta años después (abajo, izquierda).

Se ignora cuándo se obtuvo esta toma, en la que el ya teniente Perón aparece con un uniforme que recuerda vagamente al ejército colonial italiano (abajo, derecha).



Archivo General de la Nación



Perón, en cambio, ya ascendido a teniente coronel, continúa la suya. Pronuncia conferencias en la Escuela de Guerra Naval, se incorpora al Estado Mayor del Ejército, recorre la Patagonia en una misión vinculada a problemas fronterizos y sigue publicando trabajos sobre historia militar. Enviada a fines de 1938, y a principios de 1939 el ministro de Guerra lo envía a Europa en misión de estudios. Ante la inminencia de la guerra, se considera necesario que un hombre del Ejército con conocimientos de historia y estrategia, eche una mirada sobre el futuro teatro de operaciones de la gran confrontación que se avecina.

Perón se instala en Roma pero viaja constantemente. Se lo agrega en forma tem-

poraria a regimientos de infantería de montaña y divisiones alpinas: allí desarrolla su afición al esquí y a los ejercicios de montañismo. Asiste a cursos de economía en Milán y Turín y, sobre todo, contempla el espectáculo del fascismo italiano en su hora más gloriosa. Hace incursiones a Francia, Alemania y llega a conversar con oficiales soviéticos, en la línea divisoria entre el Reich y la URSS, entonces vinculados por un pacto de no-agresión. También anda por España, a pocos meses de concluida la guerra civil.

En los primeros días de enero de 1941 regresa al país. Ha enriquecido su visión política y completado su formación profesional. Advierte que la guerra no es solamente una confrontación bélica entre

naciones sino una conmoción que sacude el mundo y anuncia una era de características diferentes, en la que las masas jugarán un papel preponderante. Sus opiniones son escuchadas por sus camaradas, esos oficiales nacionalistas a quienes les resulta cada vez más estrecho y mezquino el marco político del régimen conservador que preside Castillo.

Ascendido a coronel en diciembre de 1941, Perón es destinado a Mendoza como jefe del Departamento de Montaña, donde aplica los conocimientos que ha adquirido en su periplo italiano. Allí dirigirá unas maniobras en Laguna del Diamante que serán clásicas en su época. Pero no quedará mucho tiempo en Mendoza porque en 1942 será trasladado a Bue-

Asado compartido con un suboficial en el Regimiento 12 de Paraná (abajo). Durante unas maniobras celebradas en la Escuela de Suboficiales, se distingue la figura del capitán Perón. La ampliación de la fotografía permite verlo claramente, de pie junto a sus hombres, en plena tarea de campaña (pie de página).



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Perón y su destino



Archivo General de la Nación

En 1952, la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación publicó una recopilación de conversaciones y anécdotas de Perón, revisando -así se dice en el prólogo- más de mil textos, casi todos taquigráficos, a partir de 1943.

En el capítulo correspondiente a 1944 y como parte de una "entrevista concedida a periodistas chilenos", se reproduce este diálogo:

Periodista: -Se habla de una campaña presidencial a su favor...

Coronel Perón: -Es la primera noticia que tengo.

Periodista: -Pero, ¿usted se siente dispuesto a gobernar la República?

Coronel Perón: -Si no hubiese otro remedio... En estas cosas, soy de los que sostienen que no hay hombre que escape a su destino. Si el destino me fuerza... Pero tendrán que pedírmelo: ¡Yo no voy a dar un paso!" ■

Las tradicionales cenas de camaradería del Ejército y la Armada comenzaron a celebrarse en la década que se inicia con los años 20.

A la de 1923 asiste el entonces teniente Juan Domingo Perón, en la mesa 4, sexto desde la izquierda, frente a la cámara fotográfica (abajo).



nos Aires, a la Inspección de Tropas de Montaña. Se instala en un departamento de la calle Coronel Díaz y reanuda relaciones con muchos oficiales a los que había dejado de ver por su estadía en Italia y en Mendoza.

En marzo de 1943 suscribe el acta de fundación del GOU, y el 3 de junio redactará, junto con el coronel Miguel Ángel Montes, la proclama del movimiento revolucionario que al día siguiente habrá de deponer al presidente Castillo. Sin embargo, nadie ve al coronel Perón durante la jornada, y cuando empiezan a difundirse los nombres de los militares que ocuparán ministerios, intervenciones federales y reparticiones nacionales, el de Perón no aparece.

En definitiva, Perón no parece ser sino un militar cualquiera. Ha realizado una carrera honorable pero no brillante. Ha publicado algunos trabajos apreciables

pero no sobresalientes. No tiene mando de tropa y su función en el Ministerio de Guerra tiene una significación puramente burocrática.

Sin embargo, la periodista chilena que lo ha entrevistado, ha demostrado tener buen ojo. Perón es el hombre de la revolución.

Un militar entra a la política

Pacientemente espera su oportunidad. No se hace notar. Intuye que los primeros tiempos de un régimen como el que se ha instaurado el 4 de junio, son confusos y tironeados. Recién a fines de octubre obtiene la designación que ambiciona: presidente del Departamento Nacional del Trabajo, una vieja repartición cuya función consiste en recopilar estadísticas sobre asuntos laborales y asesorar a los trabajadores. Al hacerse cargo, pronuncia una breve alocución:

-Nuestra revolución tendría poca razón de ser si no pudiésemos cumplir con lo que nos propusimos al ponerla en marcha. Uno de los postulados sobresale, por su importancia, de todos los demás: la justicia social.

Y todavía insiste:

-Toda revolución política se esteriliza como no abra el camino a la revolución social.

Un mes más tarde, el Departamento se convierte en Secretaría de Trabajo y Previsión y ocupa la sede del antiguo Concejo Deliberante, en Perú entre Victoria y Diagonal Sur. Allí empieza a recibir a dirigentes sindicales, políticos y gente de toda clase. Incorpora a la Secretaría a jóvenes profesionales, se hace informar de todos los problemas, adquiere soltura y facilidad de expresión. Ahora los diarios se ocupan de él, reproducen sus discursos, publican fotografías.

Perón y su primera esposa, Aurelia Tizón, fotografiados durante una travesía en auto a través de la cordillera de los Andes (derecha).

Maniobras de Calamuchita en 1932: desde la izquierda, el general Pertiné (quinto), el ministro de guerra Rodríguez (sexto) y (último) su ayudante de campo mayor Perón (pie de página).

En febrero de 1944 es designado ministro de Guerra: el desplazamiento de Ramírez de la presidencia se cubre con el general Edelmiro J. Farrell, que es su amigo desde la época de su estadía en Mendoza, y al dejar vacante la cartera de Guerra, Perón pasa a ocuparla. En junio será designado vicepresidente del gobierno de facto. En un año, Perón ha concentrado el poder que se proyecta a las organizaciones gremiales, el control del Ejército y el reaseguro del relevo de Farrell, si ocurriera.

Lo asombroso es que cumple estas tareas sin fatiga, con entusiasmo. A la mañana atiende los asuntos militares y recibe a interlocutores civiles que le llevan el pulso de la opinión pública: muchas veces, sus mismos visitantes le brindan los temas de los discursos que pronunciará en los próximos días... Después de una breve siesta se traslada a la Secretaría de Trabajo y allí despacha los asuntos relacionados con los sindicatos. Y todavía tiene tiempo de ocuparse del Consejo Nacional de Posguerra, donde ha reunido a un grupo de técnicos, economistas e industriales que integrarán, más adelante, el futuro elenco de su gobierno.

"Está en su mejor momento" -dice Félix Luna en *El 45*-. "Consagrado al Ejército, con muy poco contacto con gente ajena a la institución, poco amigo de faras y francachelas, Perón había madurado dentro de un cerrado medio castrense, con poca experiencia en la vida civil. Tenía ingenuidades sorprendentes y a veces caía en infantiles errores, sobre todo en la apreciación de los hombres. Pero desde fines de 1943 estaba desarrollando aceleradamente su innata intuición, su capacidad de decisión, todas las características del hombre de acción, que luego usaría al máximo". Y agrega más adelante: "Lo que distinguía a Perón de sus camaradas, era una concreta y acuciante ambición de conquistar el poder".

Es posible que esta puesta en forma estuviera influida por el romance que por entonces Perón estaba viviendo. En enero de 1944, todavía flamante secretario de Trabajo y Previsión, conoce a la actriz Eva Duarte en un festival que se realiza en el Luna Park en beneficio de las víctimas del terremoto de San Juan. De inmediato



Familia Tizón



Archivo General de la Nación



Familia Tizón

Aurelia (Potota) Tizón de Perón (abajo).
El arribo del secretario de Trabajo y
Previsión era esperado todos los días
por docenas de personas
(pie de página, izquierda).
Dos figuras del gobierno de Ramírez:
el secretario de Trabajo y Previsión
Perón y el ministro de Guerra Edelmiro
J. Farrell (pie de página, derecha).



Archivo General de la Nación

Foto
JALER



Archivo General de la Nación

Los verdaderos rostros de los damnificados por el terremoto de San Juan en 1944. Desplazados de sus tierras y de sus viviendas, llegan a Buenos Aires para encontrar el amparo que se les prometiera. El coronel Perón los recibe en la estación del Ferrocarril Pacífico; las gentes del interior comienzan a tener motivos para quererlo (abajo).

Un gran desaprovechado

Qué es, en rigor de verdad, un político? ¿El hombre capaz de conducir la nave del Estado, rumbo a su destino, en medio de la tormenta? ¿O quien, cautivando al pueblo, hace que su nombre ascienda al cenit de la notoriedad y, por un tiempo, acaso una época, se identifica con el poder? ¿El político tiene el don de mando para dirigir y, además, para persuadir, el don de la palabra? ¿Es el que sabe, genialmente, cómo se gobierna y se satisface el bien común con la vara de la justicia, o aquel otro que intuye, por acuidad de su instinto, cómo se llega a la sede del poder y cómo se permanece allí desarticulando adversarios?

Quizás estos interrogantes, que entrañan reflexiones sobre materia tan ardua, sirvan de acicate intelectual a propósito de esta semblanza de Perón. Como en todo gran político hay en Perón un concierto de contradicciones de que hizo acopio su ductilidad hasta que le acosaron las circunstancias de su propio mito. Y no es asunto simple decidir si la tendencia festival del peronismo, reflejada en eso de celebrar como una romería -con jornada de ocio suplementaria- la agresiva y beligerante gesta del 17 de Octubre, contribuyó a aplazar sus planteos revolucionarios y a relajar en lo inmediato la disciplina indispensable en un programa de producción y transformación; o bien si esa atonía proclive a lo fácil se debió a la ausencia de claves severas, duras; a la temperancia que Perón ostentó en el trato con la gente adicta. Nunca quiso exigir demasiado a la inmensa tropa de secuaces que lo veneraba a la distancia quizá por-

que no deseaba mortificarla o acaso porque advertía a su alrededor la carencia de una estructura dirigente que infundiese jerarquía a la pusilánime verticalidad del peronismo. Y sea por ese inevitable recelo con que todo poseedor del mando acoge a quienes ostentan distinta personalidad, sea que la eficacia supérstite se hallaba en el campo de los enemigos rencorosos, ocurrió que el peronismo no colmaría el hueco abierto por la vacancia de las élites, el vacío de idoneidad planteado en el seno de los movimientos nacionales. Esta vacancia, que se corresponde con la irresponsabilidad de conducta y el descenso de los niveles universitarios, dificultó la transición operativa de los planes trazados y provocó un déficit en las realizaciones de Perón con respecto a la trascendencia de su empresa política. Perón, el gobernante, fue un gran desaprovechado. Ello explica cómo a pesar de aquel matrimonio de amor sin precedentes con su pueblo en las horas difíciles, en que la incertidumbre invade el ánimo y llena de líquidas sombras la vigilia, el hombre Perón sintiera el peso de la soledad, la agobiante carga del Estado. Y explica también la indefensión en que a su muerte quedaría el peronismo, inerme bajo el palio de esa verticalidad vacante de eficacia y franqueable a los manipuladores de secretos ■

Marcelo Sánchez Sorondo

Político, periodista, escritor. Enrolado en el nacionalismo, dirigió la revista "Nueva Política" y posteriormente, el semanario "Azul y Blanco". En 1973 integró el FREJULI y fue candidato a senador nacional por la Capital. Es presidente del Círculo del Plata. Ha publicado varios libros.

se crea una relación entre el viudo coronel de 48 años y la actriz de 25. Ella se instala en su departamento pero pocas semanas más tarde se mudan a un piso en la calle Posadas, entre Callao y Ayacucho; en uno de los departamentos vive ella, en el otro, Perón. La *liaison* del ministro de Guerra trasciende al chismerío de los círculos políticos pero no tiene difusión pública. Y ante las críticas que en algún momento le formulan algunos camaradas, Perón retruca:

-Me critican porque ando con una actriz... Y ¿qué quieren? ¿Que ande con un actor?

En definitiva, Juan Domingo Perón ha entrado a la política. Y no abandonará esta actividad sino al morir, treinta y un años más tarde.

Hacia la conquista del poder

Los años de 1944 y 1945 son decisivos en la carrera de Perón. Para conquistar el poder sabe que debe ganar el apoyo y la adhesión mayoritaria de un pueblo que, hasta entonces, dividía sus afecciones políticas entre los partidos tradicionales. La opción de Perón era, pues, muy simple: debía apoderarse de uno de esos partidos -o mejor dicho, de un partido, el radicalismo- o debía fundar un movimiento nuevo que pudiera enfrentar y derrotar a la totalidad de las fuerzas cívicas actantes.



Archivo General de la Nación

Hasta la crisis de octubre de 1945 no abandonó Perón la idea de ganar el apoyo del radicalismo. Conversó con muchos de sus dirigentes, prefiriendo a los que venían del costado yrigoyenista o a los jóvenes de FORJA, que ya estaban separados de la UCR pero tenían estrechas vinculaciones con los sectores renovadores. Se entrevistó con Amadeo Sabattini, el ex gobernador de Córdoba, el más popular caudillo radical del interior. Reiteradamente ofreció a los radicales una coparticipación en el futuro gobierno constitucional:

-Todos los cargos serán para el radicalismo, menos la presidencia de la Nación, que será del candidato del Ejército.

Pero los esfuerzos de Perón lograron una magra cosecha: sólo unos pocos dirigentes radicales se fueron arrimando a sus tiendas; la mayoría permaneció en una cerrada posición de hostilidad contra el régimen de facto y su heredero evidente.

Sin embargo, Perón no apostaba solamente a esta carta. La acción que desarrollaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, además del contenido de justicia social que implicaba, tenía un inoculable propósito proselitista. Y aunque en el seno del gobierno de facto había rivales que observaban torvamente su carrera, Farrell cubría sus espaldas y le daba luz verde para que siguiera adelante.

Y Perón seguía. Con algún tropiezo, teniendo que hacer alguna concesión, dan-



El Grupo Obra de Unificación

Uno de los temas menos desarrollados en los estudios sobre el coronel Juan Perón es el del GOU. Y ocurre que investigadores tan especializados como el norteamericano Robert A. Potash ofrecen visibles lagunas en el conocimiento de los orígenes del Grupo Obra de Unificación. Es que los diversos autores que han abordado la cuestión lo han hecho con testimonios y documentos relativos a la segunda etapa del GOU, posterior al 4 de junio de 1943.

Por haber tenido acceso al archivo del Grupo correspondiente a la etapa inicial -en poder del teniente coronel Domingo A. Mercante, primero, y de un colaborador suyo civil, después-, podemos afirmar que no hay tal escasez de documentación, como se viene repitiendo; y en cuanto al nombre vulgarizado de Grupo de Oficiales Unidos, digamos que fue de uso civil, por desconocimiento del verdadero nombre de la logia. Entre los documentos por nosotros estudiados se cuenta el catálogo completo de los enrolados en el Grupo, aparte del "Plan de Unificación", que es su documento fundacional.

"Se constituye el Grupo Obra de Unificación (GOU), con el número mínimo de diez camaradas", dice el punto 5 del Plan de Acción. En la realidad, el "escalón inicial" se constituyó con 19 miembros, de los cuales el 17 (Enrique P. González) era el agente de unión con el Ministerio de Guerra, y el 18 (Emilio Ramírez) y el 19 (Juan Perón), fueron coordinadores del Grupo. El teniente coronel Juan Carlos Montes, de origen radical sabattinista,

era el número 6 del "escalón inicial". Potash se expresa extrañado de que Miguel Angel Montes no sea mencionado como "socio fundador". Según el archivo por mí estudiado, este jefe fue enrolado por su hermano Juan Carlos para el "primer escalón" del GOU.

El Grupo Obra de Unificación utilizó un sistema celular de difusión, con un "escalón inicial" sin jefe y que operaba como cuerpo colegiado. Cada miembro de dicho escalón debía enrolar cuatro oficiales en actividad, de coronel para abajo; y así hasta un cuarto escalón. Perón enroló a más de cuatro: Alfredo Agüero Fragueiro, Carlos E. Velazco, Heraclio Ferrazzano, Argentino Garriz, Oscar Uriondo, Filomeno Velazco, Angel Solari y Jorge Graci y Sussini. El era el número 19, pero tenía un proyecto político

Fermín Chávez

Licenciado en Filosofía, profesor universitario, autor de una veintena de libros sobre historia política y cultural de la Argentina.



Coronel Miguel A. Montes.

Archivo General de la Nación

Viñeta: chiste de "Cascabel", diciembre de 1945. En el epígrafe, Perón decía:

"Tóqueme algo compañero; tiempo hace que no lo escucho, y me han dicho que usted es ducho, en esto del cancionero".

Y Farrell contestaba:

"Sí, en un tiempo fui el primero, pero hoy, que ando debilucho, no tengo -y lo siento mucho- uñas para guitarrero".



do a veces un paso atrás para poder dar dos pasos adelante, pero seguía. El país ya estaba dividido entre peronistas y antiperonistas: el nombre que un año atrás era totalmente desconocido, ahora definía afinidades y enfrentamientos. Por supuesto, Perón contaba en su carrera con enormes ventajas.

En primer lugar, la radio. Ese artefacto doméstico que en la década del 40 fue el centro del hogar, el vínculo con el mundo, la fuente confiable de noticias, informaciones y sugerencias, estaba a disposi-

ción del secretario de Trabajo, ministro de Guerra y vicepresidente de la Nación, cada vez que se le ocurriera. En segundo lugar, la Secretaría misma, cuyas delegaciones en todo el país eran otros tantos comités de apoyo a Perón, servidos por fervorosos partidarios del coronel: años más tarde, los llamaría sus "predicadores", por el entusiasmo casi religioso que habían puesto en sus tareas proselitistas. Y en tercer lugar, el propio Perón, que en pocos meses había afinado al máximo sus innatas condiciones de conductor, sobre todo a través de su oratoria.

Perón en Europa

Me ubiqué en Italia, entonces. Y allí estaba sucediendo una cosa: se estaba haciendo un experimento. Era el primer socialismo nacional que aparecía en el mundo. No entro a juzgar los medios de ejecución, que podían ser defectuosos. Pero lo importante era esto: un mundo dividido en imperialismos, ya flozantes, y un tercero en discordia que dice 'no, ni con unos ni con otros, nosotros somos socialistas, pero socialistas nacionales'.

Era una tercera posición entre el socialismo soviético y el capitalismo yanqui. Para mí, ese experimento tenía un gran valor histórico. De alguna manera, uno ya estaba intuitivamente metido en el futuro, estaba viendo qué consecuencias tendría ese proceso. De modo que, una vez instalado allí, empecé por preocuparme en estudiar qué era ese problema del socialismo nacional. A mí siempre me ha gustado mucho la Economía Política; la he estudiado bastante y en Italia tuve la suerte de incorporarme a algunos cursos muy importantes. (...) Se estaban desarrollando unos cursos magníficos: seis meses de ciencia pura en Torino y seis meses de ciencias aplicadas en

Milano, a los que yo asistí regularmente. Allí me aclararon muchas cosas en materia de Economía Política porque ellos estaban haciendo una vivisección del sistema capitalista.

Todos los trucos del sistema los tenían bien estudiados... Todo esto me aclaró mucho el panorama y además pude ver bien el proceso europeo, sin ningún prejuicio, mirando un aspecto que se veía claro. Porque en tiempo de paz hay como una bruma del pensamiento pacifista que oscurece el panorama; pero cuando se declara la guerra, todo aparece descarnado, con sus intereses, sus dramas y sus pequeñas y grandes cosas... Y esto fue lo que yo ví en Europa. Así, estuve en Italia un tiempo, otro tiempo en Francia, en Alemania y en Rusia también. (...) Después de esto, regreso a la Argentina con un panorama totalmente claro sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo. No se trataba sólo de una guerra mundial; la historia seguía a través de esa guerra y había un proceso de evolución que (...) tendría que seguir su curso. (Declaración de Juan Perón en *El 45* de Félix Luna, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, año 1969, notas al Prólogo) ■

Pronto se acostumbró el país entero a escuchar la voz de Perón a cada momento. Sabía decir frases rotundas, acuñaba *slogans* de fácil memorización, exageraba, simplificaba y llegaba a los auditorios de trabajadores como nadie había llegado en la Argentina. "Creo que las reivindicaciones, como las revoluciones, no se proclaman, se cumplen -decía el 1° de mayo de 1944-. Y ese cumplimiento fue la consigna rígida a que ajustamos nuestra acción estatal. He sido fiel a ella porque entiendo que mejor que decir, es hacer; mejor que prometer, es realizar". El 8 de junio, ante una concentración de ferroviarios: "No he de detenerme a refutar las calumnias sectarias o políticas que elementos descalificados suelen poner en movimiento con fines inconfesables: tarde llega a su casa quien se detiene en el camino para arrojar piedras a los canes que ladran". El 20 de julio, a los tranviarios: "Tengo fe en los hombres que trabajan, porque no he sido jamás engañado ni defraudado por los humildes. En cambio, no puedo decir lo mismo de los poderosos". El 4 de diciembre, ante una multitud de empleados y obreros calculada en 250.000 personas: "La tierra no debe ser un bien de renta, sino un instrumento de producción. La tierra debe ser del que la trabaja, y no del que vive consumiendo sin producir, a expensas del que la labora". Y en varios de sus discursos: "La era del fraude ha terminado".

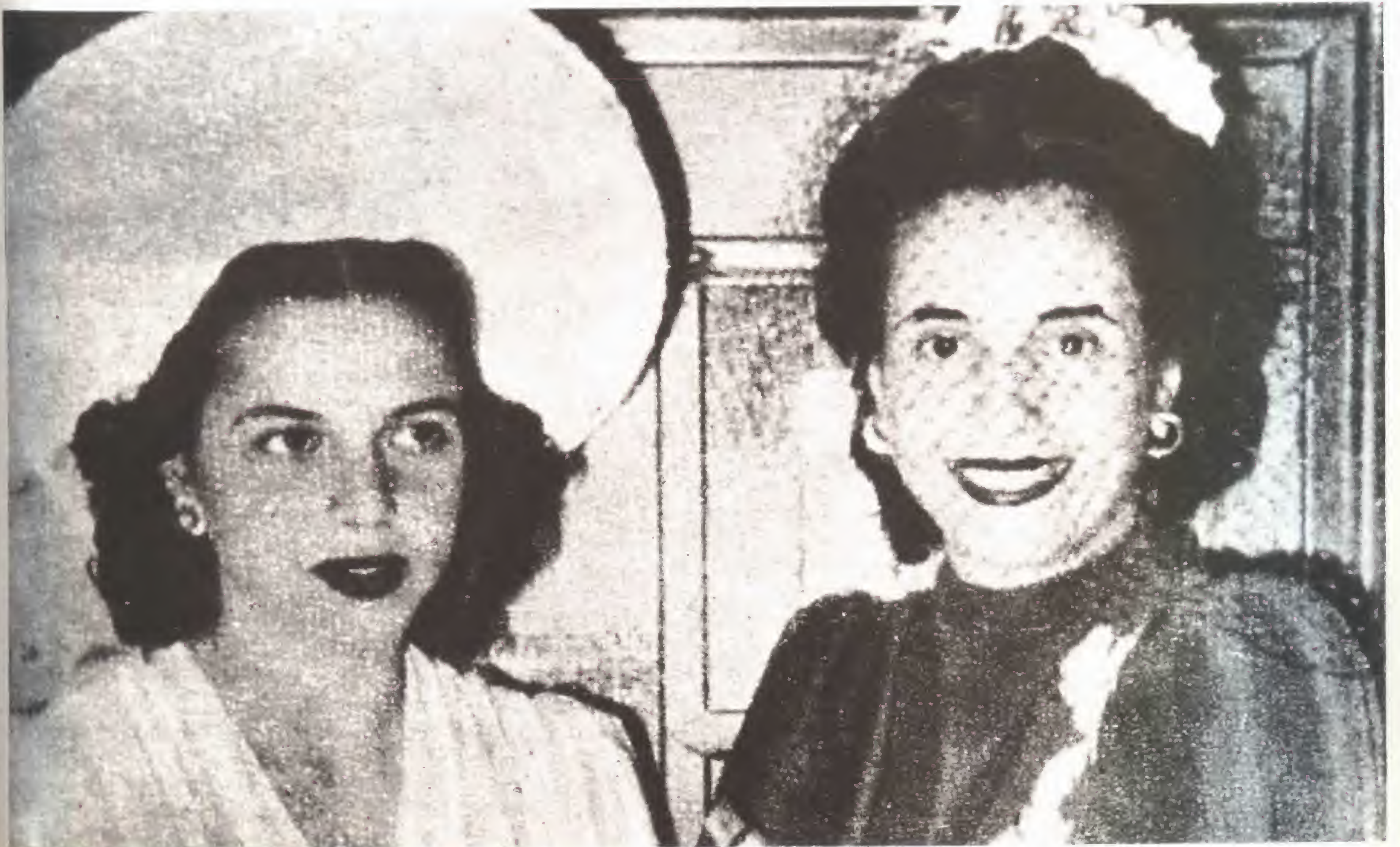
Pero también sabía variar la cuerda de su oratoria según los públicos. En su famoso discurso a la Bolsa de Comercio, el 25 de agosto de 1944, tranquilizaba a los círculos financieros: "Vamos en una evolución permanente. En todas las agrupaciones humanas, desde hace cincuenta años hasta el presente, se viene acelerando de una manera absoluta e inflexible una evolución social de la humanidad que antes no había sido conocida. Cerrar los ojos a esa realidad es esconder la cabeza dejando el cuerpo afuera, como hacen las avestruces de la pampa".

El accionar de Trabajo y Previsión

Entretanto, la Secretaría de Trabajo y Previsión llevaba a cabo una acción que

*Festival en el Luna Park (enero de 1944)
en beneficio de las víctimas del terremoto;
durante ese acto el secretario de Trabajo
y Previsión conocería a la actriz Eva Duarte
(abajo).*

*Evita fotografiada junto a otra aspirante
a estrella. Una caminaba hacia el olvido;
la otra, desempeñaría un papel
descollante en la historia (pie de página).*



Las colectas que se sucedieron con motivo del terremoto de San Juan, vincularon al joven coronel con la colonia artística. En enero de 1944 recibió, junto a Domingo Mercante, la visita de un grupo de actrices y actores: Oscar Valicelli, Luisa Vehil (bajo la capelina negra), Nuri Montsé, Enrique Muño, Silvana Roth, la francesa Florence Marly y Pepe Iglesias (abajo).



Archivo General de la Nación

sin ninguna exageración podría calificarse de revolucionaria, y a principios de 1945 había promovido un proceso popular todavía oscuro e indefinido, pero cuya adhesión al titular de la repartición no se ocultaba.

Bajo el impulso de Perón, las dos centrales obreras antagónicas existentes en 1943, se habían unificado mediante el sencillo expediente de eliminar una de ellas y apoyar a la otra. Se habían cambiado algunos de los interventores nombrados en varios sindicatos por el gobierno de facto, designando otros que de inmediato se pusieron al servicio de los reclamos de los trabajadores: uno de éstos era el teniente coronel Domingo A. Mercante, hijo de ferroviarios, que quedó a cargo de la organización sindical más importante del gremio del riel. Perón tomó con-

tacto con dirigentes de toda laya: primero trataba de seducirlos, y si lo lograba les brindaba todo el apoyo de la Secretaría. Si no lo conseguía, buscaba a los dirigentes rivales para desplazar a los que ya no eran rescatables. Y si aún esto no se podía, estimulaba la creación de otro sindicato, al que se otorgaba la personería gremial. Muchos dirigentes opositores, socialistas o comunistas, fueron encarcelados; en alguna oportunidad, ante la necesidad de levantar una huelga que afectó a la industria de la carne, Perón hizo traer de la cárcel de Neuquén al veterano comunista José Peter, para negociar con él la terminación del paro. A los sindicatos amigos se les brindaba asesoramiento y se les daba la razón en sus reivindicaciones; en muchos casos se les otorgó "estatutos" que determinaban las condiciones de trabajo y las retribuciones del gremio.

Así se fue estructurando una organización sindical que en un par de años adquirió impresionante gravitación: en 1943 había en el país 80.000 obreros sindicados; en 1945 se elevaban a medio millón. La Unión Obrera Metalúrgica, UOM, tenía en 1942 unos 1.500 afiliados; tres años más tarde contaba con 200.000. Asociaciones como la FOTIA, la UOCRA, el SUPE y docenas de otras siglas que hoy forman parte normal del vocabulario cotidiano de los argentinos, nacieron en 1944 y 1945 como consecuencia de la acción de Trabajo y Previsión, al lado de decretos que echaban las bases de una legislación social de fondo para brindar a los trabajadores una justicia rápida y barata a través de los tribunales del trabajo, y medidas de previsión social sectoriales que prefiguraban un régimen de jubilaciones para los trabajadores.

26 de noviembre de 1944: Perón en el acto del primer aniversario de la Secretaría de Trabajo y Previsión (abajo, izquierda). Julio de 1944: ya vicepresidente, junto a Mercante (abajo, derecha). Homenajes y agradecimientos frente a la Secretaría (abajo, fotografía del centro). Sabattini, gobernador de Córdoba, junto al general Miranda (pie de página).

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



AGRADECEMOS LA LEY DE JUBILACIÓN
Personal CASA ALBION
 Asociado a la
FEDERACION EMPLEADO



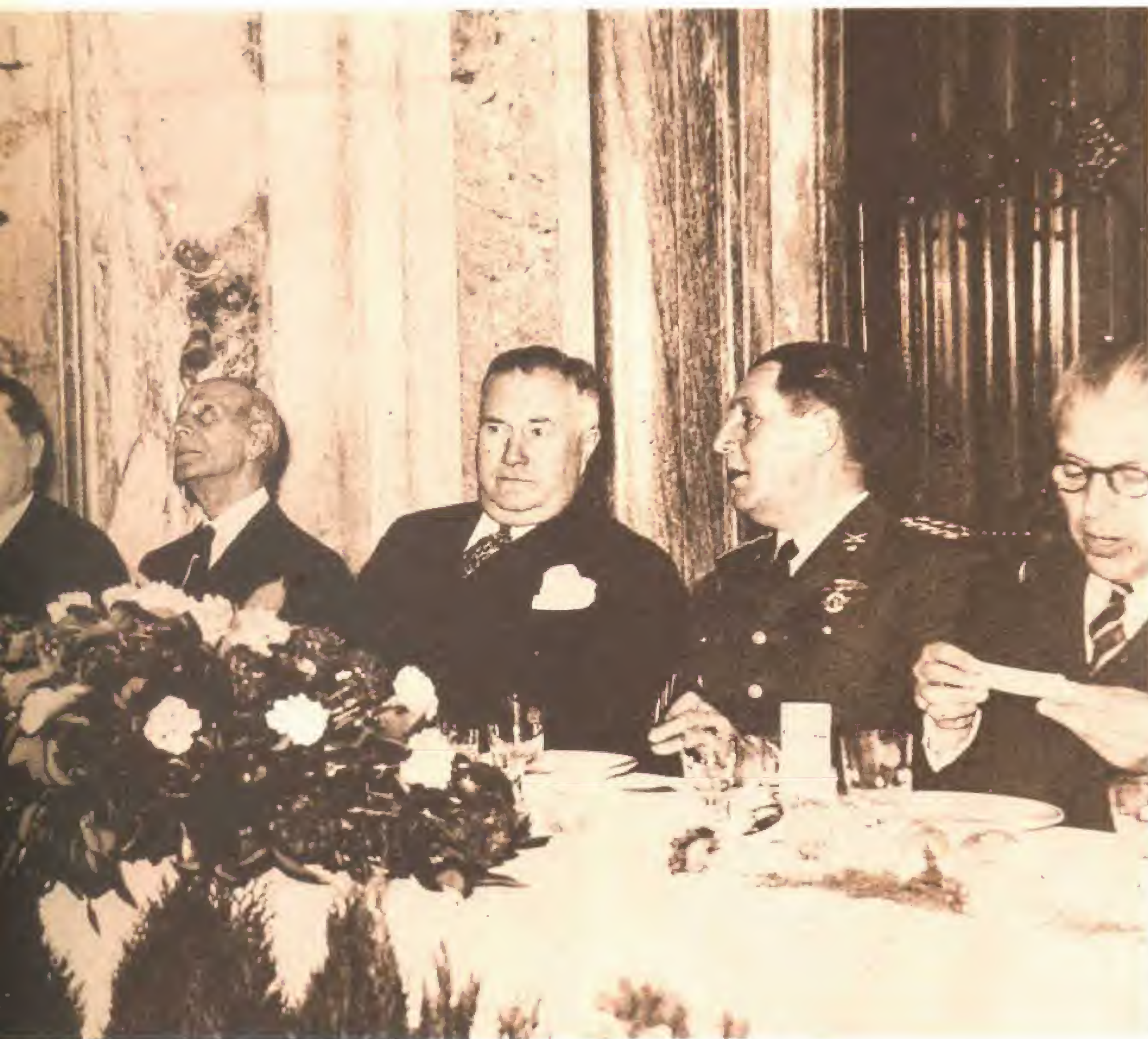
Esta catarata de iniciativas y acciones concretas iban solidificando el frente opositor. Industriales, comerciantes, financieros, estancieros, lo que en aquellos años solían llamarse "los patronos", reaccionaban mayoritariamente en contra de la acción de Perón al frente de la Secretaría. Lo calificaban de demagogo, aseguraban que la economía del país no estaba en condiciones de absorber los aumentos impuestos por decreto, denunciaban que se estaba creando un peligroso antagonismo entre el capital y el trabajo, justamente en momentos que exigían de todos la máxima colaboración para hacer frente a los graves problemas derivados de la guerra. Estas expresiones aparecían muy retaceadamente en la prensa, controlada por el gobierno de facto, y no tenían ninguna cabida en la radio. Pero en cuanto el régimen de Farrell, cada vez más enredado

Archivo General de la Nación





Cabecera de la comida ofrecida por el ministro de Guerra Perón a los agregados militares, en 1945. A su derecha está ubicado el célebre Spruille Braden (abajo). Sin gorra, sin sable, sin uniforme: el Perón de la campaña electoral es un muchacho en mangas de camisa (pie de página). Viñeta: tapa y contratapa de "Cascabel" de un número del año 1945.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

do con el aislamiento internacional, empezara a flaquear, entonces una avalancha de ataques caería contra Perón para obtener su caída.

Perón no lo ignoraba y en los primeros meses de 1945 acentuó el dramatismo de sus apelaciones a los trabajadores. Sabía que en ese campo podía estar el camino de la conquista del poder y ahora pisaba más fuerte, más seguro. El 1° de mayo de 1945 clamaba el coronel: "(Los patronos) parecerían reclamar una nueva Semana Trágica para asegurarles otros 25 años de tranquilidad. Este gobierno no lo hará. No asegurará ni 25 años ni 25 días de tranquilidad a los capitalistas, siguiendo el ejemplo doloroso de la semana de enero de 1919. Pues la sangre de los trabajadores sacrificados entonces no debe refrescarse con nuevos actos de injustificada violencia oficial".

Siete días antes de este discurso, Perón había debido dar un paso atrás. Difundió un comunicado asegurando que de ningún modo aspiraba a la Presidencia y agregando que se opondría "enérgicamente" a todas las gestiones que se hicieran para erigirlo en candidato. Es innecesario decir que la declaración era totalmente insincera. Lo que ocurría era que la presión contra el secretario de Trabajo ya se había tornado demasiado fuerte y era necesario descongestionar un poco el ambiente. Por otra parte, el gobierno de facto estaba arriando velas aceleradamente: a fines de marzo se había visto obligado a declarar la guerra al Eje, un acto desairado e infeliz que lo indispuso con todos los sectores y rebajó al mínimo los apoyos de que disponía. Y para empeorarlo todo, el mes de mayo de ese mismo año vio la llegada a Buenos Aires de un formidable aliado de la oposición: el nuevo embajador norteamericano, Spruille Braden.

Ahora sí, empezaba la lucha decisiva. A partir de este momento se vería si Juan Perón sería un nombre más en el fárrago de los personajes olvidados, o si era capaz de asumir ese destino al que había aludido dos años antes

4. Los rosados tiempos del bolero

En la década de 1940 la sociedad argentina se modernizó y sectores más amplios de población lograron acceso al bienestar. Los modelos de vida de esta época nos parecen hoy algo ingenuos y estereotipados: es el rostro de una Argentina que empieza a sentir el acicate del consumismo, pretensión que marca un corte con los tiempos de los inmigrantes, en los cuales el ahorro y la estabilidad de la moneda eran la preocupación esencial. El advenimiento del Estado benefactor que se gesta en este período, coincide además con una tendencia de la Argentina a encerrarse sobre sí misma; sin embargo, los ecos de ritmos tropicales forman el marco musical de este capítulo.

Por qué los tiempos del bolero? Porque nos parece el tipo de música que mejor caracteriza la década del 40, con su romanticismo, su empalagosa dulzura, el convencionalismo de sus letras y la cursilería que transmite. Tiempos del bolero, porque eran simples e inocentes, expresivos de una época que, a pesar del sacudimiento de la guerra mundial, aún no conocía grandes cuestionamientos a los hábitos tradicionales, a los valores consagrados. Un estilo de vida que aparentaba estar muy lejos de los grandes estremecimientos históricos que sobrevendrían poco tiempo después. En la Argentina, toda la década fue de una sostenida prosperidad. Aunque la conflagración mundial restó a la población algunos artículos

importados, no se padecieron necesidades, hubo ocupación plena y altos salarios. Esta situación se transmitía al ámbito social y familiar, y daba un tono optimista a las expresiones de la vida colectiva. Alentadas por un progresivo desahogo económico, aparecen nuevas aspiraciones de mejoramiento, hay mayor consumo -sobre todo, de bienes suntuarios- y el público tiende a concentrarse en espectáculos gregarios como los de los salones cinematográficos, locales de baile y, desde luego, el fútbol, pero también las confiterías con orquestas y las peñas folklóricas (éstas, después de 1946). Los clubes de barrio constituyen centros de sociabilidad, donde se anudan y desanudan relaciones, compañerismos y noviaz-



La calle Florida en 1940. En el extremo superior de la foto, a la izquierda, la confitería "Adlon" anuncia en un afiche la presentación del cantante mexicano Pedro Vargas, una de las figuras más famosas del bolero (en aquella época, Vargas compartía su celebridad con Juan Arbizu, Antonio Ortiz Tirao y la personalísima Elvira Ríos).

Conventillo de la calle Defensa, en 1943. Muchas familias vivían en inquilinatos como éste; el hecho de que fueran el escenario de numerosas piezas teatrales demuestra su gravitación social (abajo). Guirnaldas, papel picado y pomo: los imprescindibles elementos para jugar al carnaval (pie de página).



gos. Y el café sigue siendo una institución donde los muchachos hacen el aprendizaje de la vida, como recordará el tango de Discépolo escrito en 1948.

La relación en torno a la familia sigue siendo muy fuerte: italianos, españoles, judíos, con su poderosa tradición por los vínculos de sangre, han dado el sello a la población en este aspecto, y el ritmo de trabajo, todavía pausado, permite que padres, hijos y parentela cercana hagan sus tertulias o rodeen el artefacto que preside la vida hogareña: la radio.

Desde 1945/46, las vacaciones empiezan a convertirse en un acontecimiento anual. Primero, vacaciones a crédito para empleados públicos y de comercio. Luego, las obras sociales de los sindicatos facilitan a sus afiliados el descanso veraniego en las playas o las sierras: se compran o construyen grandes hoteles con ese fin y Mar del Plata conoce, en los últimos años de la década, un boom sin precedentes en la edificación masiva de bloques de departamentos.

Archivo General de la Nación

Al mismo tiempo, en las casas se introducen elementos de confort que antes eran patrimonio de pocas familias: licuadoras, lavarropas, heladeras, estufas y cocinas a gas de kerosene. Después de 1949, terminado el gasoducto que une Comodoro Rivadavia con Buenos Aires, la empresa Gas del Estado hace publicidad incitando a usar el fluido; en cambio, las empresas que proveen electricidad a la Capital Federal y al Gran Buenos Aires exhortan a reducir el consumo.

Lo que no mejora, ni en el conglomerado porteño ni en el resto del país, es el transporte. Los obsoletos vehículos de transporte colectivo no dan abasto a una masa creciente de viajeros. Y los automóviles son un lujo que muy pocos pueden gozar. ¡Esos Ford, Plymouth, Desoto, Chrysler, enormes, pintados de oscuro, que pueden estacionar en todos lados porque son escasos, codiciados!

Leer revistas

Las formas de vida de la década se reflejan con elocuencia en el material de lectura periódica de las revistas. No eran mu-



Archivo General de la Nación

En el café, los porteños no sólo compartían la mesa; también el tiempo, los sueños, las opiniones y la amistad (abajo).

De Soto, Chevrolet, Plymouth, circulando en el armónico caos de la Plaza de la República (pie de página).

Viñeta: dibujo aparecido en la revista "Cascabel".



chris: "Para Ti", "El Hogar", "Antena", "Radiolandia", "Atlántida". La venerable "Alma que Canta" servía para refrescar las letras de las canciones y había un par de publicaciones turfísticas destinadas a los adictos a las carreras. El régimen peronista montó, un par de años después de su advenimiento, un *trust* de revistas que cubrían diversas áreas: "Mundo Argentino", "Mundo Radial", "Mundo Agrario", etc., pero su tono oficialista retrajo de su lectura al público independiente.

Crónicas sociales, consejos a la mujer, algún cuento, chismes del ambiente teatral, radiofónico y cinematográfico, recetas de cocina y sugerencias sobre moda, llenan las páginas de las publicaciones de la época. Los mensajes publicitarios son claros y directos: sin duda el mercado al que se dirigen no tiene muchas opciones. "Su cutis merece lo mejor! Adopte, entonces, L., el jabón de belleza elaborado como una crema de belleza". Hay mucho espacio destinado a publicitar productos farmacéuticos de venta libre: analgésicos, purgantes, diuréticos, gotas nasales. La "falta de apetito de los chicos" o la "debilidad", parece desvelar a las madres a juzgar por la cantidad de avisos que tienden a tranquilizarlas: "¡Madre! Su niño flaco necesita Pastillas M.C.. ¿Para qué darles el aceite de hígado de bacalao que tiene un gusto tan repugnante?".

Hacia mediados de la década empiezan a proliferar avisos de academias o escuelas para diversas especializaciones. La gente quiere superarse, aspira a mejores trabajos, y en consecuencia se ofrecen cursos por correspondencia para recibirse de expertos en radio, cine sonoro, idiomas, mecánica, electricidad...

Las mujeres...

Una buena proporción del material de las revistas de la década se dedica a brindar pautas sobre el comportamiento de la mujer en la sociedad, artimañas para agradar, sugerencias para mantener la salud física y moral, consejos para embellecerse, directivas para conducir la casa y manejar la servidumbre, ayudas para la buena relación con los padres o los hijos. Ser esposa y madre era la mayor ambición de casi todas las mujeres de la época.



Anuncio para revistas femeninas. El sexo siempre fue una de las armas preferidas por la publicidad para promover ventas (derecha).
 ¿Despedidas de soltera? ¿Reuniones entre compañeras de trabajo? Cualquier motivo era bueno para reunirse en "tés blancos" o banquetes succulentos. "El Tronío" era uno de los locales preferidos para estos festejos, donde el uso del sombrero era de rigor (abajo y pie de página).

"Damas y Damitas", 1943



Actrices locales o extranjeras, muchachas de la sociedad tradicional, posan para los avisos de cosméticos o productos farmacéuticos, testimoniando sus bondades. Hay cierta tilingüería en las cataratas de consejos asestados a la mujer, pero a lo largo de estos años también se advierte la transformación que vive el país: una revista para las clases altas, como fue siempre "El Hogar", en 1949 responde a la pregunta "¿Es importante vivir en un barrio bien frecuentado?", diciendo: "No necesariamente. Antes solía juzgarse a la gente por el lugar en que vivía; pero la escasez actual de viviendas ha cambiado las cosas".

Archivo General de la Nación



Los cambios, sin embargo, no parecen afectar las relaciones entre el hombre y la mujer. La sinceridad, el recato y la discreción son postulados por "Para Ti" (1946) como valores fundamentales en los vínculos sentimentales. La joven debe distinguir si las galanterías de su festejante se deben a "una respetuosa admiración hacia su persona" o si, por el contrario, "son consecuencia y efecto de un sentimiento de índole equívoca". Si se trata de esto último, corresponde que examine si "por algún proceder incorrecto, dio motivos a que se la juzgue erróneamente", para rectificar su conducta en el futuro. Pero además, "cortará toda relación con su festejante..." Se establecen gradaciones entre "amigo, festejante, pretendiente y novio". Se recomienda "no introducir al festejante en forma prematura al hogar" ni presentarlo a la familia antes de haber llegado a un grado de comprensión que garantice el futuro de la pareja.

Archivo General de la Nación



Pero también el galán debe atenerse a directivas precisas: "No bese a su novia, todo lo más, en la mano"; no comprometas a tu novia con demostraciones demasiado afectuosas delante de la gente. La malicia y la sospecha van muy lejos y no podrás detenerlas aunque quieras, porque el final de su viaje es la calumnia".

...y los hombres

La década del 40 da marco a una lenta declinación del formalismo en la indumentaria masculina. En los primeros años se va abandonando el "rancho" y el

En 1949, Eugenia de Chikoff diseñaba modelos para la revista "Argentina". El nacionalismo de la época imponía denominarlos con nombres criollos: en la foto de la derecha se recurrió a la flora, en la de la izquierda a la geografía (abajo). Las radionovelas eran un furor. Así lo ilustraba Medrano (pie de página).







Cualquier oportunidad era buena para bailar. Todos los clubes organizaban reuniones danzantes en sus instalaciones (abajo). La chaperona era una institución, tal como puede apreciarse en este dibujo de Calé (izquierda) aparecido en una recopilación de la revista "Argentina" del año 1966. Viñeta: dibujo aparecido en "Cascabel".



cuello duro; sustituyen a estos elementos el liviano "Panamá" y las camisas de cuello blando y pegado, pero la resistencia a abandonar el aditamento se manifiesta en la vigencia, por algunos años, de las camisas "Duroflex", que presentan un cuello semiduro. De lo que nadie prescindía por entonces, es del sombrero. ¡Inconcebible que un caballero no use cubrecabezas! Hay sombreros de fieltro o de conejo -con cinta más ancha o angosta, pero siempre negra- más duros o más flexibles, con ala voladora o estrecha. Recién después de 1950 se irá abandonando el "funghi" como complemento del traje completo.

En los primeros años todavía hay telas importadas, generalmente de Inglaterra, para confeccionar camisas, trajes o sobretodos. Después, la guerra y, sobre todo, la aparición de una extendida industria textil, acostumbra al público a usar géneros de fabricación nacional. Aunque ya empieza a generalizarse la venta de trajes de confección, la sastrería artesanal tiene una vigorosa presencia y abundan los talleres en el centro y los barrios: nadie renuncia a los trajes "a medida", pese a que los confeccionados se ofrecen a precios incomparablemente más bajos... ¡y a ve-

ces con unos pantalones por traje! La indumentaria masculina es oscura, en general; en verano, se usa alpaca inglesa, (cuando hay), el "Palm Beach" y el "Tropical"; en invierno, gabardinas, franelas y casimires de infinitas variedades. Tres botones y solapas moderadas es el estilo recomendable, aunque "Rico Tipo" pone de moda los ambos de enormes solapas y pantalones de anchura variable, según los años. Las corbatas, muy sobrias: de seda, luego de acetato o rayón, pero con dibujos apenas visibles y colores difuminados.

Pero lo que se advierte claramente, en materia de indumentaria, es la uniformidad que se va extendiendo en todos los sectores sociales. "Las mucamas se visten como las niñas, los obreros se visten como los patrones", es la velada queja que aparece en algunas revistas. La prosperidad económica, los medios masivos de difusión, las expectativas florecientes tienden a borrar las diferencias exteriores, y ahora la "gente bien" tiene que adivinar orígenes y procedencias a través del modo de hablar o de comportarse, porque no basta mirar el traje o el vestido para colocar al observado en la categoría que le corresponde...

El cancionero del interior

En *La cultura popular del peronismo* (Editorial Cimarón, Bs. As., 1973), el crítico Eduardo Romano revaloriza la significación del cantor Antonio Tormo, cuyo cancionero -afirma- "facilita a su manera, y dentro de un radio de acción preciso, la socialización de esos grupos migratorios", es decir, los venidos del interior del país. Y cita una cueca de Tormo, "La Porteña", como muestra de la elaboración de situaciones concretas y cotidianas como, en este caso, la nostalgia del pago y la incertidumbre sentimental derivada de la misma.

La cueca dice: "Me vine pa' Buenos Aires / pensando volverte a ver / Las porteñas son tan lindas / quién sabe si he de poder / Andaba por Buenos Aires / miren lo que es no saber / prendado de una porteña / y esperando a mi mujer / Esperando allá a mi dueña / no la quise traicionar / la cosa es que a la porteña / yo no la puedo dejar / Si vienen a Buenos Aires / que te siga tu mujer / pues si ves a una porteña / no vas a querer volver"... ■

Libertad Lamarque recrimina a Roberto Airaldi en "Caminito de gloria" (abajo, izquierda).
 Glostora: nuevo fijador más suave y perfumado (pie de página, izquierda).
 Osvaldo Fresedo y su orquesta (derecha).
 Frente al estadio de Independiente: traje, corbata y sombrero aún para ir a la cancha (pie de página, derecha).

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



FIJESE señora...

FIJESE señor...

FIJESE con

Glostora

QUE FIJA
MUCHO
MEJOR!

"Mundo Argentino", 1949

Archivo General de la Nación





Y esto ocurre, sobre todo, en los espectáculos, a los que acuden hombres y mujeres de todas las clases sociales y de todas las edades:

Los espectáculos

El cinematógrafo es el espectáculo por excelencia. Es barato y dura mucho: tres secciones -matinée, vermuth y noche-, cada una con dos películas y noticiarios o variedades. En la calle Lavalle florecen los "cuarentones", cines que por cuarenta centavos permiten al espectador pasarse la tarde entera.

En nuestro país y en esos años, las "vistas" no tienen otra procedencia que Estados Unidos y la Argentina. Es el mejor momento de Hollywood y sus producciones imponen mitos, crean "tics" y costumbres, difunden rostros universalmente conocidos. En nuestro país, la producción cinematográfica está en ascenso desde fines de la década del 30 y algunas realizaciones muestran una calidad admirable. Se van formando equipos de directo-

res, actores y técnicos, y a partir de 1944 diversas medidas de protección adoptadas por el gobierno de facto estimulan la realización indiscriminada de películas de todos los géneros. Desde entonces hasta el fin de la década, el promedio de "vistas" argentinas es de unas cincuenta por año; pero no son muchas las recordables.

El advenimiento del peronismo, en 1946, aparece inconvenientes a actores y actrices considerados opositores: algunas figuras muy populares dejan de actuar, como es el caso de Libertad Lamarque o Pedro Quartucci. Pero la industria cinematográfica se robustece, amplía su infraestructura, forma su personal y crea un público fiel; pese a los "teléfonos blancos" y a la irrealdad y superficialidad de su temática, el cine argentino sigue gozando de las preferencias de nuestro público.

El teatro, en cambio, es un espectáculo menos frecuentado. Existe una tradición que señala a las funciones teatrales como propias de conocedores más especializados. El público concurre masivamente a

los teatros de revistas como el Maipo y el Nacional, donde tienen su reinado las máximas estrellas del *sketch* pero es menos entusiasta para asistir a las muchas obras de autores nacionales o extranjeros que se representan en aquellos años.

Además, existe un elemento técnico que es la suma de todos los espectáculos. Por su intermedio se pueden escuchar obras teatrales, conciertos de música popular o culta, audiciones de entretenimientos, noticias y avisos publicitarios. Porque en verdad, la década del 40 es la de la radio. Si en los años anteriores se empezó a difundir en los hogares el uso de la radio, la década del 40 verá la generalización de este artefacto. Ahora se lo puede comprar en cuotas y hay muchos modelos diversos. Nunca, ni antes ni después, tuvo la radio una audiencia tan amplia ni difundió programas más variados y de mayor calidad.

Entre 1946 y 1948, el gobierno fue adquiriendo las *broadcastings* privadas hasta convertir el dial en un dominio total del Estado. Sin embargo, fuera de las obligadas "transmisiones en cadena" y de la propaganda directa o indirecta que realizaban los *speakers* o los actores contratados para ello, el nivel de los programas no sufrió con la existencia de este monopolio y se mantuvo una sana competencia entre las grandes emisoras.

Fue cuando el tango conoció el momento de su máximo esplendor, cuando letristas, músicos e intérpretes se conjugaron en un esfuerzo creativo de irrepetible expresividad. El tango "competía" con el bolero en audiciones radiales que el público escuchaba ansiosamente a lo largo de todo el país; se realizaban en los amplios auditorios que tenían las emisoras más importantes. Pero además, el tango podía bailarse en confiterías como "Adlon", "Les Ambassadeurs" o el mismo "Ta-Ba-Ris", al que la publicidad presentaba como "el *night club* de la gente distinguida de Buenos Aires". Y podía escucharse en el "Marzotto", el "Nacional" y otras confiterías distribuidas a lo largo de la calle Corrientes, donde no se preguntaba al parroquiano cuánto tiempo iba a quedarse, mientras la orquesta desgranaba en el palco sus interpretaciones.

En sus grafodramas, Medrano reflejaba las costumbres de los argentinos. Las boites eran protagonistas absolutas del mundo de la noche (derecha). En un almanaque de Alpargatas, Medrano graficó así la clásica matiné del cine del barrio, en 1947 (abajo). Viñeta: Birome, invento argentino que dio la vuelta al mundo.

El último radioteatro de Eva Duarte

A los catorce años hice mi última incursión como oyente de radioteatro, impulsado por la curiosidad de conocer a una actriz que había logrado una súbita popularidad, después de haber deambulado varios años por *broadcastings* de ínfima categoría. La novela se llamaba *500 años en blanco*, y se transmitía por Radio Belgrano a las 18.30 horas. Se trataba de una ciencia ficción acerca de un viaje al planeta Marte realizado por un grupo de astronautas, entre ellos una intrépida mujer interpretada por Eva Duarte.

El 9 de octubre de 1945, yo estaba como todas las tardes en el comedor de mi casa, instalado frente al enorme aparato de radio tipo aparador, de marca Crosley. Nada hacía sospechar la sorpresa que nos deparaba el programa de ese día. La novela comenzó a desarrollarse normalmente, los personajes habían llegado a Marte y sorteaban los primeros peligros, cuando inesperadamente un locutor interrumpió la transmisión, dejando a Eva con la palabra en la boca, para anunciar eufóricamente que el coronel Perón se había visto obligado a renunciar a sus cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión. Luego de ese shock, la novela siguió todavía los minutos que faltaban para terminar, sin que nada denotara emoción en la voz de Eva Duarte, tal vez sólo un poco más insegura que de costumbre. Al día siguiente, una multitud de oyentes esperó inútilmente esa voz en el éter. La novela no se transmitió ese día, sin que se diera ninguna razón al respecto, y -caso único en la historia de la radio- nunca más terminó de propalarse: los personajes

estaban destinados a permanecer varados en Marte para siempre. La versión según la cual Jaime Yankelovich le prohibió la entrada a la radio no es verosímil, siendo lo más probable que ella misma haya decidido no volver, temerosa de sufrir una agresión, o bien por acompañar a Perón, quien se había refugiado en una isla del Tigre, propiedad del magnate nazi, Freude. Unos días después, en un reportaje que le hicieron en el diario "Crítica" -el último de su carrera de actriz- alegó que había dejado de actuar por motivos de salud.

Por haber sido testigo del nacimiento del peronismo y de los orígenes de su heroína, el mito de Eva Perón estuvo para mí indisolublemente unido al de Eva Duarte, es decir, al mito más antiguo de las "estrellas" en el universo *kitsch* del cine argentino de los años 30 y 40, el radioteatro de las tardes y las páginas sepías de "Sintonía" y "Radiolandia", que tan bien expresaban la cursilería de la clase media argentina de aquellos años. Eva Duarte, llevada por el azar más insólito desde la oscuridad de la cueva hasta la fiesta deslumbrante, no era al fin sino la princesa mendiga del folletín romántico, que hacía su última actuación en ese melodrama pleno de sensiblería y truculencia que fue el peronismo. Como en tantas otras ocasiones, la vida imitaba al arte ■

Juan José Sebreli

Sociólogo y escritor. Entre muchos otros títulos, ha publicado *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*; *Eva Perón, ¿aventurera o militante?*; *Mar del Plata, el ocio represivo*; *de Buenos Aires y su gente* y *Los deseos imaginarios del peronismo*.

Dibujos de Luis J. Medrano en el Almanaque de Alpargatas, 1947



Dibujos de Luis J. Medrano en el Almanaque de Alpargatas, 1947



Obviamente, no era el único género que se difundía. Las *broadcastings* más importantes disponían de una "orquesta estable" -la del maestro Dajos Bela, en Radio El Mundo, marcó rumbos a esta modalidad- que interpretaba música ligera: operetas, vales vieneses, intermezzos. Del bolero, ya hablaremos. Pero también era popularísimo el género "característico", del que fue indiscutible animador Feliciano Brunelli con sus temas divertidos, a veces picarescos, a veces románticos, pero siempre aptos para bailar.

Sin embargo, el momento más solemne de la radio, el instante en que se convertía en el centro del hogar, era el de "la no-



vela". Cada cual tenía su "novela" preferida: algunas tenían un tono campero, con gauchos malos y comisarios prepotentes, con inocentes mujeres engañadas y viejitos que soltaban refranes y gracias. Había "novelas" románticas, muchas de ellas adaptaciones de autores universales, o en las que aparecían biografías de personajes célebres: precisamente Eva Duarte encarnó, en 1944, una serie de mujeres famosas ante los micrófonos de Radio Belgrano. Había "novelas" policiales, históricas y costumbristas. De todo había en el ancho e insólito campo de los radioteatros, con una asombrosa variedad de elencos y autores importantes en el mundo de las letras.

Los protagonistas del bolero

Medio mundo se ha dado el lujo de tomarse en solfa la música y -sobre todo- la letra de los boleros. Ridiculizados, colocados como telón de fondo de situaciones almibaradas, explotados al infinito, los boleros atravesaron el tiempo como esas buenas cosas en las que, misteriosamente, todos participamos. Porque, vamos a ver, ¿quién no los protagonizó alguna vez? No quiero remontarme a la época en que yo misma los bailaba, con dedicación y habilidad, porque no ha sido una sino varias las veces que, en el transcurrir de los años, se impusieron y se dejaron oír. No sólo en la década entre el 40 y el 50 sino en otras, posteriormente, con la excusa de la nostalgia -y, con mayor sofisticación, del *revival*- y aún hoy, entre la estridencia del *rock* nacional e importado, los boleros surgieron con sus cargas de amor, luna, toneladas de agua de mar, apasionamientos infinitos y, lo que es más extraño, una dosis de discreta filosofía existencial en la que se rescata el convencimiento del amor único y la imposibilidad del olvido. Cada año, al llegar a la playa de las vacaciones, esta mujer que escribe se entregaba a las caminatas que orillaban las olas cantando con voz especial aquello de "solamente una vez amé en la vida" o lo otro -incomparable- de "voy por la vereda tropical, la noche llena de quietud", aunque no fuese la noche sino el día y aunque no me esperara la desesperación del amor perdido sino una nutrida familia que requería mi atención. Toda mi vida de mujer joven, y luego madura, estuvo señalada en sus momentos claves -las vacaciones, los viajes, los amores, las separaciones, los encuentros- por esas letras inocentes y -sin embargo- incisivas que contaban con acento armonioso los vaivenes de un romanticismo fatal en toda existencia que se precie. Mujeres de cualquier edad y origen se sintieron interpretadas; hombres de cálidas pasiones, vergonzantes, las repitieron para sí. El bolero permaneció intocable. Grandes temas como el amor, la muerte, la traición, el desdén, la separación de los amantes, se pasearon por los versos que fueron cantados por las voces más dulces del continente. Despreciados por aquellos que se avergüenzan de querer, digo yo, ¿cómo olvidarlos alguna vez? Y, más que todo razonamiento, ¿quién se atreverá a decir que no fue en la vida protagonista de un bolero? ■

Marta Lynch

Escritora y periodista. Autora, entre otras novelas, de *La alfombra roja*, *La penúltima versión de la Colorada Villanueva*, *La señora Ordóñez* e *Informe bajo llave*.



"Rico Tipo", 1949



Consejos para el novio

I. No cedas ante una lágrima, porque luego tendrás que ceder ante una orden.

II. No acostumbres a tu novia a los regalos. Que te quiera por ti, y no por interés.

III. Discute con ella sin acalorarte, porque si te exaltas y dices una palabra fuera de lugar, después tendrás que pedir disculpas.

IV. No beses a tu novia. Todo lo más, en la mano. Que sepa ella que concedes importancia a eso, que puede ser el principio de tu debilidad.

V. No vayas a menudo a ver a tu novia. Un hartazgo de visitas puede traer como consecuencia el aburrimiento. Y cuando éste empieza, comienzan a surgir los defectos.

VI. No prometas "yo seré un marido modelo". Ningún hombre es capaz de serlo, y si faltas a tu promesa pasarás por mal caballero.

VII. No pienses que el teléfono de la casa de tu novia es de uso exclusivo tuyo, y no entables largas charlas telefónicas. Estas son las más mentidas, porque no se ve la expresión de los rostros.

VIII. No comprometas a tu novia delante de gente con demostraciones demasiado afectuosas. La malicia y la sospecha van muy lejos, y no podrás detenerlas aunque quieras, porque el final de su viaje es la calumnia.

IX. Enseña a tu novia, que ha de ser

tu futura esposa, a desligarse un poco de las tonterías sentimentales y a considerar la prosa de la vida.

X. Permanece siempre el mismo, y si tomas una resolución, cumpíela. La firmeza de carácter es una de las cosas que, aunque les moleste, más admiran las mujeres.

Estos "Diez consejos de Stevens para el novio" fueron publicados por una revista argentina, de enorme circulación en el público femenino, en marzo de 1946, en una sección destinada a brindar consejos a las mujeres ■



"Rico Tipo", 1949

Cuando "se seguía" una novela, la actividad doméstica se detenía. Se imponía silencio en la casa y todo se ordenaba para que, durante la media hora que duraba la sesión, nada interrumpiera la atención del público. Que podía ser unipersonal, la dueña de casa; o infantil, los chicos; o colectivo, todos juntos, aunque era raro que alguna hiciera coincidir todos los gustos. Este tipo de éxito correspondía, más bien, a las audiciones cómicas, donde actores consagrados como Luis Sandri-

ni, Pepe Arias o Augusto Codecá hacían las delicias de los oyentes con sus personajes. Y entonces la familia entera, rodeando el mueble donde reinaba la radio, se reía a carcajadas y memorizaba los chistes para contárselos al otro día al desdichado que no tenía radio.

La música de tierra adentro

A principios de la década del 40, algunos conjuntos musicales mantenían en Bue-

nos Aires la tradición de la música del interior del país. Recogían el mensaje que hacia 1920 había difundido, con escaso éxito, el santiagueño Andrés Chazarreta. Unas pocas "peñas", esotéricas y herméticas como templos de un culto olvidado, hacían lugar a zambas, chacareras, cuecas y chamamés. Músicos intuitivos en su mayoría, con el encanto y las falencias de su primitivismo, sus intérpretes no tenían mucha acogida en las radios.

La instalación, en Buenos Aires y sus alrededores, de centenares de miles de trabajadores con sus familias, provenientes del interior, proveyó a la música que ya empezaba a llamarse "folklórica", de un público masivo que hasta entonces no había tenido. Empezaron a aparecer "peñas" y lugares de baile, surgieron nuevos intérpretes, se editaron partituras y se realizaron grabaciones discográficas. Una disposición gubernativa de 1947 estableciendo la obligación de transmitir por radio un cincuenta por ciento de "música nacional", dio a la música folklórica el último empujón.

Ya por entonces se había popularizado la voz de Antonio Tormo, acaso la expresión más representativa de la música popular de la década. Tormo había integrado la legendaria "Tropilla de Huachi Pampa" dirigida por Buenaventura Luna; separado del conjunto, conoció un éxito fulminante con una serie de canciones sentimentales, muchas de cuño criollo. Su suceso arrastró el de numerosos dúos vocales, conjuntos litoraleños y cantores individuales. Mal vistos por la clase media, que sentía cierto desapego por los "cabecitas negras", los lugares de baile folklórico fueron el punto de cita de los provincianos y el tribunal donde se derrumbaron reputaciones artísticas del género. Y fue recién al final de la década cuando comenzó a percibirse que desde Salta llegaba un aire renovador: hermosas composiciones musicales de estilización folklórica, letras que les daban un alto contenido poético, intérpretes de gran calidad para transmitirlos.

Así, lo que había sido una forma musical despreciada, fue ganando el gusto de los grandes públicos; en sólo diez años más,

Los sectores medio y bajo preferían las "cintas" argentinas. En la foto, Mecha Ortiz con Gómez Cou, en Joven, viuda y estanciera (abajo, izquierda). Las clases altas preferían las "vistas" norteamericanas. Ginger Rogers (arriba, derecha) y Paulette Goddard (abajo, derecha) eran dos de las estrellas favoritas. Viñeta: Fúlmine, personaje de Divito.

El músico Andrés Chazarreta (en primer plano, con guitarra) y su famoso grupo. Chazarreta fue uno de los pioneros de la divulgación del folklore argentino. Maestro normal y director de escuela, entre piezas originales, transcripciones y compilaciones, suma su obra más de 400 trabajos, casi todos ellos zambas, gatos y chacareras (pie de página).

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

El zaguán era la antesala del noviazgo; aceptado el muchacho como novio, pasaba a ser el ámbito de las prolongadas despedidas de la pareja (abajo, izquierda).

Mario Clavel: sus bellísimos boleros fueron cantados en toda Latinoamérica (abajo, derecha).

la música folklórica conocería un *boom* espectacular y habría de convertirse en una de las voces más expresivas del espíritu argentino.

Las continuidades

Es bastante riesgoso caracterizar con notas generales un período que vivió bajo signos políticos tan diferentes como los que tuvieron vigencia entre 1943 y 1949. El régimen de facto primero, con sus ambigüedades y contradicciones, luego el ascenso de Perón y los primeros años de su presidencia, trajeron consecuencias que se advertirían en todas las napas sociales, y de las que nos ocuparemos en otros capítulos de esta obra.

Sin embargo, la sociedad argentina mantuvo, en la época, una continuidad más sólida que los cambios políticos. Asentada firmemente sobre bases familiares y

tradicionales, atendida a formas de vida incambiables o, al menos, muy lentamente sujeta a cambios, pauta sobre algunos modelos individuales que en todos los campos (las artes, las ciencias, el espectáculo, las modas, la política) fijaban arquetipos que se admiraban y seguían, el cuerpo social no varió demasiado sus costumbres y creencias. Seguramente el peronismo aparejó una actitud diferente frente al trabajador, y la reiteración de su propaganda definió la importancia de sectores como los niños, las mujeres y los ancianos, antes indiferenciados. Del mismo modo, en los años de la guerra mundial, la posición neutralista de la Argentina había valorizado un sentimiento de orgullo nacional y de singularidad en relación con los países de América.

Pero estos sentimientos se iban forjando lentamente en el espíritu colectivo. Lo que aparece a la observación de la época es, por encima de los cambios políticos y

sociales, la persistencia de las maneras de vivir, actuar y pensar. Y esta persistencia tiene el color rosado de las cosas simples y directas que en aquellos años formaban la sustancia de la vida.

Entre ellas, naturalmente, el bolero. Al decir bolero no estamos aludiendo solamente a la especie musical que encantó a la gente de entonces. Nos referimos a todo un estilo vital difícil de definir pero fácilmente reflejable en el lenguaje, el estilo general, las formas de convivencia y hasta los sueños de la gente común.

El "cine de teléfono blanco" al que nos hemos referido antes, refleja bien los tiempos del bolero. Era un mundo mágico y remoto el que se ofrecía al público, donde todo terminaba bien, donde el malo era castigado y el bueno -generalmente, la buena- tenía su recompensa. Donde no cabía lo feo o lo desagradable, y las crudas gabelas de la realidad eran es-



Archivo General de la Nación

Antonio Tormo, músico litoraleño a quien se debe la introducción del chamamé en la Capital (abajo). Perón, rodeado por los más importantes cultores del tango, en 1943: entre ellos, Discépolo, Filiberto, Manzi, Mores, Canaro y Fresedo (pie de página).

camoteadas al espectador. Acaso esos ensueños que proponían las películas, el teatro, las canciones, las radionovelas y las revistas femeninas, no eran otra cosa que las aspiraciones oscuras de un país entero cuya vocación era ser clase media y disponer de los bienes que fueran el remedio, siquiera, de aquel mágico mundo donde los teléfonos siempre eran blancos... ¡y siempre funcionaban!

Y, como no podía ser de otro modo, esas aspiraciones se manifestaban generalmente a través de expresiones torpes o incompletas, mechadas de elementos de mal gusto, charros, chillones y estridentes. No chillón ni estridente, en general, pero cargado de pésimo gusto fue, precisamente, el tipo de música que atraviesa incólume todo el período, arrasa con las preferencias del público argentino y se convierte en la más típica manifestación de la idiosincrasia y la mentalidad de la década del 40: el bolero.

Archivo General de la Nación





El tranvía Lacroze, símbolo de la dinámica y cambiante sociedad argentina entre los años 1940 y 1950 (abajo). El encuadre fotográfico armado por la Subsecretaría de Información Pública ofrece, tutelada por la fotografía de Perón, una imagen de la familia ideal (pie de página). Viñeta: de un aviso de "Patoruzú".



Fueron innumerables los boleros que se cantaron y se bailaron. Sus suaves y pegadizas melodías permitían entonarlos a cualquiera: no se requería para hacerlo un color especial de voz, como ocurría con el tango o la música folklórica. Sus temas se decían en castellano, no en inglés, como el jazz. Y para acompañarse, bastaban las manos para fraguar el ritmo adecuado. En cuanto a los motivos de los boleros... ellos llenaban todas las situaciones del amor, el desdén, los celos, el olvido, la culpa o la desesperación. Y cada uno de sus grandes intérpretes daba en la cuerda necesaria.

Los públicos argentinos aclamaron, en la década del 40, a cantantes como Juan Arbizu, Mario Clavel, Gregorio Barrios, Pedro Vargas o Elvira Ríos. Conjuntos como "Los Panchos" o "Los Rancheros" gozaron de sucesos multitudinarios en sus presentaciones y prolongaron su presencia en la Argentina, en cuyos escenarios una consagración equivalía a un éxito de dimensión americana.

¿Hace falta recordar algunos de sus títulos? Mencionando "Bésame", "Vereda tropical", "La última noche", "Perfidia", "Nosotros", "La mujer", "De vereda a vereda", "Obsesión", "Noches de ronda", "Eclipse", "Farolito", "Noche de Veracruz", "María Bonita", se está nombrando a todos. Sabemos que, en estricto análisis, algunos de estos temas no son boleros; pero el público argentino no estaba en esas sutilezas y todo lo que fuera romántico y exagerado, todo lo que trajera un aire que, por cálido, se pareciera a un huracán de pasión y sensiblería, para su gusto era un bolero. En sus acompasadas notas se encierra la cifra de aquella añorada década que -se advertiría muchos años después- fue como el gozne de dos épocas del mundo totalmente diferentes, como que estaban separadas por el tajo terrible de la segunda guerra mundial y todas sus implicancias ■



5. El Estado empresario

A lo largo de la década de 1930 fueron adoptándose medidas que podrían definirse como “intervencionistas defensivas”: se trataba de regulaciones de la producción, controles de importaciones y cambios o manejos del crédito y la moneda. La década siguiente, en cambio, asistiría a una política de franca y abierta intervención del Estado en la economía. Aquellas medidas habían sido, en la década del 30, excepcionales, y casi siempre se habían defendido como necesarias reacciones frente a condiciones también excepcionales del mercado mundial. En los años 40, en cambio, la injerencia del Estado fue justificada como una actividad natural.

El antecedente más importante de este nuevo papel del Estado en la vida de la sociedad, aparece en la Argentina en 1940, durante el gobierno conservador de Castillo. Se trata del Plan de Reactivación Nacional formulado por su ministro de Hacienda, doctor Federico Pinedo. El Plan Pinedo, que nunca alcanzó a ser tratado a nivel institucional aunque fue debatido por la prensa y los partidos políticos, concedía al Estado una serie de funciones empresariales hasta entonces inéditas. Contemplaba una política de estímulo a la industria a través de créditos bancarios a largo plazo y la utilización de materias primas nacionales. No postulaba el fomento de todas las industrias: había que descartar aquellas cuya

producción pudiera competir con la de los países que eran compradores de nuestros productos primarios. “Hay que importar mientras se pueda seguir exportando”, sería la consigna del Plan Pinedo, que entendía “indispensable la intervención del Estado... porque la iniciativa privada librada a su propio esfuerzo no podría hacerlo”. Este nuevo rol del Estado se advierte, por ejemplo, en la concepción de Pinedo sobre la organización de los ferrocarriles: las empresas ferroviarias particulares, asociadas con el Estado, constituirían una sociedad anónima exenta de impuestos y tributos aduaneros a la que se renovarían las concesiones que detentaba, y que se comprometería a rebajar tarifas y fletes.

Federico Pinedo, ministro de Hacienda del gobierno de Castillo. Había militado en el partido socialista y luego fue uno de los fundadores del partido socialista independiente. Fundador del Banco Central, el plan que lleva su nombre propuso un nuevo concepto del Estado, con mayor intervención en la economía (izquierda).

Archivo General de la Nación



El 7 de setiembre de 1941, el presidente Castillo (abajo) habla en el acto de bendición de la nueva flota argentina, formada sobre la base de los barcos inmovilizados en el puerto de Buenos Aires debido a la segunda guerra mundial. Desde la izquierda, el primer civil es el canciller Ruiz Guinazú.

En los primeros días de octubre de 1945, mientras Buenos Aires vivía el proceso iniciado con la renuncia del coronel Perón, en Zapla (Jujuy) se obtenía la primera colada de arrabio argentino (derecha). En un mitin de la Unión Industrial habla Alejandro Bunge, autor de Una Nueva Argentina, vasto ensayo sobre un plan de acción pública tendiente a la construcción de un país moderno, muy completo en sugerencias, estadísticas e información (página derecha). Viñeta: dibujo aparecido en "Cascabel".



Archivo General de la Nación



Como se ha dicho, el Plan Pinedo no alcanzó a ser tratado. Pero la idea de un Estado empresario no era sólo del hábil economista conservador; ya se venía insinuando de años atrás, y en buena medida a través de las preocupaciones generadas por el tema de la defensa nacional. Muchos militares veían como indispensable una política de autoabastecimiento en determinados materiales -acero, petróleo- para poder enfrentar las consecuencias mediatas e inmediatas de conflictos internacionales. Esta convicción esbozó una ideología industrialista en el Ejército, que tendría prolongada trascendencia. Además, el clima de corrupción de la década del 30 había llevado a algunos sectores militares a pensar en la conveniencia de nacionalizar o estatizar empresas extranjeras. Naturalmente, estas opiniones se robustecieron desde el estallido de la segunda guerra mundial, que virtualmente obligó a la industria nacional a esforzarse para sustituir la mayor cantidad de importaciones; no obstante -vale la pena señalar- el país superó el nivel de exportaciones anterior a la crisis que se había producido en los años 30.

Archivo General de la Nación



Fueron las necesidades de una economía mundial alterada por el conflicto, las que impusieron al Estado argentino la obligación de desempeñar roles novedosos en la actividad económica. El ejemplo más claro es el de la Marina Mercante. En 1939 la flota comercial argentina contaba con 85 buques, con un tonelaje bruto de poco más de 250.000 toneladas; sólo 13 navíos se destinaban al tráfico de ultramar, por lo que el comercio exterior de la Nación estaba en manos de buques mercantes extranjeros. La guerra produce entonces una retracción de los navíos pertenecientes a países beligerantes -ingleses, alemanes, franceses, italianos-, y la situación se agrava al entrar Estados Unidos en guerra. Puede decirse que entonces los servicios regulares de ultramar eran prestados solamente por navíos españoles y suecos... Obviamente, esta contracción del tonelaje disponible afectaba el transporte de nuestros saldos exportables y el abastecimiento de materias primas, manufacturas y combustibles indispensables. Como en el puerto de Buenos Aires se encontraban inmovilizados algunos buques mercantes de países

Archivo General de la Nación





Se nacionaliza el servicio de
gas en la Capital Federal.
Su costo \$ 14.221.868.



El régimen publicitaba ampliamente su política de nacionalizaciones, tal como puede apreciarse en la imagen (izquierda). Gache Pirán recibe las instalaciones de dicha empresa, el 5 de mayo de 1945 (pie de página)
Personal de la Compañía Primitiva de Gas antes de la nacionalización (página derecha).

que estaban en guerra, el gobierno de Castillo inició tratativas con los respectivos estados para posibilitar su uso temporario bajo bandera argentina. Así, en octubre de 1941, nació la Flota Mercante del Estado.

Hay otros ejemplos menos dramáticos pero con la misma significación: el Estado argentino que, en aras del bien común y para enfrentar una situación inesperada a la cual es ajeno, da un paso adelante y se convierte en empresario...

La oficialización del pensamiento industrialista

Pero además de estos hechos -descritos en ese momento como excepcionales y cuya misma naturaleza no alcanzaba a traicionar el ideal del liberalismo económico- existían sectores que profundizaban y difundían un pensamiento industrialista cuya implementación, alegaban, no podía ser extraña a las obligaciones del Estado. Cuando después de la revolución de 1943 las Fuerzas Armadas asumieron el poder político, la ya mencionada línea industrialista del Ejército adquirió el carácter de política oficial en la materia y la industria siderúrgica empezó a privilegiarse como un factor de enorme importancia por su efecto sobre toda la economía. El general Manuel Savio, presidente de Fabricaciones Militares -creada poco antes- fue un firme defensor de esta concepción, aunque reconocía que las condiciones existentes no eran favorables; pero había que evitar el colapso económico en tiempos de guerra, y crear mejores condiciones de negociación, en tiempos de paz, con los abastecedores de acero. Era un objetivo que tropezaría con enormes dificultades -auguraba Savio- pues había que establecer un firme control de divisas, una política de restricción de importaciones e implementar una tecnología que sabíamos manejar poco. Pero se trataba de una necesidad nacional.

Paralelamente a la prédica de Savio, la Corporación Argentina para el Intercambio difundía también un pensamiento coincidente. Se trataba de una entidad privada pero iniciada por el Estado con

las ganancias provenientes de la licitación de divisas. En un manifiesto conocido como Informe Armour, la entidad planteaba un verdadero programa que trataba puntos como el rol de los "oligopolios", las economías de escala, las economías externas y los efectos de los cambios en la distribución del ingreso sobre la producción. Se hacía especial hincapié en el desarrollo de las "industrias naturales", definidas como aquellas que procesaran materias primas, preferentemente agrícolas, producidas por el país al amparo de sus condiciones geográficas y climáticas, que, a juicio del Informe Armour, no sólo podrían abastecer al mercado interno argentino sino también a al-

gunos mercados exteriores. En un aspecto, por lo menos, este informe se parecía bastante al Plan Pinedo: aconsejaba no estimular todas las industrias, sino sólo aquellas que tuvieran una razonable capacidad de desarrollarse con eficiencia y bajos costos.

Otro centro difusor del pensamiento industrialista fue el Instituto de Estudios y Conferencias de la Unión Industrial Argentina. Fue uno de los foros más importantes en la discusión de temas vinculados al futuro de la industria. En general, los expositores sostenían que la finalización de la guerra expondría fatalmente a la industria argentina a la dureza de la

competencia internacional. En consecuencia, no todos los sectores industriales habrían de sobrevivir. El Estado debía proteger, por lo tanto, a los sectores vinculados al desarrollo siderúrgico, como el acero, el petróleo, el aluminio y también los derivados: ácido sulfúrico y materiales plásticos. En realidad, este punto de vista evidencia una amplia comunidad de ideas con la línea industrialista militar.

Finalmente, hay que mencionar la profunda influencia del ingeniero Alejandro Bunge y su grupo, cuyo pensamiento se expresaba en la "Revista de Economía Argentina". Solo durante muchos años en los estudios de problemas económicos,





demográficos y sociales, pero rodeado en el ocaso de su vida por jóvenes economistas que se consideraban sus discípulos, Bunge venía insistiendo, desde la primera guerra mundial, que únicamente el desarrollo industrial podía otorgar al país cierta autonomía frente a sus socios y clientes tradicionales. El "grupo Bunge" fue avanzando en los últimos años de la década del 30 hacia posiciones antiliberales y hasta anticapitalistas, actitudes típicas de los nacionalistas de inspiración

católica de la época. En 1945, los artículos de la "Revista de Economía Argentina" promovían la idea de establecer una industria semiautárquica basada en las actividades siderúrgicas. Acaso lo más interesante de este grupo haya sido su preocupación por los problemas sociales, demográficos y laborales. Indudablemente, el ideario de Bunge, sus epígonos y su revista encontraron una gran receptividad en algunos militares importantes del gobierno de facto de 1943/46: los más lúci-

dos intuían que se estaban produciendo grandes transformaciones en la estructura económica y la composición social del país, pero advertían también que las mismas no podían ser evaluadas con precisión por falta de información seria y confiable. Así, si bien la planificación aparecía como una necesidad imperiosa, tal como sostenían los grupos y sectores mencionados, era difícil planificar sin datos ni cifras concretas.

El Informe Armour

La Armour Research Foundation de Chicago, una entidad privada norteamericana vinculada a la industria de la carne, designó en 1944 una misión compuesta por un ingeniero químico, un químico agrícola y un economista, el doctor John A. Hopkins, equipo que durante un año, aproximadamente, recorrió diversas zonas de la Argentina cumpliendo una tarea encomendada por la Corporación para la Promoción del Intercambio S.A. La Corporación era una entidad privada formada mayoritariamente por empresas norteamericanas que operaban en la Argentina. Las conclusiones a que arribó el equipo fueron publicadas parcialmente; y entre ellas tiene especial relevancia el informe del economista Hopkins (al que suele nombrarse como Informe Armour) cuyos fragmentos más relevantes se han reproducido en la revista "Desarrollo Económico" (Nº 85, Buenos Aires, abril/junio, 1982).

Sin intentar sintetizar el extenso y valioso material del Informe Armour, cabe destacar que Hopkins señalaba como industrias viables en nuestro país a las que transformarían los productos agrícolas; tal el caso de los frigoríficos, molinos harineros, fideerías, bodegas, etc. Desestimaba,

en cambio, industrias como la del acero o del hierro, por considerar que nuestro país "perdería más de lo que ganaría esforzándose en tenerlas".

El Informe Armour hacía un amplio relevamiento de los recursos naturales y materias primas argentinas, así como de la distribución de las actividades manufactureras por tipos y zonas; analizaba el sistema de transportes y la estructura de los precios, formulando también un prolijo detalle de la distribución de la propiedad agrícola e industrial. "La industria argentina -destacaba Hopkins- se ha desarrollado rápidamente en los últimos años".

"Si este crecimiento continuara por una década más, el país llegaría a ocupar un lugar importante entre las naciones industriales". Desgraciadamente -matizaba el economista norteamericano- algunas de estas industrias habrían de desaparecer cuando el mundo de posguerra se normalizara; sin embargo, a su juicio, muchas de ellas se "asientan sobre bases sólidas y con un estímulo adecuado podrían llegar a ser valiosas y permanentes" ■

La proto-planificación

En julio de 1943, el gobierno militar creó la Comisión Nacional de Reconstrucción Económico-Social, que no desarrolló una actividad relevante. En agosto de 1944, por iniciativa de Perón, se constituyó el Consejo Nacional de Posguerra, que tendría una gran importancia en el futuro sobre el campo económico. Actuarían en el organismo un pujante industrial de la hojalata, Miguel Miranda, y un estadígrafo español, José Figuerola. El Consejo debía realizar estudios sobre el ordenamiento económico y social del país, su planificación y ejecución. Además de evaluar la situación vigente en aquellos terrenos, debía establecer los posibles desequilibrios determinados por la finalización de la guerra y el subsiguiente tránsito al estado de paz. De conformidad con estas evaluaciones, el Consejo debía fijar los objetivos a alcanzar una vez restablecida la normalidad de posguerra, y proponer las medidas necesarias para salvar las dificultades.

Era una función de planificación todavía primitiva la que se encomendaba al Consejo Nacional de Posguerra: una proto-planificación, por así decirlo. Pero en el tema que nos ocupa, su trascendencia reside en el papel que atribuyó al Estado en sus planes: para los técnicos del Consejo, el Estado debía emprender una intensa acción para garantizar la justicia social, la protección del trabajador y su familia, y la seguridad social. Así, el Consejo se convirtió en una usina productora de ideas sobre planificación e industrialización, pero también en un centro generador de proyectos concretos, muchos de ellos homologados por las decisiones del

Una vasta propaganda, que incluyó sellos postales (abajo, izquierda) tuvo el Primer Plan Quinquenal, lo mismo que la política de independencia económica (abajo, derecha). El 17 de diciembre de 1946, Miguel Miranda concreta la compra de los ferrocarriles franceses (pie de página). Viñeta: aviso de la revista "Argentina".



"Argentina", 1950



Acta de la declaración de la Independencia Económica, en la fachada de la estación del Ferrocarril Central Argentino (abajo) y afiches publicitando las nacionalizaciones (pie de página). Perón en la inauguración de una sucursal del Banco de la Nación (derecha). Miranda preside la concentración del 1º de marzo de 1948 (pagina 73, al pie).

gobierno de facto. Fue, puede decirse, la alternativa que terminó imponiéndose y que instrumentó buena parte de la política económica del gobierno peronista, al menos en sus primeros años.

En el intervalo entre la elección de Perón y su asunción al poder (24 de febrero - 4 de junio de 1946) el Consejo Nacional de Posguerra propuso la adopción de un paquete de medidas de gran trascendencia en materia financiera, crediticia, bancaria y monetaria, promulgado por decreto por el expirante gobierno de Farrell. Las más importantes fueron la nacionalización del Banco Central, la garantía de la Nación a los depósitos bancarios, y la reforma a las cartas orgánicas de los bancos Central, de la Nación, Hipotecario Nacional y de Crédito Industrial. En el conjunto de estas iniciativas también deben destacarse la creación del Instituto Nacional de Reaseguros y el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI). El Consejo Nacional de Posguerra esbozó, asimismo, un Plan mínimo de acción para el período de posguerra, que marcaba algunos objetivos en materia de obras e inversiones, así como de distribución de materias primas, combustibles y equipos industriales.

Al poco tiempo de asumir la presidencia, Perón disolvió el Consejo Nacional de Posguerra y sus funciones fueron transferidas a la Secretaría Técnica de la Presidencia, organismo que habría de diseñar el Plan Quinquenal de Gobierno, 1947-1952 presentado al Congreso Nacional por el presidente, en octubre de 1946, y promocionado por la propaganda oficial como el paradigma de una política planificadora, aunque en los hechos se trataba de un conjunto de proyectos de ley bastante heterogéneo.

Las nacionalizaciones y el Estado empresario

El ideario peronista, expresado en los discursos presidenciales y en los documentos oficiales, fundamentaba la justicia social, que era uno de sus objetivos básicos, en la independencia económica del país. Esta debía lograrse a partir de un desarrollo



Museo Ferroviario



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación





económico apoyado sobre la industrialización. Los mecanismos para hacer efectiva esa industrialización serían, en primer lugar, el apoyo a las nuevas actividades manufactureras a través del Banco de Crédito Industrial, y en segundo lugar, la protección de las mismas mediante una política aduanera que manejara un régimen de cambio diferencial.

Paralelamente, entre 1946 y 1949/50, el Estado fue asumiendo un rol empresario tomando a su cargo una serie de actividades que antes estaban en manos de la iniciativa privada, casi siempre extranjera. En primer lugar, el Banco Central, que permitiría al Estado regular el crédito a través del redescuento, a cambio de la garantía de la Nación a los depósitos bancarios. Seguirán luego los ferrocarriles de propiedad francesa y británica; los teléfonos, pertenecientes a la ITT; el servicio de gas, nacionalizado en parte por el presidente Castillo; los transportes urbanos y los bienes "de propiedad enemiga", es decir, alemanes. Después, las empresas de navegación fluvial y el transporte aéreo. En 1945 se había inaugurado el primer horno siderúrgico en Zapla (Jujuy); años más tarde se funda la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (SOMISA) que estimuló la industrialización de amplias zonas del sur santafecino y el norte bonaerense. Se fundaron las empresas Fabricación Nacional de Envases Textiles, Fabricación Nacional de Productos Químicos, Industrias Mecánicas del Estado y las fábricas de aviones, tractores y luego automotores, todas en Córdoba. En materia energética se ponen en marcha Gas del Estado y Yacimientos Carboníferos Fiscales, que explotará el yacimiento de Río Turbio (Santa Cruz).

Además de las nuevas funciones empresarias que va asumiendo el Estado con estas creaciones, se opera al mismo tiempo una sustitución de las empresas extranjeras que controlaban bienes y servicios de fundamental importancia en la vida de la comunidad; ahora es el Estado nacional el que maneja esos instrumentos. Las confiscaciones de la "propiedad enemiga", por ejemplo, hacen posible la creación de la Dirección Nacional de Industrias del Estado y el incremento de la Flota Mercante.



Peronismo e industrialización

Uno de los temas que la crítica histórica deberá examinar con seriedad es el de la relación entre la primera presidencia de Perón y la industrialización de la Argentina. En el sentido común se ha solidificado la creencia de que en ese período, tras las brumas de un inmediato pasado agropecuario y pastoril, en el país habría surgido bruscamente la industria, transformando las características seculares de nuestra sociedad.

Aunque el peronismo haya sido un momento trascendental de la historia argentina, las razones de ello no son, de ningún modo, las anteriores. A diferencia de otros movimientos nacionalistas que han tenido lugar en la periferia del centro capitalista, el peronismo fue mucho más producto de la industrialización que causa de ella. La peculiaridad de la Argentina es que el crecimiento de la industria posterior a 1930 se hizo bajo el control político de una élite ligada desde siempre con los intereses rurales y exportadores, que había recuperado el poder del estado tras derrocar al radicalismo yrigoyenista.

Esos sectores, que habían defendido la ortodoxia liberal en materia económica, al encontrarse con las tremendas repercusiones de la crisis del 30 no pudieron -más allá de su voluntad- sino implementar una serie de medidas heterodoxas de tipo proteccionista (control de cambios, limitaciones a las importaciones, derechos de exportación, etc.) que redundarían en favor de la industria.

El peronismo heredaría esas modificaciones ya producidas en la estruc-

tura de la sociedad argentina, haciéndose cargo de los reclamos acumulados por los trabajadores en el curso de ese proceso de modernización conservadora. En cierto sentido, actuaría de la misma manera que lo había hecho el radicalismo en relación con la etapa de crecimiento económico, que se dio entre 1880 y 1914. El signo de los grandes movimientos populares argentinos parece haber sido ese: incrementar la participación de las masas sobre montos de desarrollo económico generados por élites tradicionales, sin haber sido capaces de crear modelos de reproducción del sistema, una vez superado el momento de la reparación distributiva. Esta falencia ha sido trágica para la estabilidad de las instituciones democráticas ■

Juan Carlos Portantiero

Licenciado en Sociología (UBA), profesor de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, investigador en el Centro de Economía Transnacional y en FLACSO, autor, con Miguel Murmis, de *Estudios sobre los orígenes del peronismo*.



Archivo General de la Nación



Continente, 1938



Archivo General de la Nación

También las Fuerzas Armadas tienen asignado un papel en esta multitud de organismos. Tradicionalmente vinculadas al tema del acero, el Ejército tomará virtualmente a su cargo la nueva empresa mixta siderúrgica y la Fuerza Aérea el desarrollo de la industria y los servicios de la aeronavegación.

En cuanto al comercio exterior, el IAPI monopoliza la compra de cereales y oleaginosos para colocarlos en los mercados externos y se va convirtiendo progresivamente en el agente financiero del país en



El grado de eficiencia alcanzado por la industria aeronáutica nacional se pone de manifiesto con la perfección de estos tipos de aeromóviles y planeadores, íntegramente diseñados y contruidos por técnicos argentinos.



Publicación oficial, 1950

En 1948, Alvaro Alsogaray, presidente de FAMA (Flota Aérea Mercante Argentina) fotografiado en la escalerilla de uno de los aviones (izquierda). Propaganda institucional (derecha) de la naciente industria aeronáutica argentina, y una de sus mejores creaciones: el Calquín, construido en 1946.

Inicio de la política industrialista

La mejor manera de entender los procesos económico-sociales es colocarse en sus orígenes, en este caso, el estado de espíritu del país a mediados de la segunda guerra mundial con respecto a su incipiente crecimiento industrial, facilitado por la falta de importaciones. La preocupación de los grupos más modernizantes era que no se volviera a repetir la triste experiencia de la primera guerra mundial, al terminar las hostilidades y reanudarse las importaciones.

En noviembre de 1940, el ministro Pinedo presenta al Congreso su Plan de Reactivación Económica, destinado a mantener la industria y la ocupación. El desinterés de los conservadores y la negativa explícita de apoyo de los radicales, que tenían mayoría en el Congreso, provocan la renuncia de Pinedo. Doce años antes, en 1922, los ejemplares del plan de promoción industrial del ministro Herrera Vegas rechazados por el Parlamento habían sido quemados, simbólicamente, en el patio del Ministerio de Hacienda. El ingeniero Alejandro E. Bunge, autor del plan incinerado, continúa manteniendo las banderas de la industrialización y a través del doctor José Figuerola convence al vicepresidente Perón de fundar, en agosto de 1944, el Consejo Nacional de Posguerra, en cuyo Ordenamiento Económico-Social figura el fomento de industrias de interés nacional.

Un grupo de jóvenes profesionales, entusiastas de la industrialización, ingresamos al gobierno a principios de 1944 en la Dirección de Indus-

trias, que dependía del Ministerio de Agricultura. Se me encargó, como abogado, que preparara un decreto-ley para defender las industrias cuando terminara la guerra, que fue el "Decreto/Ley 14630/45 de Fomento y Defensa de la Industria". Era tan moderado que sólo admitía un máximo de protección aduanera del 7% durante no más de 5 años, sólo para industrias "de interés nacional", declaradas tales por un comité integrado por el Centro de Importadores, la Unión Industrial y la Secretaría de Industria. Antes de presentarlo me pareció prudente consultar al funcionario que tenía a su cargo la política económica del país, el presidente del Comité Interministerial Permanente de Política Económica, cargo que correspondía por ley al Ministerio de Relaciones Exteriores! Me atendió muy amablemente, dispuesto a ayudarme hasta que le dije que era un proyecto de defensa de la industria. Airadamente se levantó, y señalándome la puerta me dijo: "¡Retírese de mi despacho y no vuelva más por aquí!"

Tales actitudes de los grupos tradicionales se reflejaban en la organización del Estado. La industria era controlada por el Ministerio de Agricultura, y los intereses ganaderos y la política económica eran dirigidos por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Con este estado de cosas se encontró el primer gobierno justicialista

José Enrique Miguens

Sociólogo, profesor en las universidades de North Carolina (USA) y Notre Dame (USA). Autor, entre otras obras, de *La otra versión y Mitos, magia e ilusión revolucionaria*.

el exterior. Será el IAPI el que se ocupará de proveer los fondos para adquisiciones importantes -como los ferrocarriles franceses- o para maniobras políticas del gobierno, como la compra de diarios y revistas, que pasarían a integrar el aparato oficial de difusión.

Para sintetizar: en los primeros tres años del gobierno de Perón, las ideas industrialistas y estadistas que en la década del 30 habían nutrido a grupos aislados con escaso poder de decisión, se convirtieron en realidad. La actividad manufacturera

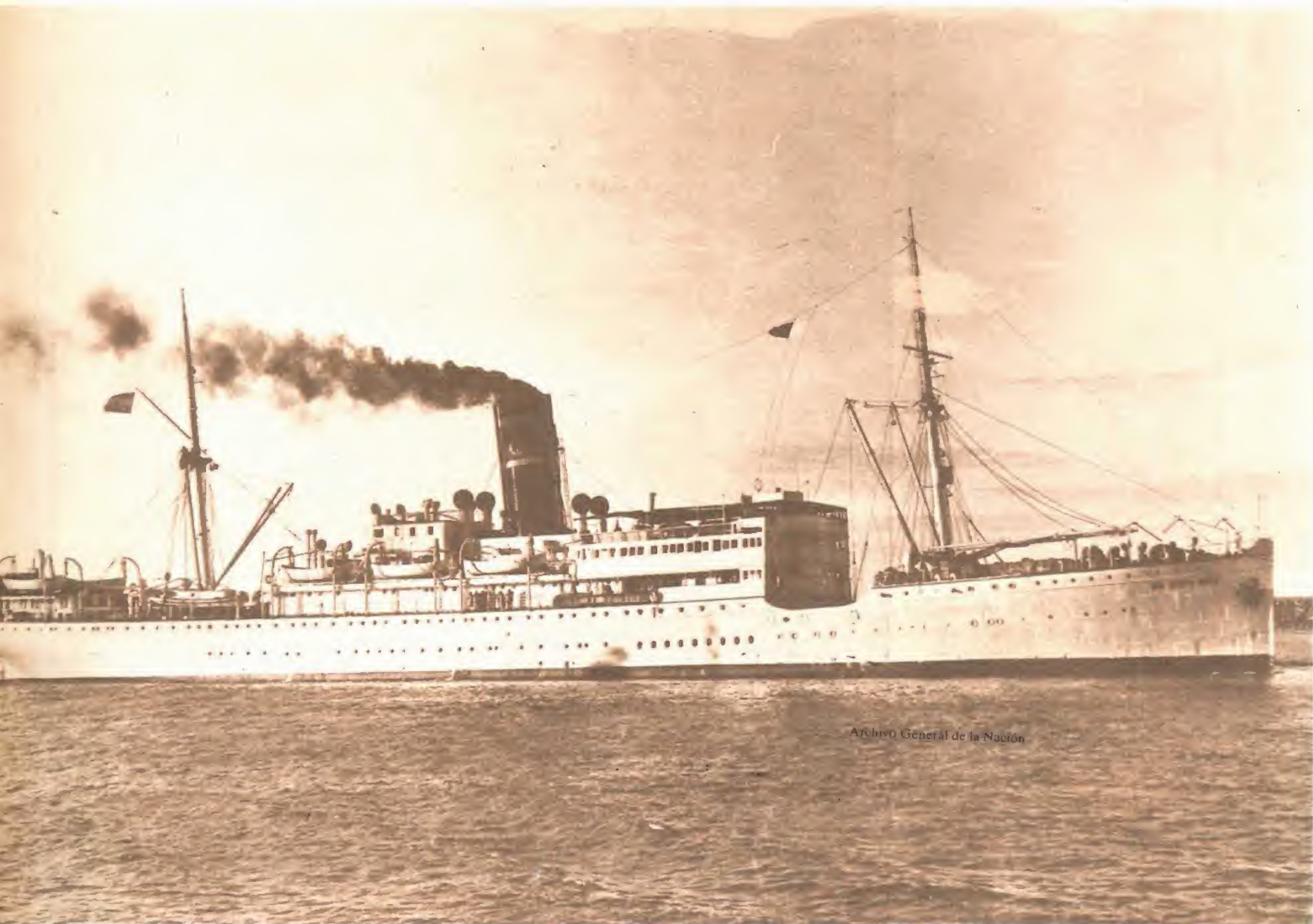
Entre otras funciones, el IAPI importaba maquinaria (abajo, izquierda). Coche cine del tren El Capillense, construido en el país (abajo, derecha). El Río Santa Cruz, unidad de la Flota Mercante del Estado (pie de página). Un ejemplo de la gráfica oficial de la época (página derecha). Viñeta: caricatura de Tristán.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

gozaba, al menos en la retórica oficial, de protección, subvenciones y preferencias. Y el Estado era, él mismo, un poderoso industrial que manejaba los rubros más importantes de la economía nacional.

Un fenómeno mundial

Sin embargo, aunque este proceso industrializador y estatizante sea vinculado con el régimen peronista, sobre todo en su primera etapa, no era sino un reflejo de un fenómeno que contemporáneamente se estaba dando en todo el mundo occidental desde 1930, y que se acentuó notablemente al terminar la segunda guerra mundial.

Producida la liberación de Francia, Italia, Bélgica y Holanda, y sustituido el gabinete de guerra presidido por Churchill en Gran Bretaña, en estos y otros países occidentales se manifestaron poderosos movimientos de opinión para lograr la estatización de vastos sectores de la industria, además de la fijación de cuotas y prioridades a la producción y exportación, sin hablar del racionamiento de alimentos, que se prolongó dos o tres años después de la terminación de la guerra. En Francia se nacionalizaron las minas, los seguros, casi todos los servicios públicos, la aviación civil y las fábricas Renault. En Italia, mediante el Instituto para la Reconstrucción Industrial, el Estado llegó a controlar el 65% de las industrias siderúrgicas, mecánicas, de navegación, teléfonos, comunicaciones y automotores. Bélgica creó la Société Nationale de Crédit à l'Industrie, con el propósito de promover y administrar las actividades económicas, y nacionalizó los ahorros públicos. Hasta en Estados Unidos, donde se mantenía siempre vigente el tradicional horror frente a toda injerencia estatal, el gobierno había creado casi 20.000 empresas industriales...

También el comercio exterior fue nacionalizado, total o parcialmente, en los años de la posguerra, por parte de muchos países europeos. Uno de los resultados políticos del conflicto había sido la disminución, casi hasta su anulación, del in-

NACIONALIZACIÓN DE ELEVADORES DE GRANOS



Los elevadores de granos eran de propiedad de empresas foráneas y constituían otro aspecto de la explotación que se completaba con los FF. CC., puertos, seguros, barcos de transporte, etc.



Sobre el flamante viaducto de Sarandí, también se había fijado el slogan más repetido del momento: *Perón Cumple* (abajo, izquierda). El presidente hacía hincapié en las conquistas del Estado empresario cuando se dirigía al pueblo en los actos populares (abajo, derecha). Viñeta: caricatura de Tristán.



Archivo General de la Nación

La Ley Savio

Manuel Savio, nacido en 1892, promovido en 1946 a general de división, fue decidido propulsor de la actividad siderúrgica del Estado desde la Dirección General de Fabricaciones Militares, cuya conducción ejerció a partir de su creación. En julio de 1947, el Congreso de la Nación aprobó por unanimidad el plan siderúrgico redactado por Savio, quien asistió a la larga sesión desde un palco bandeja y presentó la sanción de la ley con inocultable satisfacción.

La Ley Savio creaba una sociedad, mixta cuyo capital sería aportado en un 80% por el Estado. Su intención era poner en marcha, en 1951, una planta que produciría anualmente trescientas mil toneladas de hierro. Recién en marzo de 1955 obtuvo SOMISA del Eximport Bank un crédito de u\$s 60 millones para montar la planta de San Nicolás, y diez años después de lo previsto, en 1961, empezó a producir hierro y productos terminados. El general Savio no

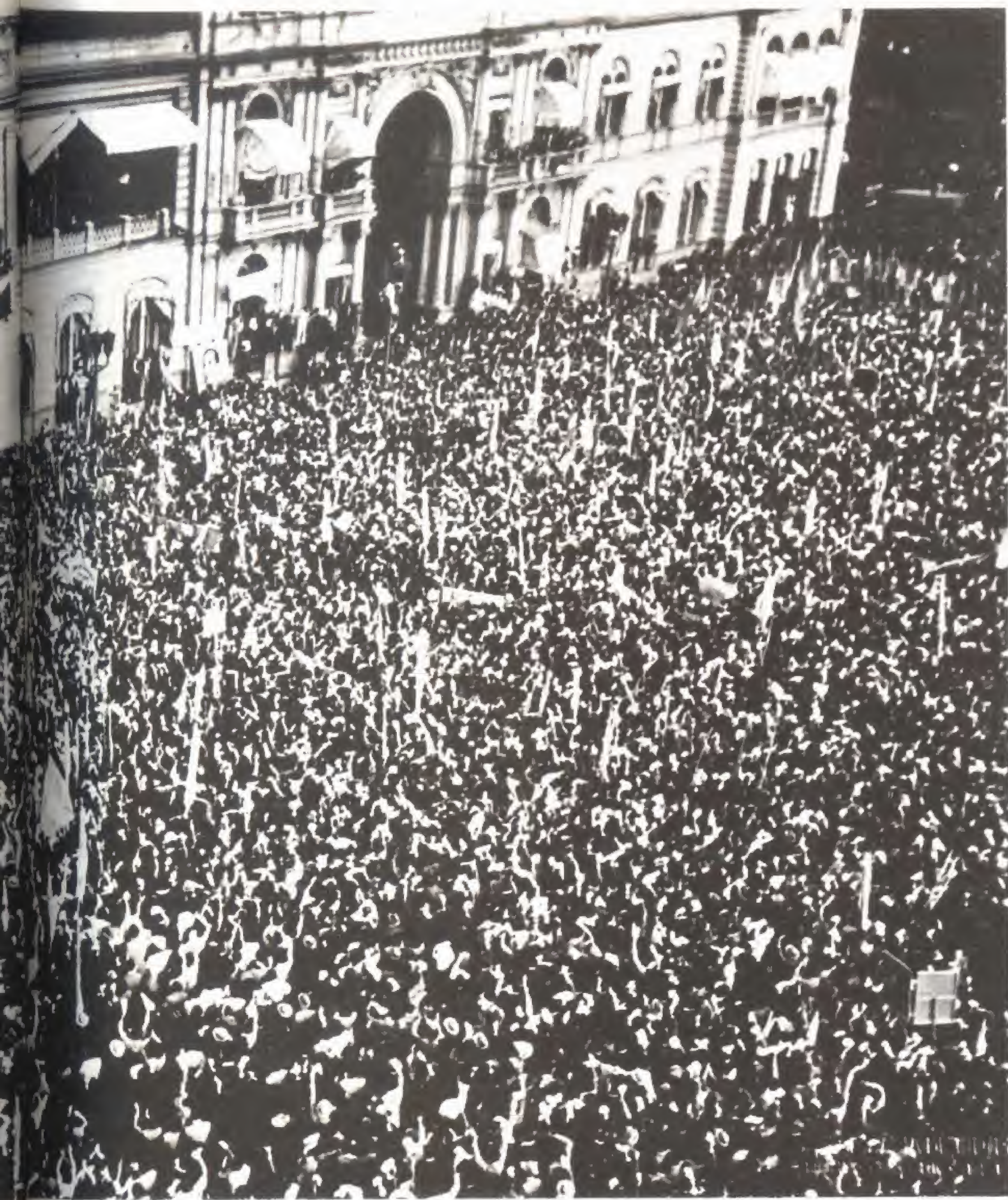
pudo ver realizado su sueño: falleció repentinamente en 1948 ■



Archivo "Todo es Historia"

General de división Manuel Savio.

tercambio comercial con los países de Europa Oriental, que había caído en la esfera de la influencia soviética. En consecuencia, era indispensable organizar el abastecimiento de la producción primaria, y ello no parecía posible sino a través de organismos estatales de compra que fijaran prioridades sobre las compras, especialmente de productos alimenticios. Se trataba de fijar o regular los precios del mercado para evitar que los países abastecedores se aprovecharan del hambre de los pueblos europeos.



Con este propósito, Gran Bretaña estableció el Combined Food Board, y casi todos los restantes países de Europa Occidental hicieron lo propio. A lo cual, los países vendedores respondieron creando monopolios estatales de venta: en Canadá se fundó el Canadian Wheat Board; en Australia, el Australian Wheat Board; y en Estados Unidos, la Commodity Credit Corporation. A pesar de que los compromisos de Bretton Woods tendían a liberalizar el comercio internacional y al estímulo del intercambio multilateral, pasa-

rían todavía algunos años antes de que el fenómeno estatizante fuera disminuyendo en Europa.

En la Argentina, entonces, la política de los primeros años del gobierno de Perón en esta materia fue paralela a la que se siguió en Europa Occidental. Aunque la guerra no había afectado a nuestro país de manera directa, sí lo afectaban los problemas derivados de una posguerra no menos conflictiva; las medidas estatizantes e industrialistas que tipifican esta pri-

mera etapa del régimen peronista no serían, entonces, sino disposiciones defensivas en un mundo que tomaba precauciones similares en los mismos años. Con este factor singular: las reservas acumuladas por nuestro país durante la guerra y la inmediata posguerra permitieron al gobierno de Perón los desembolsos necesarios para pagar las nacionalizaciones. Reservas cuya ingente cantidad provocaron reiteradamente las jactancias de Miguel Miranda y del propio Perón, pero que habrían de desvanecerse rápidamente, como se verá en otro capítulo.

De todas maneras, es interesante señalar que la política dirigista, estatista y nacionalista de Perón no fue un corte abrupto a una totalmente diferente que pudiera haberse dado hasta 1943. En realidad, la tendencia del gobierno de facto y, más enérgicamente la del gobierno constitucional surgido en 1946, no hizo más que continuar y profundizar lo que venía ocurriendo desde 1930. Si los conservadores de aquella década, frente a las nuevas condiciones de un mercado mundial deprimido en el precio de los productos agropecuarios, habían creado juntas reguladoras que apoyaban al productor a través de un "precio mínimo", los técnicos peronistas convirtieron esos organismos en el IAPI, que compraba obligatoriamente las cosechas de granos y oleaginosos al precio que fijaba. Si en la década del 30 se había adquirido un par de ferrocarriles británicos -el Trasandino y el Central Córdoba- en 1948 se hace efectiva la adquisición de todos los restantes. Si en 1941 el presidente Castillo había obtenido precariamente algunos buques mercantes para transportar nuestros productos, en los últimos años de la década el gobierno de Perón habría de comprar las empresas de transporte fluvial y de ultramar, monopolizando virtualmente la navegación comercial. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero en síntesis arrojan una evidencia incontestable: Perón no inventó el Estado empresario. En todo caso, completó lo que ya venía dándose con anterioridad, empujado por las favorables condiciones del comercio mundial del período de la posguerra y por la fuerza de las ideas que preponderaban en ese momento, en casi todos los países de Europa Occidental.

En febrero de 1947, Perón inspeccionaba la construcción del gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires, cubriéndose la cara con una máscara protectora (abajo). Lo inauguraría el 29 de diciembre de 1949 (pie de página). A su izquierda, el ingeniero Julio V. Canessa, quien había tenido a su cargo la dirección de la obra.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

El resultado de esta política económica queda fuera de los límites del presente capítulo. Es interesante señalar, sin embargo, que la tendencia estatizante y nacionalista que caracterizó la acción de la mayoría de los gobiernos de Europa Occidental en los primeros tramos de la posguerra, se fue moderando gradualmente en los años posteriores, una vez que se restablecieron, en medida aceptable, las condiciones de un comercio mundial menos restrictivo. Por otra parte, la implementación del Plan Marshall, desde 1948, hizo posible el restablecimiento del aparato industrial europeo en lapsos sorprendentemente breves. La producción de alimentos, favorecida por condiciones excepcionalmente benignas del clima europeo, cubrió las necesidades del consumo de la población occidental del viejo continente, permitiéndole desdeñar los saldos exportables de la Argentina, entre otros países productores.

Así, la estructura montada en nuestro país por el gobierno de Perón en pos de un desarrollo industrial que permitiera sostener la anhelada independencia económica y vivificar la permanencia de la justicia social, quedó descolocada en el contexto internacional. Aunque esta circunstancia tardó en advertirse, lo que no pudo dejar de señalarse -y la oposición lo hizo con vehemencia- fue la evaporación de las reservas de oro y divisas que en un primer momento habían hecho posible aquella política. En 1950, la Argentina estaba en una virtual cesación de pagos, y Perón, que había prometido cortarse una mano antes de firmar un empréstito, debió aceptar este recurso, aunque disfrazándolo con abundante retórica. Era el primer toque de atención que recibía su política económica. Pero ya a principios del año anterior, el alejamiento de Miguel Miranda había marcado la frontera intraspasable de la misma ■

6. El 45, un año decisivo

El año 1945, junto con el fin de la segunda guerra mundial, marca el nacimiento de un mundo nuevo, en el que todos los esquemas conocidos - políticos, sociales y económicos- fueron adoptando formas originales, inesperadas hasta entonces. La Argentina no sólo no escapó a ese fenómeno; puede asegurarse que, paralelamente al cambio que se iba produciendo en el marco internacional y al que forzosamente no podía escapar, fue el escenario de una profunda transformación que no compartía con los demás países de la tierra, que se había generado y se iba a desarrollar exclusivamente dentro de sus fronteras.

En los primeros días de mayo de 1945, la guerra terminaba en Europa con la rendición del III Reich: quedaba ahora el teatro del Pacífico, donde el final era cuestión de tiempo. Pero el inmenso alivio que por un momento sintió el mundo fue, para la Argentina, la señal del comienzo de una durísima lucha por la conquista del poder. Puede decirse que el año 1945, en la historia contemporánea de nuestro país, constituyó un momento decisivo. El signo que surgió de aquella lucha selló con su impronta los treinta años posteriores, definió personalidades y afinidades políticas, estableció *slogans*, mitos y creencias colectivas. No sólo en el ámbito de la política, sino también en el de la vida individual de los argentinos de aquella década y la siguiente.

En otro capítulo de esta obra se ha relatado el amargo trago que debió apurar el gobierno de facto a fines de marzo de 1945, cuando declaró la guerra a Alemania y Japón. La decisión daba la medida del fracaso del régimen instalado el 4 de junio de 1943. Sus ambigüedades y contradicciones, el sinuoso camino que debieron recorrer sus sucesivos equipos para evitar el aislamiento internacional, habían terminado en ese triste decreto que declaraba la guerra a un país vencido y a otro país remoto con el que nada tenía que ver el nuestro.

El fracaso del gobierno de facto era evidente en el plano de su política internacional. No lo era tanto en el campo de la política interna -como ya se ha relatado-

El coronel Juan Domingo Perón presencia la Feria Caballar de 1945, exclusivo acontecimiento de la Exposición de Agricultura y Ganadería. A su izquierda, el general Eduardo J. Avalos, jefe de la guarnición de Campo de Mayo, que tan importante papel desempeñaría en los decisivos sucesos de octubre.



Archivo General de la Nación

En junio de 1945, Juan Domingo Perón concurrió a saludar a Monseñor de Andrea (abajo) con motivo de sus bodas de plata episcopales.

Spruille Braden llegó a la Argentina en mayo de 1945. De izquierda a derecha, Echagüe, acompañado por Braden, su esposa y su hija (pie de página).
Viñeta: dibujo aparecido en "Cascabel".



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

pero en ese momento, las pasiones y los intereses argentinos pasaban por el meridiano de la confrontación mundial. Era seguro, entonces, que la creciente oposición al régimen militar haría pie en el descalabro moral que había sufrido para acentuar su ofensiva, cuyo objetivo no era otro que el desplazamiento de Farrell y su elenco, para obtener una convocatoria electoral amplia y libre.

Aunque todavía no se había vertebrado formalmente un frente opositor, éste ya existía en los hechos. Lo integraban todos los que, de uno u otro modo, se sentían agraviados por el gobierno militar. En primer lugar, los partidos políticos tradicionales, que a fines de 1943 habían sido disueltos por decreto y visto sus sedes y bienes secuestrados. Algunos de los dirigentes más activos se habían exiliado en los países vecinos, y desde allí presionaban para que se aprovechara el triunfo de las Naciones Unidas para emprenderla contra el régimen que, a su criterio, era un remedo menor de los totalitarismos vencidos en los campos de Europa.

También formaba parte del frente opositor un núcleo importante de gremialistas de origen socialista o comunista, que miraba con inquietud el escamoteo de poder que se les estaba haciendo desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Infinitamente mejor provistos de medios de toda clase, con la posibilidad inmediata de conseguir reivindicaciones que sus sindicatos anhelaban de años atrás y no conseguían, apoyados en todo el poder del gobierno, los sindicalistas que rodeaban al coronel Perón conseguían todos los días adhesiones que amenazaban convertir a las viejas organizaciones de trabajadores en cáscaras vacías, sustituidas por sindicatos nuevos que tenían amplio acceso a las esferas del poder.

Había otros sectores dispersos que aguardaban la hora para golpear sobre el gobierno. Los grandes diarios, fieles a su tradición liberal, que desde 1943 habían sentido la malquerencia del poder y padecido censuras, suspensiones y amenazas. Los profesores y estudiantes universitarios, que sufrieron intervenciones manejadas por nacionalistas de mentalidad medieval y vieron violada, por primera

CONSEJO NACIONAL DE POSTGUERRA

Era necesario determinar por dónde debía iniciarse la tarea inmensa de llegar al "desarrollo de mayor riqueza" para luego "repartirla con más justicia entre todos los que trabajan" de acuerdo al ideal del General Perón. Así se fijaron estos objetivos:

- 1° Argentinizar lo que nunca debió dejar de ser sino argentino.
- 2° Atacar de frente a los monopolios internacionales.

Solamente logrando estos propósitos sería posible iniciar la magna obra de justicia argentina que el General Perón se había impuesto como meta de su cruzada libertadora.

vez en toda la historia, la autonomía universitaria. Y también estaban los "patronos": empresarios industriales que, a pesar de ganar dinero como nunca, tenían que tolerar la gabela de "estatutos" en beneficio de sus obreros, aceptar aumentos de salarios impuestos compulsivamente, y condescender a negociar con sus representantes convenios colectivos de trabajo; los estancieros, a quienes el Estatuto del Peón había despojado del carácter paternal y arbitrario de su patronazgo; los propietarios de inmuebles, condenados a no poder convenir libremente los alquileres que cobraban, ya que habían sido congelados por decreto.

Como en cualquier proceso de este tipo, motivos respetables y propósitos mezquinos se mezclaban en los campamentos opositores. Pero sobre todo, existía una opinión pública independiente que era auténticamente democrática a la que le molestaba la abrumadora y continua campaña proselitista de Perón y Perón mismo, con su inalterable sonrisa, su oratoria simplista y agresiva. Le molestaba, fundamentalmente, la prolongación de un régimen militar que ya no tenía razón de ser y debía irse lo antes posible; pero abriendo antes una salida electoral sin trampas, conforme a los principios señalados por la Constitución.

La actuación del Consejo Nacional de Posguerra, creado en 1945, se rememoró con este aviso (izquierda). El general Avalos (derecha), líder del grupo de oficiales de Campo de Mayo. Inauguración de la Exposición Rural en 1945: a la izquierda del orador, José María Bustillo, los embajadores Braden y Kelly (abajo, derecha).



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Poderosos como eran sus elementos, el frente opositor necesitaba un catalizador, una fuerza activante que lo pusiera en marcha de una vez. Lo lógico hubiera sido una personalidad política indiscutible, de haber existido. En realidad, el que empujó hacia adelante al conjunto antiperonista, fue un caballero norteamericano de corpulenta figura y ademanes decididos, que a mediados de mayo llegó a Buenos Aires y pocos días más tarde presentó sus credenciales como embajador de su país. Con la entusiasta aprobación de muchos opositores, con el tácito desgano de otros, Spruille Braden le imprimió el tono a la lucha contra Perón, ase-

*Mis últimas palabras de esta carta quiero que sean para recomendarle calma y tranquilidad. Mucho pero muchos besos y recuerdo para mi chinita querida.
Perón.*

gurando a sus seguidores y amigos argentinos que podían contar con el apoyo de Washington para llevar adelante la empresa, que los mantenía unidos y tanto les interesaba.

Fintas y desencuentros

Perón sabía que su tiempo era limitado. Lo que él y sus partidarios consideraban como una lucha por la justicia social, y sus opositores como oportunismo demagógico, estaba provocando alineaciones que no tardarían en definirse. Entre sus camaradas del Ejército, cundía un sordo malestar contra este movedizo coronel que revolucionaba con sus palabras todos los sectores, estaba liado con una actriz y había pasado como un camaleón a través de todos los cambios que debió vivir el gobierno de facto. En el mismo gobierno, una sorda rivalidad lo enfrentaba con otros militares. El radicalismo, al que se había aproximado infatigablemente, no mostraba fisuras importantes y los dirigentes que habían hablado con él se mostraban indecisos.

Ninguna de estas dificultades le hubiera importado mucho, de haber tenido la seguridad del apoyo masivo de los trabajadores. Pero no lo tenía. Aunque su nombre era vivado en las concentraciones que se realizaban para agradecer una mejora sectorial, o en alguno de los innumerables actos a los que concurría, todavía no podía tener, en los primeros meses de 1945, una seguridad al respecto. Amainando velas, el 23 de abril emitió una declaración asegurando que no tenía ninguna aspiración política. Pero la oportunidad de medir sus fuerzas vino a mediados de junio, cuando un Manifiesto de la Industria y el Comercio publicado a toda página en los diarios, atacaba la acción de la Secretaría de Trabajo y Previsión y denunciaba su responsabilidad en el alza de los precios. Dos días después, Perón difundió su respuesta:

- Las fuerzas que firman este manifiesto han resucitado dentro del país la eterna oligarquía política que gobernó durante tantos años.

Citó luego a Yrigoyen -"el primero que quiso poner las cosas en su lugar, abatien-

do esa oligarquía económica que sustentaba la oligarquía política"- y anunció que no contestaría a las acusaciones que se le hacían.

Y efectivamente, la respuesta no la brindó Perón, sino docenas de sindicatos que llenaron las páginas de los diarios con "solicitudes" de apoyo a la gestión de la Secretaría y duras acusaciones contra los empresarios. Menos de un mes más tarde, la Confederación General del Trabajo ratificaba estas manifestaciones con un gran acto en la intersección de Diagonal Norte y Florida. En noviembre de 1944, la misma entidad había realizado una concentración en apoyo de la Secretaría de Trabajo y Previsión, que resultó floja en público y entusiasmo; ahora, el mítin reunió acaso a 100.000 personas, que en todo momento aclamaron a Perón y se dirigieron, al terminar, al edificio de la calle Perú, donde el titular de la Secretaría pronunció una alocución.

Ahora sí, Perón se sentía más fuerte y podía desatar su propia ofensiva. ¿Contra quién? En primer lugar, contra Braden.

Un invierno caliente

Una semana más tarde, Buenos Aires amaneció empapelada con carteles que invitaban a concurrir al Teatro Casino, para participar en un homenaje a trescientos obreros chilenos aplastados por un derrumbe en las minas de la Braden Cooper Co. El embajador norteamericano no tenía intereses económicos en esa empresa fundada por su padre, pero la tragedia venía demasiado oportuna para ser desperdiciada... Oradores poco conocidos se pronunciaron contra "la explotación de los imperialistas yanquis", hablaron pestes del embajador, y en los alrededores se tiraron panfletos que caricaturizaban a Braden como un cowboy domando naciones latinoamericanas...

Cuando Braden, que estaba realizando una gira de conferencias por el interior del país, regresó a Buenos Aires, un gran número de dirigentes opositores se dio cita para recibirlo en la estación Retiro, y menudearon las declaraciones apoyando a su persona y a la acción que estaba desa-

rollando. Perón había logrado exactamente lo que quería: colocar como antagonista al representante de los Estados Unidos de Norteamérica, haciendo catalogar a quienes lo rodeaban como "cipayos" y "vendepatrias".

Pero éstas eran, recién, las primeras fintas. Pronto se desencadenaría el enfrentamiento total. Sin embargo, ya a mediados de año Perón había logrado colocarse en un cómodo lugar: aparecía como el defensor de la justicia social atacado por los "patrones", y como el defensor de la soberanía mancillada por el embajador Braden y sus amigos...

El triunfo antiperonista

El 2 de agosto, un radical aceptó el Ministerio del Interior. Se trataba de J. Hortensio Quijano, un pintoresco dirigente correntino, sin mayor fuerza política; pero la designación parecía anunciar la transferencia de algunos prominentes miembros de la UCR al gobierno. En las semanas siguientes, dos radicales más se agregaron al gabinete, pero la desertión de las filas del viejo partido no pasó de esas figuras y algunas, menos notorias, que en el interior del país venían trabajando para convencer a sus correligionarios de que Perón era el caudillo que continuaría la línea de Yrigoyen.

Quijano en el gabinete era, sin embargo, algo más que una presencia. Abría, según sus promesas, la perspectiva de un proceso electoral con plazos fijos. El presidente Farrell lo había prometido en la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas realizada el 8 de julio, y ahora el nuevo ministro del Interior empezaba a poner en marcha ese compromiso levantando el estado de sitio -que regía desde diciembre de 1941, época de Castillo.

Fue como abrir las compuertas de un río. Los partidos políticos, que desde meses atrás estaban desperezándose de su larga hibernación, comenzaron a ejercitar su adormecida capacidad de convocatoria. Para mayor mortificación del gobierno de facto, coincidió la medida con la rendición de Japón. Ahora sí, la guerra había concluido en todo el mundo. Multitudes

El 12 de octubre, los estudiantes reunidos frente al Círculo Militar (izquierda) reclamaron que el gobierno pasara a la Corte Suprema de Justicia. En ese mismo acto (derecha) la multitud improvisó corrillos y meriendas, y la Municipalidad hizo lavar las veredas (pie de página) después de la represión. Viñeta: carta de Perón a Evita.



enfervorizadas se lanzaron a la calle en todas las ciudades del país, viviendo el triunfo de las democracias y exigiendo el retiro de los militares. Hubo choques entre los manifestantes y un doloroso saldo de muertos y heridos: la Alianza Nacionalista seguía siendo una fuerza ducha en la violencia callejera.

Entretanto, Braden, que había mantenido tres o cuatro entrevistas con Perón, culminaba su campaña. Los dos adversarios no eran muy diferentes en personalidad, dinamismo y amplitud de manio- bras: pero representaban cosas demasiado diferentes para poder entenderse. Perón lo hostilizaba de todas las maneras posi- bles, haciéndolo atacar por la escasa prensa adicta y relatando, en reuniones de *petit comité*, cómo el embajador había querido sobornarlo y la forma en que le había contestado. Por su parte, Braden rubricó su breve estadía en la Argentina aceptando un multitudinario banquete que le hicieron sus amigos cuando fue lla- mado a Washington, a fines de agosto, para ocupar el importante cargo de subse- cretario de Asuntos Latinoamericanos en el Departamento de Estado.

"La voz de la libertad se hace oír en esta tierra, y no creo que nadie logre ahogarla -dijo Braden entre las efusivas demo- straciones de la concurrencia. ¡La oiré yo, en Washington, con la misma claridad que en Buenos Aires!"

Y de pronto, pareció que Perón estaba solo. Actos realizados al aire libre por el radicalismo y los socialistas atrajeron multitudes. Varios sindicatos anunciaron su desvinculación de la CGT, entre ellos La Fraternidad y la Confederación de Empleados de Comercio que dirigía An- gel Borlenghi. Un tiroteo de bandos ene- migos en el Sindicato de la Carne termi- nó con la muerte de varios de los seguido- res de Perón, entre ellos, dos hermanos de Cipriano Reyes, el más activo dirigen- te peronista del gremio. En esos días, el coronel pareció haber perdido el rumbo: pronunció discursos equivocados en su tono, amenazando cuando en realidad debía presentarse sereno, y dando a sus palabras un aire retórico y solemne al di- rigirse a los estudiantes, uno de los secto- res más agresivos de la oposición.

Es que el frente opositor ahora exhibía toda su fuerza. Estaba virtualmente im- plementada una unión de todos los parti- dos tradicionales, a los que se sumaban los muy activos comunistas, todavía ile- galizados pero promotores, en realidad, de la coordinación de las fuerzas políti- cas, gremiales, profesionales y universita- rias que se oponían a Perón. Las cuales harían su primer gran ensayo unitario el 19 de septiembre, con la Marcha de la Constitución y la Libertad, codo a codo, juntos, formando cordones en los que las diferencias parecían olvidadas.



"Anales de Democracia", 1947



Archivo General de la Nación



El 17 de octubre: poco a poco, la huelga general fue paralizando al país y una multitud se acercó a Plaza de Mayo, los techos de los tranvías (izquierda) se convirtieron en palcos

Pie de página, izquierda: una vista de Plaza de Mayo a media mañana.

Pie de página, derecha: así juzgó "Crítica" a la movilización.

Fue un acto gigantesco, que partió de Plaza del Congreso y llegó a Plaza Francia por la avenida Callao, en una imponente exhibición de fuerza. Su composición era heterogénea: se veían personajes de la era clausurada el 4 de junio de 1943, pero también obreros de diversos gremios y mucha juventud. Cuando la Marcha concluyó, los dirigentes democráticos resplandecían: ningún gobierno podía mantenerse mucho tiempo con una demostración semejante del poder de movilización de la oposición, supuestamente integrada por la "clase pensante".

Y a fines del mes de septiembre ocurrieron dos hechos que parecieron dar la razón a los jefes de lo que ya se denominaba la Unión Democrática: un abortado golpe en Córdoba donde el general Arturo Rawson -ya de vuelta de su actitud revolucionaria de 1943- intentó ganar un regimiento para iniciar el derrocamiento del gobierno de facto: fue detenido antes de concretar sus planes, pero quedaba demostrado que las Fuerzas Armadas no gozaban de una unión tan monolítica como se proclamaba. El conato de Córdoba brindó al gobierno de facto el pretexto



Inminente Formación de Gabinete GRUPOS AISLADOS QUE NO REPRESENTAN AL AUTENTICO PROLETARIADO ARGENTINO TRATAN DE INTIMIDAR A LA POBLACION



DISURLEN A GRUPOS PERONISTAS...

A las 19.30 se Sabrá la Resolución Definitiva

La Policía Actuó Hoy Mansamente

AVANZA UNA COLUMNA DEL CNEL PERON

En la Casa Rosada Esperan Respuesta



Perón Está en el Hospital Militar; se Entrevistó con Delegados Obreros

8 de diciembre: la Unión Democrática realizó un acto que agrupó a cerca de 300.000 personas. En dicho acto, radicales, socialistas, comunistas y demoprogresistas coincidieron en tomar como punto de referencia común la figura del presidente Roque Sáenz Peña y como lema "Por la libertad contra el Nazismo" (abajo y centro de página).

que necesitaba para reimplantar de nuevo el estado de sitio, y detener a docenas de dirigentes opositores, así como establecer una severa censura de prensa. Pero estas medidas provocaron el segundo hecho: la ocupación de las universidades en todo el país por los estudiantes. Fueron desalojados y detenidos, pero el escándalo fue mayúsculo. La impopularidad del gobierno de facto era total, irredimible. Perón se había convertido en el culpable de todo: de las cárceles que padecían los ciudadanos detenidos, del asesinato del joven estudiante Salmún Feijóo, de las brutalidades policiales...

Siguieron unos días de tensa vigilia. Los diarios no traían ninguna noticia, pero se sentía la pesadez del ambiente... y las radios uruguayas se encargaban de difundir noticias, rumores, trascendidos y bulos, en dosis gigantescas.

El triunfo de Perón

Finalmente, el ambiente se descargó. El 8 de octubre al anochecer, se difundió un comunicado oficial anunciando que el coronel Perón había renunciado a sus cargos de vicepresidente de la Nación,

ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión, que había ido acumulando desde el año 1943.

Era el triunfo de la oposición. La guarnición de Campo de Mayo, harta de sostener la aventura política de Perón, había exigido a Farrell su separación. Intentó el presidente defender a su amigo, pero los oficiales, con el general Eduardo Avalos a la cabeza, se mostraron totalmente decididos a mantener su reclamo. Finalmente, Farrell transmitió a Perón la exigencia y éste, que justamente ese día cumplía 50 años de edad, redactó disci-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

La juventud de la Alianza Libertadora Nacionalista organizó concentraciones en las que ofreció su apoyo a Perón (abajo).
Viñeta: en esta historieta de "Cascabel", se comenta el estado de sitio decretado en 1945 con el siguiente diálogo:
- Y esa bandera, ¿a qué Estado representa?
- Al estado de sitio.



plinadamente la dimisión a sus cargos y se fue a su casa, donde lo esperaban unos pocos amigos y la tierna solidaridad de su compañera.

Era el triunfo de la oposición, pero la oposición no lo sabía. Al principio, los dirigentes democráticos creyeron que se trataba de una maniobra, y en realidad tenían motivos para sospecharlo, porque al día siguiente de su renuncia Perón apareció en el balcón de la Secretaría de Trabajo y Previsión "para despedirse de los trabajadores". Su discurso, además, fue transmitido por todas las radios del país.

Archivo General de la Nación



Habla Perón

En una concentración de trabajadores efectuada ante la Secretaría de Trabajo y Previsión el 1 de mayo de 1945, dijo el coronel Juan Domingo Perón:

"Yo he removido ese estado de cosas (el anterior a 1943, N. de la Ed.) y si por haber salido en defensa del derecho de los hombres que trabajan, mi nombre ha de ser execrado por los que vivían felices con la infelicidad de cuantos contribuían a levantar e incrementar su fortuna, ¡bendigo a Dios por haberme hecho acreedor a esta execración! (...) Conozco los linderos que separan una reivindicación obrera de índole económico-social, de otra que aspira al dominio del proletariado. Conozco qué tan peligroso es para nuestra paz interna el extremista que aspira al triunfo para vengarse de las injusticias recibidas, como el potentado que financia a las fuerzas opresoras del pueblo (...) so-

mos trabajadores y no somos tontos. Tenemos un territorio donde pueden criarse millones de cabezas de ganado, sin necesidad de techo. Hemos cosechado trigo durante 40 años, sin abonar la tierra. ¡No hay que tener miedo al futuro!" ■



Archivo "Clarín"

Perón en Córdoba durante la campaña electoral.



El desafío opositor

En septiembre de 1944, la oposición era activa pero desunida. Cada grupo y cada persona luchaba según su iniciativa, y todos con medios económicos escasísimos. Abundaban las hojas de mimeógrafos. Cada nuevo número de "Argentina Libre", donde independientes y democráticos escribían con desvelo, era costado con no pocos esfuerzos.

Surgió así la idea, en un pequeñísimo grupo de opinión y consejo, de arbitrar algún modo de ayudar a todos. Pero de la reunión para realizarlo nació la idea de acercar las diversas voces y movimientos, para fortalecer la oposición y presentarla unida. Ese pequeño grupo, sobre la base de un acuerdo escrito, se dedicó a sondear el ambiente y hablar con la gente. Así nace lo que será la Junta de Coordinación Democrática.

A su constitución asistieron representantes de todos los partidos democráticos, proscriptos y esquilmados; de los obreros libres, de los estudiantes que tenían en agitación las universidades, de industriales y comerciantes, de todos los colegios profesionales, de los artistas independientes, de los profesores universitarios, y de hombres de bien y de prestigio que luchaban denodadamente contra el gobierno.

Esa primera asamblea, celebrada con ejemplar discreción, nombró unánimemente una comisión de siete personas, con la misión de hacer una demostración pública opositora, sin carácter sectorial alguno, pidiendo la entrega del gobierno a la Corte de Justicia. Ello significaba, por ese solo hecho, el estado pleno de derecho. La Corte, sin dudas, convocaría a elecciones posteriormente.

En una segunda reunión, se informó que se había puesto en vías de realización la Marcha de la Constitución y de la Libertad.

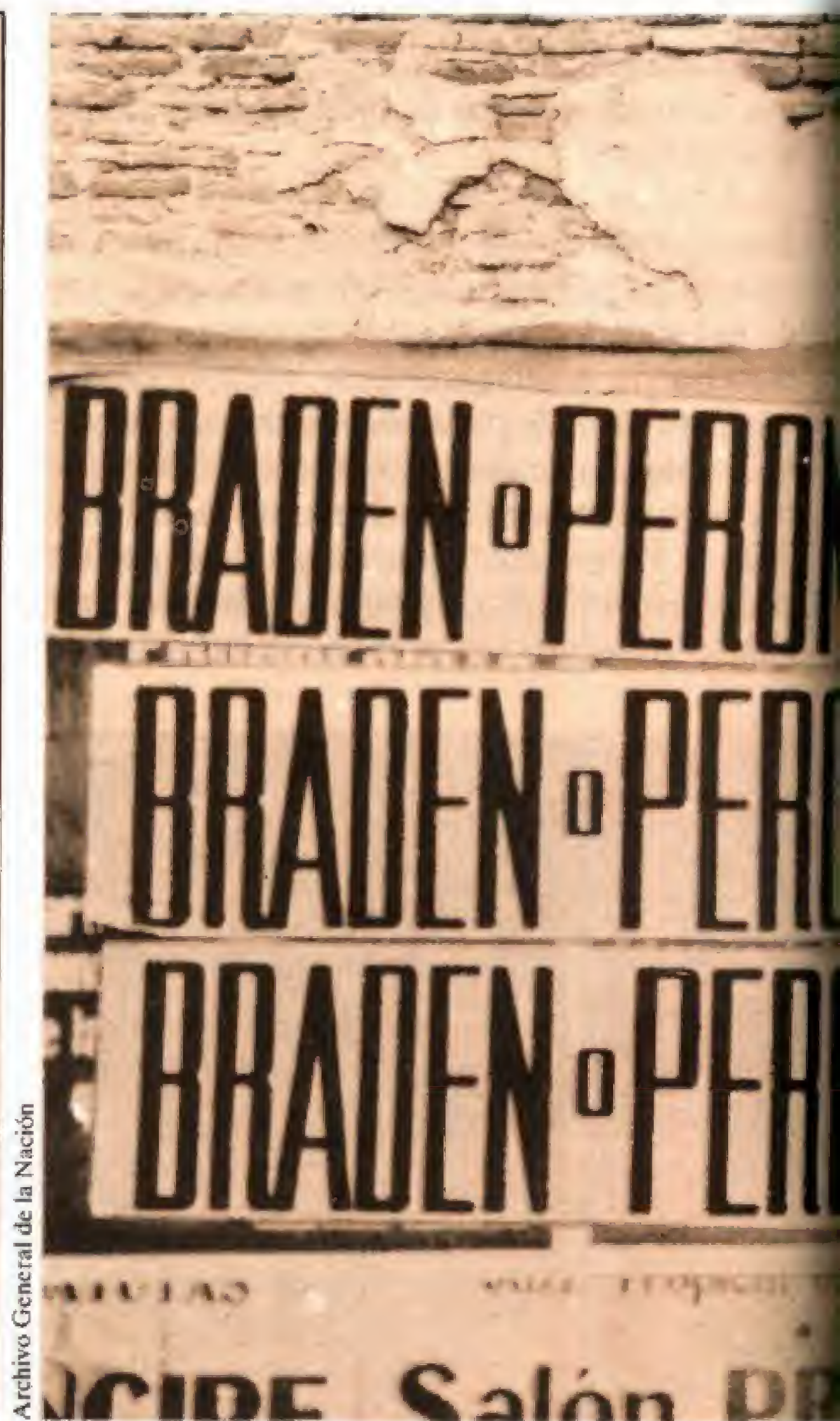
En la marcha tomaron parte más de 300.000 personas. Ocupaba Callao de vereda a vereda, entre balcones cuajados de flores y de gente. La cabecera había llegado al Monumento de Francia en Palermo y todavía había gente frente al Congreso, el punto de partida. No hubo en ella sino banderas argentinas por millares, y frases de nuestros próceres, con cartelones con sus efigies. Se cantaron sólo canciones patrias. Se inauguró con una oración patriótica, leída por un obrero, y se clausuró con otra, leída por un estudiante. El orden, admirable, tuvo de custodia a estudiantes universitarios y obreros de la Casa del Pueblo.

La Policía y el Gobierno quisieron evitar la marcha; pero la idea ya estaba en la calle, aceptada por todos. El ministro Quijano se resistió a otorgar el permiso, temeroso de lo que podía acontecer, pero lo concedió al fin ante la manifestación de quienes lo solicitaban, de la tristeza en que los sumía ver a un correntino confesando miedo... Ese día, la ciudadanía se mostró unida y decidida a la acción ■

Manuel Ordoñez

Abogado del diario "La Prensa", fundador del Partido Demócrata Cristiano, integró la Junta Consultiva en 1955 y fue miembro activo de la oposición al gobierno militar entre 1943 y 1945.

El gobierno norteamericano lanzó públicamente en la Argentina un impreso que se conoció como Libro Azul, en el que se denunciaban las actividades nazis dentro del país. El peronismo aceptó el reto y salió a la calle con la consigna "Braden o Perón", destinada a prender con fuerza inusitada en el pueblo.



Archivo General de la Nación

En los días sucesivos, una increíble comedia de equivocaciones tuvo por escenario a la Casa Rosada, el Círculo Militar, la guarnición de Campo de Mayo y los distintos reductos de la oposición. Quijano y el resto del gabinete renunciaron, no sin antes firmar el decreto convocando a elecciones generales para abril de 1946. El general Avalos y el contraalmirante Vernengo Lima fueron designados ministros, pero el resto del ministerio no fue nombrado: esperaba Avalos que Amadeo Sabattini, el dirigente máximo del ala intransigente del radicalismo, le proveyera algunos hombres de su partido para llenar las funciones del gobierno, e iniciar un proceso electoral imparcial. Pero Sabattini no vio claro el panorama y se negó a autorizar el "préstamo" de sus amigos, con lo que Avalos quedó, entonces, sin respaldo político.

Además, los dirigentes democráticos no se ponían de acuerdo sobre una solución política y sólo coincidían en una fórmula



que era decididamente inviable: que el gobierno de facto entregara el poder a la Corte Suprema de Justicia. Ni Avalos ni los jefes militares podían permitirse una confesión de fracaso tan irrefutable como ésta. Y así pasaban horas preciosas, en largas discusiones bizantinas que a nada conducían.

El 12 de octubre, una multitud se congregó frente al Círculo Militar reclamando la entrega del gobierno a la Corte. El tono era rabiosamente antimilitarista y el estilo que predominaba, de clases medias y altas. Al anoecer, la concentración terminó en una formidable balasera con la policía, que produjo un muerto y varios heridos. Nuevamente, la tensión subía a niveles peligrosos.

Entretanto, Perón había abandonado su casa y en compañía de Evita se dirigió a una isla del Tigre, en la que un amigo lo había invitado a descansar unos días. Farrell, presionado por Avalos, ordenó la

El 17 de octubre

Hace treinta años, los argentinos parecían enfrascados en resolver una contradicción que no les pertenecía. Sus viejos dirigentes, divididos entre aliadófilos y partidarios del Eje, pretendían asimilar los problemas locales a los términos de la guerra que se libraba en Europa, como si la suerte del país se jugara en aquellos lejanos campos de batalla. Por debajo de esa conmoción de superficie, el grueso de la población continuaba rumiando sus desdichas, sin detectar en el debate las causas que realmente le interesaban como habitantes de esta tierra americana. El general Perón percibió lúcidamente el desencuentro, y ante la falsa antinomia planteó la verdadera opción: desde una perspectiva nacional, el país asumía su destino soberano o se resignaba a perdurar en la dependencia.

Con lenguaje sencillo y comprensible, ajeno a la oratoria política de la época, expone sus ideas. Su mensaje llega claramente a las masas. La muchedumbre que el 17 de octubre de 1945 se lanza a las calles a reclamar su libertad, repite, en cánticos y estruendos, sus palabras. Las banderas de dignidad, justicia y soberanía, que sirven de base a su doctrina, quedaron definitivamente incorporadas a las luchas populares. Al influjo de su credo, desde la trastienda de la historia, el movimiento nacional iniciaba nuevamente su marcha.

La presencia del pueblo en la Plaza de Mayo cumplió con creces sus objetivos. Desbarató la intriga palaciega y neutralizó la conjura armada contra su jefe. La participación mayoritaria de los trabajadores le otorgó su fuerza revolucionaria, y la adhesión de las incipientes formaciones sindicales le imprimió el nivel de organización in-

dispensable para garantizar el triunfo. A partir de esa jornada, la clase obrera argentina quedó integrada a la vida del país. Nunca más sería excluida de la discusión de los grandes temas nacionales.

Estas son algunas de las transformaciones consagradas aquel 17 de octubre que lo proyectan como el acontecimiento más trascendente en la historia política del país de las últimas décadas. Su valor, muchas veces -intencionadamente o no- disimulado en la anécdota, conserva plena vigencia, y su carácter reivindicativo vuelve a manifestarse vigorosamente cada vez que se pretende desconocer el espacio ganado por los trabajadores en la sociedad argentina, o se intenta confundir el rumbo de un pueblo que no renuncia a su voluntad de construir una Nación ■

Miguel Unamuno

Diputado nacional por el Partido Justicialista. Fue ministro del Trabajo de la Nación y presidente del Consejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires. Autor de *La muerte de Ramírez* y *Las memorias de Anacleto Medina*.



Archivo General de la Nación

Pintada peronista ridiculizando a Tamborini y a Palacios (abajo). Radicales: sentados, de izquierda a derecha, González y Lebensohn escuchan al candidato Prats (abajo, centro). De saco blanco, el candidato radical Alfredo Mosca (abajo, pie de página). Proclamación de la fórmula Perón-Quijano (pie de página, derecha).



detención del coronel, y en la noche del 12 de octubre fue conducido a Buenos Aires para permitirle llevarse algunos efectos personales, y luego a la isla Martín García. Las cartas dirigidas a Mercante el día 13 y a Evita el día 14 de octubre, publicadas por Félix Luna en *El 45*, lo muestran como un hombre derrotado, amargado, deseoso de que concluya el episodio para retirarse de la vida política. Pero la historia seguía tejiendo su urdimbre sin detenerse, más allá del desánimo circunstancial de quien poco después se convertiría en su protagonista...

Pues la defenestración de Perón, la reacción antimilitarista y antiobrera que se desencadenó enseguida, la reaparición de algunas rancias figuras vinculadas al *ancien regime*, estaban provocando una sorda y formidable reacción en los sectores obreros, cuya adhesión a Perón había sido hasta entonces tácita, larvada. La

Archivo General de la Nación

Familia Lebensohn



Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación



caída del hombre que les había dado derechos y dignidad, estremeció en todo el país a esos hombres y mujeres para quienes la palabra "libertad" tenía una significación diferente a la que le daban los dirigentes de partidos tradicionales.

Esta inquietud, este malestar, no era percibido en los círculos opositores, ni tampoco en el reducido elenco del gobierno, donde finalmente Avalos había encontrado una aceptable solución: encargar la formación del gabinete al doctor Juan Alvarez, procurador de la Corte. No era entregar el gobierno a la Corte, pero de algún modo se tendía a integrar un ministerio apolítico, digerible para la oposición.

Entre el sábado 13 y el lunes 15 de octubre hubo una relativa calma. Avalos empezó a desarrollar una actividad que tenía postergada: desmontar el aparato peronista en los puestos claves del gobierno y

de las fuerzas armadas y de seguridad. Pero la marea iba creciendo. El lunes 15, la FOTIA declaró en Tucumán la huelga general; en Rosario, algunos sindicatos lo hacen en la noche de la misma jornada. El martes 16 se reúne la Comisión Confederacional de la CGT. Durante muchos años estuvo extraviada el acta que refleja la nerviosa sesión de ese organismo, cuyos integrantes percibían que era indispensable encauzar el creciente desasosiego de las masas, pero al mismo tiempo dudaban de la conveniencia de jugarse por un militar que ¡naturalmente! había hecho mucho por ellos, pero en definitiva seguía siendo tan sólo un militar más, aunque había que reconocer que en el transcurso de los últimos años su notoriedad había llegado a ser poco común.

Finalmente, se decreta la huelga general para el jueves 18 de octubre, pero la declaración, entre los varios puntos que



Fachada de la Casa del Pueblo, sede del Partido Socialista (abajo, derecha). Tapa de la revista "Linterna": en 1940 anunciaba a Tamborini como futuro presidente (pie de página, izquierda). Bramuglia, Perón y Quijano, en el acto del cierre de la campaña electoral (pie de página, derecha). Viñeta: hacia las elecciones de 1946.



Archivo General de la Nación

MASONES 2000 LOGIAS EN LA ARGENTINA

TAMBORENI
SERÁ EL FUTURO
PRESIDENTE
AÑO I - Nº 8 - 1º DE ABRIL DE 1940
LINTERNA
SEMANARIO ILUSTRADO
DISTRIBUYE EN TODO EL PAÍS



"Linterna", 1940

Archivo General de la Nación





Durante la campaña electoral, en la que Perón recorrió el país presentándose como campeón de la justicia social, se organizaron concursos de fotógrafos aficionados. Esta toma fue llamada por su autor "Mano a mano con su pueblo".

Viñeta: historieta aparecida en "Cascabel": - ¿Y ahora, cómo me arreglo?

Habla Braden

El 28 de agosto de 1945, en el banquete que sus amigos le ofrecieron en el Plaza Hotel de Buenos Aires con motivo de sus designación como subsecretario de Asuntos Latinoamericanos en el Departamento de Estado, el embajador Spruille Braden dijo, entre otros conceptos:

"No seríamos leales a nuestra patria ni a los principios que profesamos, si una vez descubiertas ciertas actividades, no las denunciásemos abiertamente y no nos aprestáramos a eliminarlas de raíz: la guerra que acaba de terminar no ha sido librada para perseguir solamente al mayor criminal, sino también a sus secuaces, cómplices y encubridores. Empleando las palabras del informe secreto de Hager al emperador de Austria durante el Congreso de Viena, no perdonemos en la persona de Murat los crímenes que hemos castigado en la de Bonaparte. De otro modo, habríamos de dar por perdida moralmente la guerra que con tanto esfuerzo hemos ganado. (...) El pueblo argentino sabe que puede contar con mi amistad, sabe que ya la tiene; quiero que sepa que seguirá teniéndola en todo momento. Que nadie imagine, pues, que mi traslado a Washington significará el abandono de la tarea que estoy desempeñando. La voz de la libertad se hace oír en esta tierra, y no creo que nadie consiga ahogarla. La oiré yo, desde Washington, con la misma claridad con que la oigo aquí en Buenos Aires. Sé que es la voz de un pueblo consciente que, en uno de sus más altos y legítimos derechos, reclama para sí una vida nueva basada en la confianza y respeto mutuos. Si durante mi permanencia entre vosotros he reflejado fielmente el sentir del pueblo de los Estados Unidos, que no es otro que el de su gobierno,

espero poder interpretar con igual fidelidad, cuando me encuentre en Washington, el sentir del pueblo de la República Argentina".

La crónica periodística intercala, en casi todas las frases del discurso de Braden, registros de "bravos", "aplausos", "muy bien" y "ovaciones prolongadas" por parte de la concurrencia, calculada en 1500 personas. El "New York Times" comentó que el discurso de Braden fue "la denuncia más acerba contra el actual gobierno argentino, que haya sido oída de persona alguna con cargo oficial, dentro o fuera de la Argentina" ■



Archivo General de la Nación

menciona, no hace ninguna alusión a Perón. Sin embargo, el miércoles 17 a la mañana, los trabajadores del Gran Buenos Aires hacen abandono de sus tareas. Espontáneamente en algunos casos, activados por improvisados dirigentes en otros, con la buena voluntad de la policía de la provincia de Buenos Aires y de la Capital Federal, van invadiendo pacíficamente la metrópolis, haciendo detener a su paso toda actividad. La gente ve con asombro esa aparición de millares de personas, hombres, mujeres, chicos, que repiten incansablemente el nombre de Perón y se dirigen, como por instinto, hacia la histórica Plaza de Mayo.

Fue una singularísima jornada. Perón se había hecho trasladar al Hospital Militar, alegando estar enfermo: en realidad, le fastidiaba encontrarse en una isla que era jurisdicción de la Marina, y tal vez intuía la necesidad de acercarse al teatro de los acontecimientos. Evita, que en esos días había estado buscando infructuosamente algún apoyo, permanecía en su casa de la calle Posadas, devorada por la inquietud. Y la multitud seguía llegando a la Plaza, reclamando a Perón, pidiendo por Perón, mientras todo el complicado tinglado político montado en los días anteriores, se iba desplomando silenciosamente.

A eso de las 23, cuando la Plaza contenía unas 150.000 personas y la atmósfera se estaba tornando inquietante, Perón apareció en el balcón de la Casa Rosada. Lo que siguió ha sido contado reiteradamente y no es necesario volver a relatarlo. Se trataba, simplemente, del triunfo de Perón. El rescate de un militar detenido que, a partir de ese momento, se convirtió en el líder de los trabajadores durante tres décadas...

La victoria electoral

Las jornadas del 17 y 18 de octubre -por otra parte, pacíficas y sin desbordes- cambiaron la historia. Días más tarde, Perón anunciaba el lanzamiento de su candidatura y apoyaba la creación del partido laborista, formado por dirigentes sindicales, así como aceptaba la adhesión de un grupo de radicales que formaron la UCR Renovadora, separándose definitivamente de su viejo tronco.



24 de febrero de 1946: Juan Domingo Perón emite su voto. Culminaba el año más intenso e importante de su vida (abajo).
Largas colas frente a los locales habilitados para el acto eleccionario; la jornada transcurrió dentro de un orden admirable. La historia argentina comenzaba un ciclo nuevo (pie de página).



Archivo General de la Nación

Por su parte, los partidos opositores concretaron, en diciembre, la Unión Democrática, intento de unificación destinado a votar una fórmula presidencial única -integrada por los doctores José P. Tamborini y Enrique M. Mosca -manteniendo la individualidad de las fuerzas para el resto de los cargos.

La campaña electoral fue dura y violenta. Los actos democráticos fueron agredidos en varias oportunidades por elementos incontrolados del peronismo, pero la oposición dispuso de las radios y pudo realizar varios actos importantes. Perón, a su vez, recorrió el país marcando la diferencia que lo separaba de sus adversarios: se presentaba como el campeón de la justicia social y de la soberanía, definiendo a la Unión Democrática como una conjunción al servicio de Braden y el imperialismo. Dos circunstancias resultaron decisivas: la primera, el decreto estableciendo el aguinaldo para todos los trabajadores a sueldo, a fines de diciembre, que fue recibido como una realización de Perón. La segunda, el *Libro Azul* publicado por Braden dos semanas antes de las elecciones, donde se formulaban graves cargos de pro-nazismo contra los dirigentes del gobierno de facto y el propio Perón.

Sensibilizada por esta indiscutible injerencia en los asuntos internos del país, la ciudadanía dio a Perón la mayoría, pequeña pero suficiente, que necesitaba para ser consagrado presidente. El 24 de febrero de 1946, 1.480.000 argentinos votaron por Perón; 1.210.000 por Tamborini-Mosca.

El 4 de junio siguiente, Juan Domingo Perón, ascendido a general de brigada días antes, asumía las funciones presidenciales y abría una nueva etapa en la historia argentina ■



Archivo General de la Nación

7. El mundo de la época

Desde 1943 hasta 1949, el mundo vivió una de las transformaciones más profundas de toda su historia. Cuando terminó el infierno de la segunda guerra, la paz fue imponiendo sus filosas reglas: en el juego entre vencedores y vencidos, aparecieron situaciones sorprendentes que no todos los países supieron -o pudieron- afrontar. En estos seis años, comenzaron a perfilarse los alcances verdaderos de la victoria y la derrota, porque las pérdidas y las ganancias que sobrevendrían siguieron un camino caprichoso, independiente y desligado de los resultados de la contienda.

Winston Churchill, primer ministro británico, acompañado por Lord Reith, se fotografió en medio de una fantasmagórica confusión de hierros retorcidos, bloques de piedra y maderas quemadas, mientras inspeccionaba las ruinas del edificio del Parlamento, deliberadamente bombardeado en 1941.

El período que se analiza está marcado por las etapas decisivas de la segunda guerra mundial y su finalización; a partir de 1945 será la posguerra la que establezca el tono de la época, y defina las grandes líneas de los procesos históricos que se desarrollarán, con más crudeza, en la década siguiente.

Cuando la revolución de junio de 1943 entronizó en la Argentina un gobierno militar, la conflagración bélica que se desarrollaba en Europa y Asia parecía empatada. Pero ya habían tenido lugar las batallas de El Alamein y de Stalingrado, cada una decisiva en su campo, y los enfrentamientos aeronavales del Mar del Coral implicaban el fin del arrollador avance japonés en el teatro del Pacífico.

Un mes después del derrocamiento del gobierno de Castillo, se produce el desembarco de los norteamericanos en Sicilia y, subsecuentemente, la caída de Mussolini, al que dedicarían un melancólico saludo en "Nueva Política", el periódico nacionalista: "En la hora crepuscular de su destino, declaramos nuestra inmensa deuda, nuestra devoción al Duce, frente al imperio infernal de los mediocres". La destrucción de submarinos alemanes y el aumento vertiginoso de bombardeos aliados sobre el Reich marcaban, con menor espectacularidad, el vuelco en la inicial relación de fuerzas de los beligerantes. En la primera mitad del año siguiente, continuaron los avances aliados: los rusos rompieron el cerco de Leningrado y reconquistaron Sebastopol, robusteciendo las



"The Illustrated London News", 1941

puntas del "rodillo" que ya empezaba a avanzar hacia el oeste. Por su parte, en junio de 1944, después de superar las duras resistencias alemanas en Monte Cas-sino y otros puntos de la península italia-na, los aliados llegan a Roma. Dos días después de esta victoria -más moral que estratégica- un inmenso conjunto de fuerzas al mando del general Eisenhower desembarca en Normandía. El 19 de agosto, los primeros efectivos aliados en-tran en París. De allí, las fuerzas anglo-norteamericanas penetran en Bélgica y Holanda, y aunque un contrataque ale-mán consigue frenar por unos días el avance enemigo, pasan el Rhin en pleno invierno; en el otro extremo del mapa, los rusos llegan a Polonia y Bulgaria. En-

tretanto, Mac Arthur reconquistaba las Filipinas y la armada japonesa sufría en Leyte pérdidas definitivas, de las que le sería difícil recuperarse.

El 30 de abril de 1945 el Führer se suicida en Berlín; tres días antes, el Duce había sido fusilado. El 7 de mayo, los fantasmas del último gobierno del Reich firman la rendición en el cuartel general de Eisen-hower. Había terminado la guerra en Eu-ropa, después de casi seis años. Quedaba el escenario oriental, donde la expugna-ción de Okinawa por parte de las fuerzas norteamericanas costó pérdidas tan altas, que fue determinante para decidir la des-trucción de Hiroshima y Nagasaki por medio de bombas atómicas. Ante la estu-

pefacción del mundo entero por la incor-poración de la energía nuclear al arsenal de la destrucción, Japón se rindió a prin-cipios de septiembre. Ahora sí, había concluido definitivamente la segunda guerra mundial: seis años de muerte y des-trucción, pero también de singulares ade-lantos científicos y de innovaciones polí-ticas. Sobre las ruinas de la guerra, el mundo se aprestaba a iniciar una etapa nueva y, en nombre de unos 50 millones de muertos, buscaría la manera de afian-zar un sistema que hiciera imposible la re-petición de tragedias similares: "El mun-do cambia de cara -escribiría años más tarde el general De Gaulle refiriéndose a este momento-. Las fuerzas y los ardores de los pueblos, movilizados por la guerra,



Hitler y Mussolini (al pie, página 98)
 en 1941, espiando sobre territorio soviético.
 El afiche de la misma página refleja la lucha
 de los partisanos por la liberación de París.
 Abajo: caricatura de Flax.
 Un contingente de soldados ingleses
 partiendo para Berlín (pie de página).
 Viñeta: Pío XII en un sello postal de Haití.



pierden de pronto su punto de aplicación. En cambio, se ve aparecer a plena luz la ambición de los Estados. Desaparecen entre los coaligados las consideraciones y los miramientos que recíprocamente se tenían, mal que bien, cuando se enfrentaban con el enemigo. Ayer, era el tiempo de los combates; ahora es la hora de los arreglos de cuentas”.

El mundo de Yalta

En realidad, los arreglos de cuentas habían empezado a ajustarse mucho antes. Gran Bretaña, Estados Unidos y la URSS, vinculadas por la común agresión sufrida, establecieron, desde mediados de



Archivo "Todo es Historia"

1941, mecanismos de consulta y decisión que funcionaron aceptablemente para los asuntos de guerra y, menos eficazmente, para la futura paz. Pero, de todos modos, las líneas establecidas después de la conflagración no dependían tanto de la voluntad de los triunfadores, como de los éxitos militares de cada uno de los aliados. Es con esa convicción que los representantes de la “Gran Alianza” se reunieron en el balneario de Yalta, en Crimea, en febrero de 1945.

Allí se habló de la futura situación de Polonia, la partición de Alemania, el papel que debía desempeñar Francia, la organización de las Naciones Unidas y la participación soviética en la guerra contra Ja-



Aspecto de una de las sesiones de la Conferencia de Yalta, en febrero de 1945, en la que estuvieron presentes los tres grandes: Stalin, Roosevelt y Churchill. En la foto (abajo), el presidente Roosevelt y el ministro soviético Molotov. El general De Gaulle en El Cairo (1941) con sir Arthur Longmore y el general Catroux (pie de página).



Archivo "Todo es Historia"



pón. Pero además de estos y otros puntos particulares no menos importantes, las decisiones de Yalta afectaron el mapa del mundo entero. También se habló allí de nuestro país: según el secretario de Estado Stettinius, se comentó la renuencia argentina a colaborar con los aliados y Stalin declaró que esa actitud debía ser castigada. Y agregó que él mismo, Stalin, se encargaría de ello. Según el testimonio de Stettinius, el presidente Roosevelt contestó que el pueblo argentino era amistoso con la causa aliada pero que momentáneamente soportaba a dirigentes equivocados. Como quiera que sea, Stalin no insistió y la Argentina pudo ingresar a la organización de las Naciones Unidas meses más tarde, después de haber declarado la guerra a Alemania y Japón.

De Yalta, la URSS salió con la seguridad de que su influencia sería incontestable en los países de Europa Oriental. El historiador francés Raymond Cartier formula al respecto una precisión atinada: "Yalta tiene menos importancia de la que se le suele dar. Se dice que entregó al imperio soviético cien millones de europeos. Ello sólo es cierto a título simbólico. Cuando se reunió la conferencia, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, un pedazo de Checoslovaquia, Polonia, Prusia y Silesia habían sido conquistadas por los rusos. Yalta fue, en los hechos, sólo una oficina de registro..."

Se ha dicho que el presidente Roosevelt fue excesivamente concesivo y que acaso fuera el estado de su salud el motivo de una abulia que lo llevó a acceder a casi todas las pretensiones soviéticas. Pero hay que recordar el momento histórico de la reunión de Yalta -febrero de 1945- cuando la bomba atómica era sólo un proyecto y los estrategas aliados descontaban que para derrotar a Japón fuese indispensable el apoyo soviético.

Yalta fue importante pero no en la dimensión que se ha pretendido: el equilibrio entre Estados Unidos y la URSS se definió a partir del desarrollo militar del conflicto bélico, más que de decisiones políticas tomadas allí o en cualquier otra parte. Y de cualquier manera, los dirigentes norteamericanos dejaron la ciudad sobre el Mar Negro con una sensación de

El 6 de julio de 1944, Día de la Bastilla, las fuerzas aliadas y las de la resistencia liberaron varias ciudades del norte de Francia. Las tropas alemanas habían iniciado el camino inverso del que las condujera a la victoria. Después de muchos años de penurias, por fin los franceses festejaban la tan ansiada liberación.

optimismo. Así lo recuerda la reflexión de Harry Hopkins, el legendario consejero privado de Roosevelt: "Creíamos entonces, realmente y de corazón, que aquello presagiaba la aurora de un nuevo día (...). Estábamos absolutamente seguros de que habíamos ganado la primera gran victoria de la paz. (...) Los rusos habían probado ser prudentes y previsores, y en la mente del presidente y en la de todos nosotros no se albergaba duda alguna de que podríamos convivir pacíficamente con ellos en el futuro..."

La temprana posguerra

Los avances de las fuerzas aliadas, el ventajeo de las fuerzas políticas de cada país en la liberación respectiva, las decisiones de Yalta y, sobre todo, el enorme adelanto de la tecnología en las horas de la guerra, esbozaron los colores del planisferio cuando llegó la paz.

Por de pronto, era fácil advertir el cambio sobrevenido en el peso político y económico de los países centrales. Si era obvio que Alemania y Japón habían quedado arrasadas, también resultaba inocultable la difícil situación de Gran Bretaña, Italia y Francia. Todos estos países eran potencias de primer orden antes de 1939; ahora dejaban de tener peso político, o lo tenían en mucho menor medida, como era el caso de Gran Bretaña.

En compensación, también era fácil percibir el avance de Estados Unidos y la URSS en sus papeles de superpotencias, cuyos efectos se verían con mucha claridad en los años siguientes, pero que desde ya podía avizorarse en el enorme campo de intereses que cada una había definido como propio.

En cambio, sólo los analistas más agudos podían predecir la fuerza arrolladora que en poco tiempo adquirirían los movimientos de descolonización. Planteado por Roosevelt como un imperativo moral, resistido por Churchill y luego por De Gaulle, el ideal de un mundo sin colonias parecía dibujarse como un lejano objetivo. Pero el fin de la guerra aceleró rápidamente las tendencias anticolonialistas. A veces, se trataba de los mismos movimientos de la preguerra que, como en la



"En Guardia", 1944



Molotov y Stalin (izquierda). Entre ellos, el funcionario norteamericano Averell Harriman.

Roosevelt y Churchill (abajo).

En la página 103: el cortejo fúnebre de Roosevelt entrando en la Casa Blanca. Viñeta: historieta de "Cascabel":

"¿Qué será del mundo, si a esta altura de la guerra ya está así!"



El Plan Marshall

En junio de 1947, el secretario de Estado George G. Marshall pronunció un discurso que esbozaba el plan de ayuda a Europa que llevaría su nombre. El llamado Plan Marshall exponía una actitud muy diferente a la que su país había demostrado en la primera posguerra, y significaba que Estados Unidos estaba dispuesto a asumir responsabilidades planetarias frente al mundo socialista.

En su informe a la Nación, pronunciado meses después del discurso de Harvard, explicaba Marshall: "El

problema está bien claro y temo que no podrá resolverse hasta que, en los próximos meses, se demuestre si la civilización de Europa Occidental es lo suficientemente robusta como para alzarse por encima de los efectos destructores de la guerra, y restaurar una sociedad sana. Los dirigentes de la URSS y los jefes de los partidos comunistas profetizan abiertamente que no se logrará esta restauración. Por el contrario, nosotros tenemos confianza en la rehabilitación de la civilización de la Europa Occidental, con sus libertades" ■

India, veían ahora la oportunidad soñada durante décadas: la decadencia de la metrópolis hacía más pareja la relación de fuerzas para negociar o para luchar por la independencia. En otros casos, como el de las posesiones holandesas en el sudeste asiático, el desprestigio de las grandes potencias vencidas por el Japón. Pero en todos, las ideologías occidentales de carácter democrático eran asimiladas y esgrimidas por los líderes de las futuras nacionalidades, muchos de ellos estudiantes en las universidades de las antiguas metrópolis u oficiales en sus ejércitos. La suma en estos factores aceleró un proceso que durante la guerra se había visto como inevitable... pero lejano. Sin embargo, en poco más de cinco años, la India -dividida en dos países- Indonesia, Filipinas y el Estado de Israel, darían testimonio de una tendencia incontenible.

Estos sacudimientos políticos tendrían lugar en un marco de características singulares, que tuvo como escenario el mundo entero, en mayor o menor medida. Nos referimos al desarrollo tecnológico y científico impulsado por la guerra, que ahora derramaría (así se esperaba) sus beneficios sobre toda la humanidad. Desde la energía atómica hasta la computación electrónica, desde las sulfamidas hasta el desarrollo de la aeronavegación, los inventos y descubrimientos multiplicados por las exigencias bélicas ahora podían aplicarse a la seguridad, el confort, la salud de la humanidad. Con toda naturalidad se deslizaban los ingenios desplegados para matar o defenderse, sobre campos pacíficos; tal vez el ejemplo más notorio sea el del radar, que se incorporó inmediatamente a la navegación por agua y aire, reduciendo sustancialmente el promedio de accidentes que se venía registrando, o, en la misma área, la propulsión a reacción de las naves aéreas.

Finalmente, en este escueto panorama del mundo de la temprana posguerra, no puede dejar de mencionarse la creación de sistemas mundiales o regionales de seguridad, que a modo de radares políticos comenzaron a operar en la preservación de la paz, no siempre con éxito pero, al menos, como una expresión de imaginación que recibió las esperanzas de centenares de millones de seres humanos. La



ONU y después la OEA pretendieron aprovechar la experiencia de los organismos de preguerra (Sociedad de las Naciones, Unión Panamericana) para salvar los errores cometidos y afinar su eficacia. O, al menos, para constituirse en foros de dimensión planetaria, donde todas las naciones pudieran hacer oír sus reclamos. Estos organismos, con los colaterales que se fueron creando en años posteriores - UNESCO, FAO, FMI, etc. - fueron instaurando una suerte de "conciencia universal" que, si no erradicó los abusos de las grandes potencias ni impidió enfrentamientos localizados, sirvió para afirmar en todo el mundo ciertas pautas de convivencia no desdeñables, que fueron por cierto aprovechadas más adelante.

Este sería, a grandes rasgos, el paisaje que ofrecía el conjunto internacional a mediados de 1945, cuando la paz quedó restablecida. Pero hay otros aspectos menos definibles que no pueden excluirse. Uno de ellos, el enorme prestigio adquirido por Estados Unidos, sus formas de vida, su cultura y su técnica.

Si la URSS había sido la gran vencedora en el continente europeo, al establecer a lo largo de su frontera oeste un "colchón de seguridad" compuesto por países amigos -que pronto serían sus aliados incondicionales-, en Europa Occidental y en Asia fue Estados Unidos el que impuso no sólo la fuerza de sus armas sino todo un modelo de vida. Países de antigua identi-

dad como Italia, Francia y aun Gran Bretaña, se vieron seducidos por la presencia de centenares de miles de jóvenes americanos que, paralelamente a la liberación, traían la música del *jazz*, la informalidad en el decir y el hablar, las maravillas de sus elementos técnicos -desde el *jeep* hasta los insecticidas- y un estilo fresco y saludable que contrastaba con la derrota física y anímica de los pueblos que venían de salvarse del nazifascismo. Todo esto y la simpleza de sus esquemas políticos, no dejaron de fascinar a los europeos, como en el Japón el "virreinato" de Mac Arthur hizo receptivo al milenarismo pueblo del Sol Naciente a los adelantos mecánicos que traían los ocupantes. Fue una "norteamericanización" del mundo, reforzada por el



Edward Stettinius (abajo, izquierda), secretario de Estado norteamericano. Africa reconquistada: testimonio del desfile de la victoria (abajo, centro). Harry Hopkins (abajo, derecha), consejero privado de Roosevelt. Harry Truman (pie de página), oscuro político del Partido Demócrata, asume como presidente de los Estados Unidos.

Archivo "Todo es Historia"



"En Guardia", 1945



"The Illustrated London News"



"En Guardia", 1945

Durante los años de la guerra, el gobierno de Estados Unidos publicó una revista de circulación exclusiva en los países de América latina. Se llamaba "En Guardia", y allí apareció este documento fotográfico que registra la rendición de un soldado alemán, enarbolando el clásico símbolo de la bandera blanca.

cinematógrafo y sintetizada en la imagen seductora del presidente Roosevelt, primero, y luego por la figura prosaica pero derecha de su sucesor.

Sin duda, Estados Unidos era la potencia triunfadora. Sus dirigentes estaban convencidos de haber salvado al mundo del horror del nazismo a través de una auténtica cruzada. Mucho más que en tiempos de Woodrow Wilson, creían a pie juntillas que su país era un paradigma que todos debían imitar. Sentían el peso de la cruzada, pues sabían que, además de los sacrificios impuestos por la guerra, deberían ayudar a los pueblos -por lo menos a los pueblos europeos- a salir de su marasmo y recomponer un mundo de paz, respeto recíproco y abundancia.

Pero, apenas terminado el fragor del conflicto, la mayoría de los dirigentes norteamericanos tenían el amargo convencimiento de que un factor maléfico y repante se oponía a esta idílica visión, y que la cruzada no había concluido al llegar la paz; que debía continuar, en distintas partes del mundo y contra un antiguo aliado en la contienda.

"Un telón de acero..."

Fue Winston Churchill, descargado ya del peso de su responsabilidad gubernamental, quien dio la voz de alarma. Una voz que muchos sintieron como propia. En la Universidad de Fulton, el veterano dirigente británico denunció en marzo de 1946: "Una sombra ha descendido sobre el escenario que hasta hace poco había sido iluminado por la victoria aliada (...) Desde Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, un telón de acero ha descendido a través del continente. Tras esa línea yacen todas las capitales de las antiguas naciones de la Europa Central y Oriental". Clamaba Churchill por "la influencia soviética" y por las "crecientes medidas de control desde Moscú", así como por "los quintacolumnistas comunistas, que se han establecido y trabajan con absoluta unidad y total obediencia a las órdenes dirigidas desde el centro comunista, en muchos países de todo el mundo". Era la más sólida experiencia de Occidente la que hablaba.



"En Guardia", 1945

Un melancólico adiós

En el principio fue la ilusión; se había terminado con las penosas ideas de autoritarismo infiltradas en el mundo occidental, que creía en el progreso continuo basado en los principios de la razón. 1943 inicia la etapa de la esperanza, 1944 la acrecienta, 1945 establece la victoria. Después, hay que vivir los conflictos de la organización de la paz, la angustia de la inauguración de la era atómica. Mientras el mundo político busca soluciones, el mundo intelectual crea sus propias salidas; en París pontifica el existencialismo: el hombre es lo que es por sus opciones, por sus elecciones para hacer su vida, pensamiento válido para los que sobre todo debieron actuar. En Italia los italianos, sabios y realistas, ... de Roma le viene al galgo... - difunden el neorrealismo, renovado y eterno, por el camino del cine y de la novela. Señores -dicen los creadores a los políticos- ustedes discurren y arreglen si pueden, nosotros observamos y testimoniamos. Porque el mundo es, sin lugar a dudas, repetible, y los pesares siempre serán renovados.

La gente sufre y teme. Una guerra atómica sería dramática, espantosa. Se ensanchan las fronteras, hay que aguantar los problemas de los habitantes de extramuros, geográfica y socialmente hablando. El mundo de Occidente da un melancólico adiós a los resabios de la *Belle Epoque*, y a su sucedáneo, los años locos de la década del 20; la nostalgia se expresa en las románticas canciones francesas de los años 40. Entre bambalinas, los Beatles aguardan la señal del misterioso traspunte.

Y la moda insiste, aparentemente frívolo lenguaje, se convierte en la voz de los que pretenden ir hacia atrás.

La moda crea el *new look*, largas y púdicas faldas, intentando, con esto, rescatar por la apariencia lo que fue y ya no es.

Pero la historia de la humanidad responde a designios impenetrables. La historia de la humanidad apunta al futuro. Mientras el mundo bulle por encontrar la racionalidad de una paz estable, nuestro país busca soluciones teñidas de irracionalidad. El mundo quiere encaminarse hacia la paz social y la justicia humana, soñada aurora siempre perseguida, malamente alcanzada, paisaje atrayente y variable como el de los ocasos y el movimiento del mar

María Angélica Bosco

Escritora. Entre otras novelas, ha publicado *El comedor de diario*, *En la estela de un secuestro*, *En la piel del otro*. Segundo Premio EMECE (1954), Tercer Premio Municipal (1960), Segundo Premio Municipal (1975) y Segundo Premio Regional (1974).



La muerte de Gandhi tuvo una singular trascendencia en el mundo entero. Así la reflejó el matutino porteño "Clarín" (abajo, derecha).

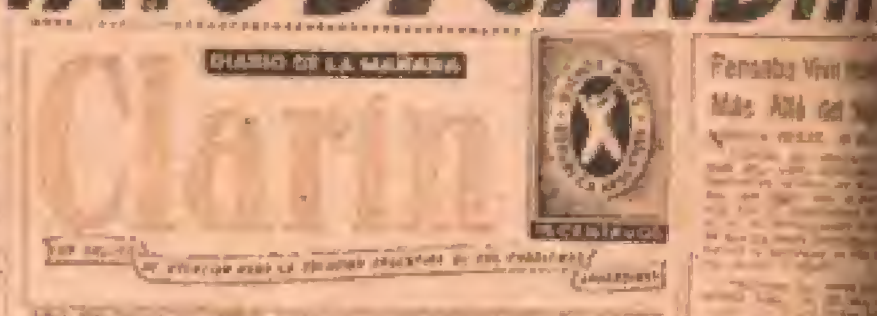
Soldados ingleses controlan la seguridad en Palestina, en 1947 (página 107). Al año siguiente, se crearía el Estado de Israel.

Viñeta: historieta de César Bruto aparecida en la revista "Cascabel".

ENLUTA AL MUNDO EL ASESINATO DE GANDHI

La Multitud Estuvo a Punto de Linchar al Autor del Crimen

El asesinato de Gandhi, el más sangriento de la historia reciente de la India, se produjo ayer a las 5.30 horas, cuando el líder de la independencia estaba en un tren que se dirigía a su casa en la ciudad de Nueva Delhi.



Gran Conmoción Causó el Crimen en el Gobierno Indio

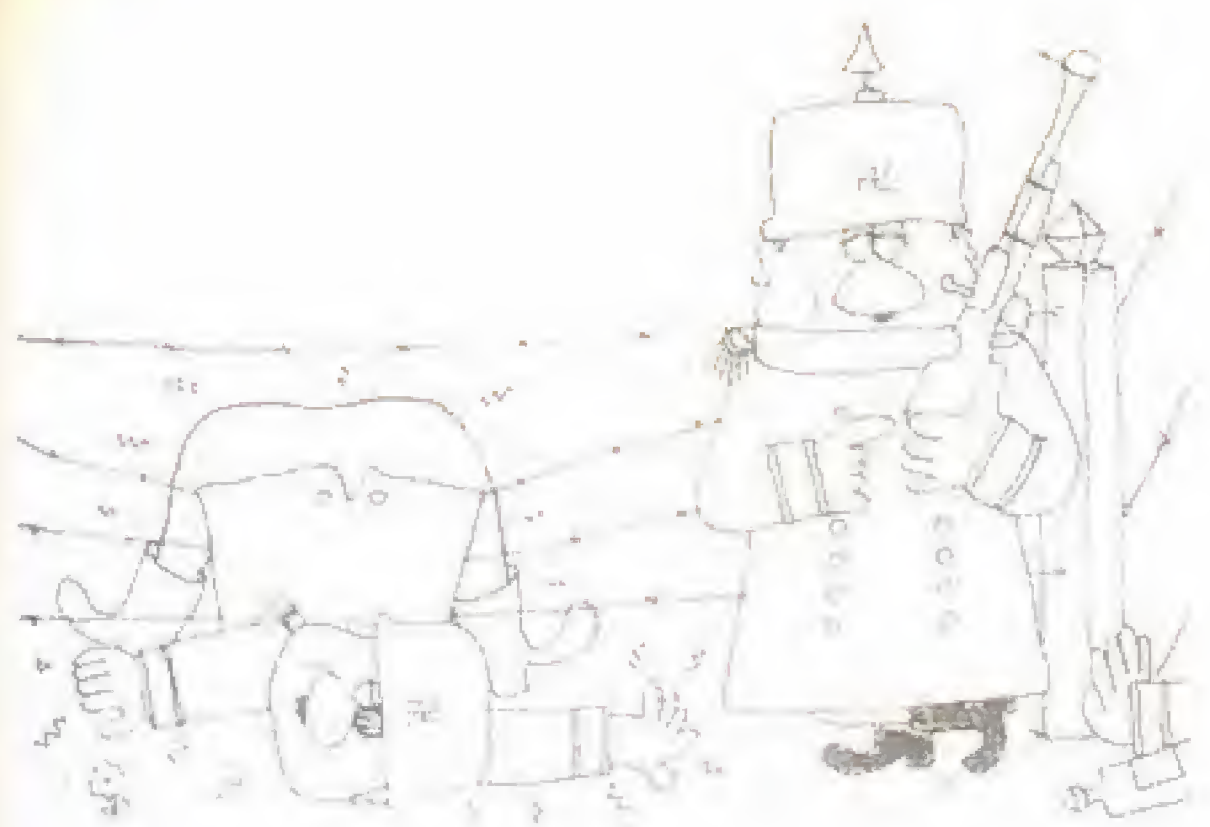
Los Musulmanes Adhirieron al Duelo Hindu



La India Soporta ya Nuevos Disturbios

Memoteca de la Biblioteca Nacional

Y resumía su pensamiento así: "No creo que la Rusia soviética desee la guerra: lo que ellos desean son los frutos de la guerra y la indefinida expansión de sus doctrinas". Efectivamente, Moscú no deseaba la guerra; no podía desearla. Había sido tan enorme la sangría provocada por su enfrentamiento con Alemania, y tan devastadora la destrucción que fue su consecuencia, que ni el más delirante dirigente del Kremlin podía acariciar una idea semejante. Es posible que parte del "telón de acero" que descendió sobre la URSS haya respondido a la necesidad de ocultar la magnitud de su debilidad. De todos modos, a partir del "discurso de Fulton", la guerra fría era ya una realidad y, naturalmente, el mayor peso debería recaer sobre Estados Unidos. Terminaban, así, los últimos ecos de la Gran Alianza y empezaban los aterrantes sonidos del enfrentamiento entre las dos superpotencias; una de las cuales disponía, ya, de un arsenal atómico, la otra en vísperas de tenerlo; porque la URSS, a pesar de las enormes tensiones internas, no cesó nunca de prepararse, a cualquier costo, para hacer frente a un posible futuro.



"The Illustrated London News", 1947

Dos acontecimientos marcaron en aquellos años las alternativas de la guerra fría. Uno de ellos, el juicio celebrado en Núremberg por el tribunal integrado por las potencias vencedoras entre fines de 1945 y octubre de 1946. Todavía, la Gran Alianza podía tener la fuerza suficiente como para montar el tinglado de un gran y aleccionador espectáculo. Es que aún mantenía vigencia el recuerdo del común enemigo, y la necesidad de desnazificar y desarmar a Alemania era una meta que compartían todos los países vencedores.

El otro acontecimiento que señala uno de los momentos más difíciles de la confrontación en Europa, fue el bloqueo soviético sobre Berlín, de junio de 1948 a mayo de 1949. El antiguo Reich había sido ocupado por las potencias vencedoras, según el territorio que cada una había logrado señorear. En 1948/49, Estados Unidos y sus aliados acceden a formalizar la constitución de la República Federal Alemana; en 1949, a su vez, se crea la República Democrática Alemana con el apoyo y estímulo de la URSS. Ya había dejado de ser la nacionalidad alemana un factor ne-

El comienzo del nuevo mundo

La historia no despierta puntual y cronométricamente cada cien años, como lo pretende la cronología al uso. Más bien suele despertarse o un poco antes o un poco más tarde del siglo. De lo primero es ejemplo clamoroso y preñado de consecuencias universales la revolución francesa, que irrumpe once años antes de finalizar el siglo XVIII. De lo segundo, es prueba cabal nuestro siglo, que no comienza a desperezarse sino al concluir la primera guerra mundial. Y aun en esta etapa no poco se demora la liquidación definitiva del siglo decimonono. En efecto, todo el período entre las dos guerras vive todavía de los ideales y de los problemas de éste, a los que no logra ni reemplazar ni resolver. El fascismo y el nacional socialismo alemán son la secuela y la respuesta brutales a tal indecisión y a tal impotencia. Bien vistas las cosas, sólo después de 1945 se está en la posición adecuada para abarcar de un solo vistazo el mundo todo, y en él sus distintos problemas. Nuestro tiempo y nuestro mundo actuales tienen efectivo comienzo en 1945. Desde esta perspectiva se comprueba que hoy son ruinas polvorientas todas las ideologías del siglo XIX, marxismo incluído. Lo son como ideologías, por cierto, aunque en cuanto a teoría económica o filosofía de la historia mantengan todavía cierta, aunque debilitada vigencia.

Durante las dos guerras mundiales sobrevenidas en nuestro siglo, cuyo teatro de acción principal se situó lejos de nuestras fronteras, la Argentina se esforzó por mantenerse neutral. Instinto sano y saludable, al que acompañó una noble porción de comportamiento ético. En este último sentido, tanto la actitud de Hipólito Yrigoyen en 1916, como la de

Ramón S. Castillo entre 1940 y 1943, merecen el recuerdo agradecido de los argentinos. Por el contrario, nuestra pusilánime y tardía entrada en la segunda gran guerra constituye un baldón moral en nuestra preclara y altiva trayectoria de nación independiente. Y afirmamos lo que antecede, a sabiendas de las razones de conveniencia inmediata que autorizaban al gobierno argentino de entonces a declarar la guerra a Alemania y Japón. Pero el honor de un pueblo libre no se puede medir nunca por conveniencias políticas coyunturales, ni siquiera por apremiantes necesidades materiales.

En el horizonte actual del mundo y también en el de nuestra política internacional, lo que se vislumbra para la Argentina es su integración regional continental en América. Ambas Américas, tanto la hispana como la anglosajona.

A esta ímproba y mayúscula tarea hemos sido convocados los argentinos, y al hacerlo ello da, ello otorga significado histórico a nuestra primordial condición de americanos, esto es, nuestra condición de pobladores y titulares del Nuevo Mundo, éste donde hemos sido arraigados por el destino, para crecer armoniosamente, para trabajar, para sufrir, para ser felices, o sea, para vivir ■

Máximo Etchecopar

Diplomático y publicista argentino. Embajador en el Vaticano, México, Perú, Suiza, Suecia, etc. Ha publicado, entre otras obras, *Esquemas de la Argentina*, *Breve y variada lección*, *Historia de una afición a leer*, *Con mi generación*.

A mediados de 1947, se celebró un referendun en el noroeste de la India para determinar si los habitantes de la región preferían pertenecer a dicho país o a Pakistán. La votación se hizo imprimiendo los dedos sobre las boletas oficiales (abajo, izquierda).

En julio de 1947, Eva Perón y De Gasperi en Italia (pie de página, izquierda).

Bernardo Houssay (abajo, centro), fisiólogo y profesor universitario argentino, ganador del premio Nobel de Medicina en 1947, y Gabriela Mistral (abajo, derecha), poeta chilena, ganadora del de Literatura del año 1945. Chiang Kai-shek y su esposa (pie de página, derecha). En enero de 1949, los comunistas entrarían en Pekín.

gativo, a la que se preparaba un destino pastoril; ahora era una pieza dividida en dos dentro del tablero del juego internacional, y pasarían todavía algunos años antes de que los propios alemanes, a través de los dos Estados que compartían su entidad nacional, lograran cierta autonomía de decisión frente a sus antiguos mandantes

Pero Berlín tenía una situación muy particular. Ubicada dentro de la zona soviética, estaba repartida entre las potencias vencedoras. La URSS consideró fácil la liquidación pacífica de este enclave. A mediados de 1948 concretó un bloqueo,

cuyo objetivo era aislar a la antigua capital e impedirle todo tráfico con el resto del mundo. Suponían los dirigentes soviéticos que esto bastaría para modificar el particular *status* berlinés. El gigantesco y costosísimo "puente aéreo" que abasteció durante meses a Berlín, fue la respuesta occidental: un alarde de poderío económico y técnico, que colocó en difícil situación a la iniciativa soviética hasta que el bloqueo debió levantarse.

Cuando esto ocurrió -mayo de 1949- ya estaba implementándose el plan de ayuda lanzado por el secretario de Estado George Marshall para reanimar las economías

europeas. "Nuestra política no va dirigida contra ningún país ni contra doctrina alguna -había dicho Marshall- sino a luchar contra el hambre, la desesperación y el caos." Pero era indudable que los 17.000 millones de dólares empleados por Estados Unidos entre 1948 y 1951, no respondían solamente a fines humanitarios; el expansionismo soviético en Europa podía ser eficazmente contenido sólo si las poblaciones del viejo continente encontraban motivos válidos para no cambiar radicalmente el antiguo orden. Diecisiete naciones se beneficiaron con el Plan Marshall, y no es excesivo suponer que la liquidación de los cogobiernos que



"The Illustrated London News", 1947



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



"The Illustrated London News"

se hicieron cargo del poder en varios países de Europa Occidental con participación comunista, fue posible gracias al apuntalamiento de la producción agrícola e industrial que promovió, en ese momento, la ingeniosa iniciativa americana.

Las fronteras definidas

Entretanto, la URSS y Estados Unidos armaban el juego de alianzas que definiría en el futuro los campos de interés de cada superpotencia; las fronteras reales del juego del poder internacional.

Antes de 1950, los países de Europa Oriental que hasta entonces habían conocido gobiernos de coalición, vieron el aniquilamiento de este esquema, y su sustitución por dirigencias comunistas cerradamente atentas a las directivas de Moscú. Incluso Polonia, a la que Stalin había prometido elecciones libres, cayó rápidamente en la órbita soviética de modo incondicional.

Por su parte, Estados Unidos buscó alianzas en las zonas más estratégicas. En 1947 se concretó el TIAR en Río de Janeiro, que vinculaba a los países de América Latina en un propósito de defensa mutua

Abajo, izquierda: Fred Astaire y Vera Ellen, dos favoritos de las comedias musicales de Hollywood. A la derecha y pie de página derecha, radar instalado en Francia y el físico que lo perfeccionó, Albert Taylor. Las princesas británicas Margarita e Isabel (pie de página, en el centro).

contra agresiones exteriores; poco más tarde, se firma un tratado similar con los países amigos del sudeste asiático (SEATO). Y en abril de 1949, el Tratado del Atlántico Norte (OTAN) une a Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Portugal, Italia, Canadá, Noruega e Islandia -con la adhesión posterior de Grecia y Turquía- con Estados Unidos, estructurando una alianza militar que tiene, desde entonces, presencia visible en diversos puntos de Europa. Como contrapartida, el Pacto de Varsovia para defensa y asistencia mutua entre Rusia y sus países satélites, se firmaría seis años después.



Archivo Hyspamérica



"En Guardia", 1944



"The Illustrated London News", 1947



Archivo Hyspamérica



"En Guardia", 1945

**YOU ARE LEAVING
THE AMERICAN SECTOR**
**ВЫ ВЫЕЗЖАЕТЕ ИЗ
АМЕРИКАНСКОЙ ЗОНЫ**
**VOUS SORTEZ
DU SECTEUR AMÉRICAIN**



"The Illustrated London News", 1948

Muy lejos había quedado la actitud aislacionista del pueblo norteamericano que, durante la presidencia de Wilson, había repudiado el ingreso de su país a la Sociedad de las Naciones. Una política a escala mundial, expresada en inversiones, misiones diplomáticas y fuerzas de aire, mar y tierra en todo el mundo, marcaba la diferencia y cubría el espíritu de cruzada que había asumido el pueblo de Washington y Lincoln... Frente a lo que los americanos veían como defección de las viejas naciones colonialistas, la pujanza de Estados Unidos amparaba al mundo entero del avance comunista.

Pero en 1949, el año de la OTAN, ocurre un hecho que tendrá enormes consecuencias: la URSS logra hacer estallar su primera bomba atómica. La concreción soviética consternó a la opinión pública de los países occidentales; deberían pasar todavía algunos años para apreciar que ella era, paradójicamente, la garantía de una obligada coexistencia. Que si todas las guerras eran malas, la posibilidad de una guerra nuclear era impensable...

Nunca es fácil adivinar las tendencias contemporáneas, porque la vertiginosa sucesión de hechos suele nublar el signo de los grandes procesos. Entre 1946 y 1949 el mundo sería conmovido por los sangrientos efectos con que se llevaban a cabo las luchas descolonizadoras: los holandeses resistiendo el movimiento independentista indonesio, los franceses tratando de frenar el avance emancipador en Indochina, las matanzas que rubricaron la aparición de la India y Pakistán o la serie de hostilidades que rodeó el nacimiento de Israel. Y por supuesto, la crónica guerra civil china: el enfrentamiento, que ya llevaba décadas, entre Chiang Kai-shek y Mao Tse-tung, terminaría en el año 1949 con la huida del primero a la cercana isla de Formosa, y la proclamación de una República Socialista en la milenaria nación.

Pero lo que marca con una sensación imborrable aquellos años de la temprana posguerra, es la creencia en una tercera guerra mundial como suceso inevitable e inminente. No fue solamente una som-

bría intuición de dirigentes y pueblos: sostuvo racionalmente las políticas de algunos países y éste fue el caso del nuestro, como se verá. Mientras se reanimaban lentamente las economías, mientras los bienes de la civilización se expandían y generalizaban, mientras se alejaban los peligros de un caos monetario y financiero, millones de seres humanos temblaban con la perspectiva de una nueva conflagración, sin advertir que en realidad el mundo estaba remontando la parte más dura de la pendiente y que se estaba en vísperas de un equilibrio, difícil y penoso, pero equilibrio al fin.

Hay una anécdota muy representativa de este estado de espíritu. Ataño a la Argentina, y se refiere a un hecho trágico ocurrido en septiembre de 1949, en las aguas australes. Estaba el buque oceanográfico ARA Bahía Blanca fondeando en Bahía Bustamante cuando, a las dos de la mañana, empieza a recibirse una serie de cables cifrados. El oficial de guardia despierta al encargado de claves, quien se dedica a descifrar los insólitos mensajes.

Juicios a los criminales de guerra en Tokio (abajo, izquierda).

Carteles en inglés, ruso y francés delimitaban los cuatro sectores en que había quedado dividida Berlín después de la guerra (abajo, derecha).

Judy Garland y Tom Drake (pie de página).

Viñeta: caricatura política de Flax.



Archivo General de la Nación

El Tratado del Atlántico Norte

El Tratado del Atlántico Norte cubre una superficie de casi veinte millones de kilómetros cuadrados como área de defensa, al norte del Trópico de Cáncer. Fue firmado por Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Portugal, Italia, Canadá y Noruega; posteriormente se adhirieron Grecia, España y Turquía.

El Tratado refirma, en su introducción, su fe en los propósitos y objetivos de las Naciones Unidas, y manifiesta el deseo de favorecer el bienestar y la estabilidad en la región del Atlántico Norte, para lo cual sus signatarios se comprometen a resolver por medios pacíficos cualquier controversia internacional en la que pudieran verse implicados. El artículo 3° establece que las partes contratantes, "actuando individual y conjuntamente de manera continua y efectiva mediante el esfuerzo propio y la ayuda mutua, mantendrán y acrecentarán su capacidad individual y colectiva de resistencia al ataque armado". En el artículo 5° se conviene que un

ataque armado contra una o varias de las partes contratantes se considerará un ataque contra todas las demás, y hará que se efectivice el uso de la fuerza para restablecer la seguridad en la zona, que se define específicamente en el artículo 6°.

Establece, además, en su artículo 9°, que las cuestiones relativas a su aplicación quedarán a cargo de un Consejo en el que estarán representadas cada una de las partes; este organismo funcionará "de manera que pueda reunirse rápidamente en cualquier momento", y creará "cuantos órganos subsidiarios puedan ser necesarios; en especial establecerá inmediatamente un Comité de Defensa que recomendará las medidas apropiadas" para poner en marcha los mecanismos de defensa previstos.

La organización puede invitar a adherirse al Tratado a cualquier otro Estado europeo que esté en condiciones de hacerlo, pero esta invitación deberá ser aceptada previamente por la unanimidad de las partes contratantes -lo cual establece, virtualmente, el derecho a veto. Cada uno de los países signatarios deberá aprobar el Tratado según sus disposiciones constitucionales y los instrumentos de ratificación serán depositados ante el gobierno de Estados Unidos.

Este sencillo articulado dio origen a la potencia armada que hoy involucra a casi todos los estados de Europa Occidental, y ha constituido hasta el momento una formidable fuerza de disuasión en la competencia por el poder mundial ■



Juicios de Nüremberg: en el banquillo de los acusados, de izquierda a derecha, Goering, Hess, von Ribbentrop y Kietel (abajo, izquierda). El plan Marshall desplegó la ayuda americana en la desolada Europa (abajo, derecha). Eva Perón y George Marshall (pie de página) en Río de Janeiro (1947).



"En Guardia", 1945



Archivo Hyspamérica

Pronto, el puente de la nave se llena con los oficiales, el primero de ellos el comandante. Hay un silencio tenso. De pronto, ante una frase cuyo texto parece ordenar una suerte de alerta general, uno de los oficiales murmura: -¡Es la tercera guerra mundial! Estoy preparado...

Nadie lo desmiente. Nadie supone desmesurada semejante conjetura. Todos estaban listos, en el fondo del espíritu, para esta eventualidad. Finalmente, los mensajes informan sobre una tragedia, sí, pero cuyas proporciones son cuantitativamente mucho menores: se ha perdido sin dejar rastros el rastreador ARA Fournier... Sin duda, algo estaba pasando en el mundo, y en las mentes, para que un marino al servicio de un país neutral, embarcado en un navío situado a miles de kilómetros de los centros del poder mundial, viera como natural e inevitable el estallido de la tercera guerra.

Es que las secuelas de la segunda guerra mundial, fueron muy diferentes a las de la conflagración de 1914/18. En los años que siguieron a Versalles, el recuerdo horroroso de las trincheras y la aparente irrelevancia de los motivos de la guerra, impulsaron fuertes corrientes pacifistas y propiciaron movimientos contrarios a todo rearme. En cambio, después de Hiroshima nadie habló de desarmar al mundo. Por el contrario, las alianzas políticas y militares de las superpotencias se urdieron rápidamente; los arsenales se nutrieron de nuevas y más terribles armas, y los espíritus se prepararon para una segunda etapa del cruel enfrentamiento iniciado en 1939, como si lo de 1945 hubiera sido sólo un respiro, un corto y provisorio armisticio.

Felizmente no fue así. Pero el tránsito de los sombríos años de la guerra fría a la etapa, más distendida, de la coexistencia pacífica, merece una crónica que haremos en otro capítulo ■



Archivo General de la Nación

Sumario

Capítulo 1 / **Página 1**

LA REVOLUCION DE 1943

En la mañana del 4 de junio, mientras los porteños desayunaban, la increíble noticia ya era *vox populi* : Campo de Mayo se había sublevado y las tropas, sin encontrar resistencia, estaban avanzando. Y aunque nadie pudiera definirlo con exactitud, existía la sensación de que toda una época se clausuraba y de que se estaba ante un proceso, enigmático aún, pero ciertamente nuevo.

Capítulo 2 / **Página 17**

LA GUERRA MUNDIAL EN LA ARGENTINA

Los odios y enfrentamientos nacidos en nuestro país al calor de la tragedia mundial, subsistieron por años. Todavía hoy, hojeando los diarios y revistas de la época, se puede advertir la conmoción, el sacudimiento profundo que produjo, en la Argentina de la década del 40, el conflicto bélico más grande de la historia

Capítulo 3 / **Página 33**

UN JOVEN CORONEL

A fines de 1943, en los círculos allegados al gobierno y en los medios de prensa, se rumoreaba insistentemente que Perón era, en realidad, el hombre importante, el que tenía las ideas más claras sobre los objetivos del movimiento que había derrocado a Castillo. ¿Quién era, de donde venía este militar a quien muy pocos fuera del ambiente castrense, conocían por entonces?

Capítulo 4 / **Página 49**

LOS ROSADOS TIEMPOS DEL BOLERO

¿Hacen falta recordar algunos de sus títulos? Mencionando "Bésame", "Vereda tropical", "La última noche", "Perfidia", "Nosotros", "María bonita", se está nombrando a todos. Aunque en un análisis estricto algunos de estos temas no son boleros, con su romanticismo, su empalagosa dulzura, su simpleza e inocencia, eran expresivos de una época argentina que aún no había conocido grandes cuestionamientos a los valores consagrados.

Capítulo 5 / **Página 65**

EL ESTADO EMPRESARIO

A lo largo de la década de 1930 fueron adoptándose medidas que podrían definirse como "intervencionistas defensivas". En los años 40, en cambio, la ijerencia del Estado fue justificada como una actividad natural y necesaria, con fundamentos doctrinarios conectados con el pensamiento económico vigente en Europa.

Capítulo 6 / **Página 81**

EL 45 UN AÑO DECISIVO

El año de 1945 en la historia contemporánea de nuestro país, constituyó un momento decisivo. El inmenso alivio que el mundo sintió al terminar la guerra en Europa, fue para la Argentina la señal del comienzo de una durísima lucha por la conquista del poder, que culminaría el 4 de junio de 1946, con Perón como presidente.

Capítulo 7 / **Página 97**

EL MUNDO DE LA EPOCA

El período de la historia universal que se comenta en este capítulo está marcado por las etapas decisivas de la segunda guerra mundial y su finalización. Ya comienza a perfilarse que las secuelas de esta guerra, iban a ser muy diferentes de las de la conflagración de 1914/18. Después de Hiroshima, nadie hablaría de desarmar al mundo.

Libros recomendados

Belloni, Alberto
DEL ANARQUISMO AL PERONISMO
Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.

Bustos Fierro, Raúl
DESDE PERON HASTA ONGANIA
Buenos Aires, Ediciones Octubre, 1969.

Díaz Araujo, Enrique
LA CONSPIRACION DEL 43 / El GOU, una
experiencia militarista en la Argentina
Buenos Aires, La Bastilla, 1971.

Fayt, Carlos A.
EL PERONISMO / 1945-1955
Buenos Aires, número 100 de "Todo es Historia", 1975.

Ferrero, Roberto
DEL FRAUDE A LA SOBERANIA
POPULAR / 1938-1946
Buenos Aires, colección "Memorial de la Patria" de La Bastilla,
1976.

Gambini, Hugo
EL PRIMER GOBIERNO PERONISTA
Buenos Aires, Centro Editor, 1971.

Halperín Donghi, Tulio
LA DEMOCRACIA DE MASAS
Buenos Aires, Paidós, 1972.

Irazusta, Julio
PERON Y LA CRISIS ARGENTINA
Buenos Aires, La Voz del Plata, 1956.

Luna, Félix
EL 45
Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

Luna, Félix
PERON Y SU TIEMPO
Tomo I: La Argentina era una fiesta
Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

Mafud, Julio
SOCIOLOGIA DEL PERONISMO
Buenos Aires, Americalee, 1972.

Martínez, Pedro Santos
LA NUEVA ARGENTINA
Buenos Aires, La Bastilla, 1976.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos
ESTUDIOS SOBRE LOS ORIGENES
DEL PERONISMO
Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

Navarro, Marysa
EVITA
Bilbao, Corregidor, 1981.

Orona, Juan
LA LOGIA MILITAR QUE DERROCO A CASTILLO
Buenos Aires, Juana Orona, 1956.

Page, Joseph
PERON / 1895-1952
Buenos Aires, Javier Vergara, 1984.

Potash, Robert
EL EJERCITO Y LA POLITICA EN LA ARGENTINA
Tomo I: De Yrigoyen a Perón
Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

Real, Juan José
TREINTA AÑOS DE HISTORIA ARGENTINA
Buenos Aires, Actualidad, 1962.

Rouquié, Alain
PODER MILITAR Y SOCIEDAD CIVIL
EN LA ARGENTINA / Tomo II: 1943-1973
Buenos Aires, Emecé, 1982.

Sebreli, Juan José
LOS DESEOS IMAGINARIOS DEL PERONISMO
Buenos Aires, Legasa, 1983.

Varios autores
4 DE JUNIO, ANTESALA DE PERON
Buenos Aires, número 193 de "Todo es historia", 1983.

Varios autores
POLITICA ARGENTINA
CONTEMPORANEA / 1943-1982
Buenos Aires, número de Navidad de "Criterio", 1982.

Este libro fue impreso en los talleres gráficos
Gráfica Olazabal hijos.
Sitio de Montevideo 1485. (1824). Lanús Este.
Marzo de 1991.



HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM



HYSPAMERICA

